

EX VAGOS

Adi



Edición en formato digital: agosto 2018

(c) 2018, Begoña Aráez Noguera

Diseño de portada: Ramón Acedo de Andrés

Madrid

las cosas buenas de verdad sólo me pasan de noche

Bego Aráez Noguera

Este libro está dedicado a aquellos que creen en mí sin condiciones y me alientan siempre con esta locura de escribir: a mis padres, a Lucía y Lola.

A Ramón, por estar siempre a mi lado, por sus acertadas sugerencias, por su magnífica portada.

A Cristina, por lo de "escribe una palabra al día".

GRACIAS

“Todo en la vida es mierda y aquí estamos, ciegos en la noche, atentos y sin comprender”

Juan Carlos Onetti, El Pozo.

Deprisa, como todo lo que hacíamos

Me gusta pensar que las cosas buenas de verdad sólo me pasan de noche. Las cosas realmente grandes. Esas que me han dejado una marca importante, a pesar de mi tendencia natural a darles la vuelta y convertirlas en un desastre de manual. Ya podía ser esta noche una de esas antológicas. Si creyera en Dios, rezaría para que así fuera. Espero no poner en marcha mi habilidad innata para cagarla, por la cuenta que me trae.

Soy un tipo nocturno que dicen. Antes del tercer café de la mañana, camino a lo *Walking Dead*. Prefiero no tener que hacer nada de vital importancia hasta después del mediodía. Las mayores meteduras de pata de mi exis-tencia las he tenido a primera hora. En cambio, de noche, soy otra persona. Activo, lúcido, incluso dicharachero, como si toda la cafeína ingerida durante las horas de luz hubiera estado agazapada en algún lugar de mi cuerpo, para pasar al torrente sanguíneo justo al ponerse el sol.

“Hijo mío, parece propiamente que te den cuerda”.

Mi madre y sus frases. Tiene un don para soltarlas en los momentos más oportunos.

Conocí a Eva de noche, una de las más calurosas de aquel verano de 2009, en un garito de Malasaña, donde un olor indefinido, mezcla de sudor, tabaco antiguo y algo que me recordaba a los doritos *tex mex*, tiraba de espaldas. Al parecer se les había jodido el aire acondicionado y el sistema de ventilación a la vez. “Hostia tío, aquí no hay quien aguante chaval”. Hacía muchos años que no pisaba aquel antro, uno de los habituales de mis juergas universitarias a finales de los 90. Entre aquellas paredes es posible que haya tomado la mayor cantidad de litros de alcohol de toda mi vida. A Dani, colega de la carrera primero, e insufrible compañero de piso después, le entró la vena nostálgica al pasar por aquella calle, a la salida de un restaurante japo de la zona. “Tío, ¿entramos? Nos tomamos un vodka de garrafón y nos echamos unas risas”. Venga va, entramos.

Hey, ho, let's go! Los Ramones atronaban desde el techo. El volumen de la música nos obligó a dejar de hablar, así que nos pusimos a pegar botes y a hacer un poco el indio, mientras todo (los demás, el curro infame, la escasez de pasta, el cáncer de la madre de Dani), dejaba de importar por unos minutos. Al cabo de un rato me choqué con una piba de pelo rojo al salir del baño. Tengo tendencia a toparme con las cosas, esto es así. Hay personas que se tropiezan, parece que se van a caer y a liarla parda, y, sin embargo, después de trastabillar un poco, consiguen recuperar el equilibrio y seguir como si nada. Yo no soy de esos. Me caí y acabé en una postura absurda en el suelo, con la copa hecha trizas y algo en la mano que al principio no acertaba a distinguir. “Joder, joder, joder, te has cargado mis gafas, eres un imbécil, joder, ¿es que no miras por donde vas o qué?”. Se puso hecha una fiera y con razón. Era inevitable que fuera un pelín tocado, tras las birras del aperitivo, las de la cena, el sake y el vodka con limón. Lejos de traerme buenos recuerdos de mi tierna juventud, me estaba dejando el estómago a punto para una limpieza general. Donde se ponga un buen whiskey solo, de doce años por lo menos, que se quiten todos los demás

brebajes.

En un torpe intento por disculparme, le apunté mi teléfono en una servilleta para que me llamara y poder pagarle unas gafas nuevas. La susodicha, de la que no recuerdo más que era pelirroja de bote, me tiró el papel a la cara.

“¿Qué haces, idiota, encima quieres ligar conmigo? Tú es que eres un gilipollas de libro, ¿eh?”

Al día siguiente, o dos o tres días después, por la noche, eso sí que lo recuerdo bien, me llamó una chica desconocida. Era Eva, amiga de la simpática pelirroja a la que destrocé las gafitas. Había recogido la servilleta del suelo pensando en que la ofendida acabaría por olvidarse del cabreo y querría llamarme. Pero se equivocó. No quería hablar más del tema, pasaba ampliamente de tener cualquier tipo de contacto conmigo, “el viejo subnormal ese, que se cree que me chupo el dedo”. En realidad, no era tan amiga suya, sino la amiga de una amiga que había venido a Madrid a pasar el fin de semana. A decir verdad, mi cara le recordaba a alguien, cuyo nombre tenía en la punta de la lengua. Lo cierto es que creía que tendría su rollo saber más de mí.

–No pienses mal, es la primera vez que hago esto.

–¿Lo de llamar por teléfono a un viejo idiota y subnormal? –intenté hacerme el gracioso inútilmente.

–No, qué va, yo no creo que seas un viejo, eso lo dijo Pati, no yo. Ni mucho menos un idiota. Me refiero a lo de quedar con un desconocido y tal.

Pati, la teñida de color tomate.

–Ya, no te preocupes, te he entendido. Y no pienso mal, tranquila.

Ella no era de esa clase de chicas. Sólo quería tomar un café.

La cita fue un par de días después, sobre las cinco de la tarde, en una cafetería bastante molona del centro de la ciudad, aún no engullida por ninguna franquicia. Esa misma noche acabamos en la cama. Para ser del todo preciso, más que en la cama, acabamos en el suelo de mi salón, un lugar que parece muy de película para estos menesteres del amor y eso, pero que desaconsejo del todo si sufres de lumbago o tienes alergia a los ácaros.

“Hijo, cualquier día de estos se os mete una rata en casa, qué barbaridad, como lo tienes todo”.

De verdad que no era mi intención, ni tenía esperanzas de sexo aquel día.

¿A quién quiero engañar? En realidad, la intención sí que estaba, siempre lo está en la cabeza de un tío, al menos de uno que tiene 33 años, lleva varios meses sin mojar y se llama Rafael Fuentes Navarro, como el menda. Lo que no pensé es que tendría jarana tan pronto. Supongo que el alcohol me soltó la lengua y me hizo parecer interesante. El hecho de que fuera a recogerla a su casa, en pleno laberinto de Alcobendas, al norte de Madrid, “no pasa nada, tengo que ir por allí

cerca, a Media Markt, a comprar un regalo, me pilla de paso”, y que me diera por abrirle la puerta del coche en plan galán de Hollywood, pudo contribuir a fortalecer mis encantos. Eso, el perfume de marca que le robé a Dani, y la camisa blanca que le pedí prestada y que, está mal que yo lo diga, me quedaba de la hostia tras una mañana al sol de la piscina de la urba.

Al mes estábamos prácticamente viviendo juntos. Era una locura sí, pero es que Eva me molaba mazo. No era muy alta, ni era la típica buenorra, pero tenía los labios gordos y rojos, lo cual me pone muchísimo. Además de un culo bastante resultón y, sobre todo, ya sé que parece una chorrada, me gustaba su forma se reírse tapándose la boca con la mano, como si le diera palo mostrar los dientes, igual que hacía yo. Mis piños son para echarse a llorar.

Y no es sólo que me gustara y ya está. Es que estaba de puta madre con ella, las cosas parecían salir redondas. Y mira por donde que era recíproco, en contra de todo pronóstico. Así que una cosa llevó a la otra. Que si qué pereza volverme a casa ahora a las tantas. Pues quédate a dormir. No, me quedo un rato sólo que no tengo ropa. Coño, que son las ocho de la mañana.

No había vivido nunca con nadie y mi relación más larga no había pasado de un semestre. A ver, que no es que yo sea un cabrón, que conste. Un poco zoquete sí, lo reconozco, y no sólo por mi gusto por los golpes, caídas y tropiezos a destiempo. Es más bien una incompetencia crónica para tratar a una chica como se supone que hay que hacerlo para que te quiera. Algo por lo que las mujeres no logran encariñarse conmigo a largo plazo. Con Eva, no sé cómo, logré esconder todos mis defectos sin un plan trazado, sin darme cuenta. O, sencillamente, por extraño que parezca, ella se enamoró del pack completo, incluyendo cada una de mis miserias. Estas cosas pasan, ¿por qué no iban a pasarme a mí?

Al año nos casamos. De noche. A la luz de las velas y al aire libre, en una finca de Pozuelo de Alarcón con vistas a la sierra. La boda, pagada casi entera por sus padres sin yo saberlo, salió por un ojo de la cara. Tuvimos hasta *wedding planner*, rollo peli americana. Yo la dejé que hiciera lo que quisiera con el evento. Que a mí me daba igual todo. Me hubiera casado en pelotas y por el rito de una tribu de Papúa Nueva Guinea si me lo hubiera pedido.

No recordaba haber estado nunca tan pillado por alguien. Ni siquiera por Marla, aquella niña preciosa, de tirabuzones color caramelo de cuba libre, que cayó en mi clase en tercero de EGB, y que se marchó sin despedirse el verano de séptimo, dejándome el corazón encogido y la palabra en la boca. Llevaba meses ensayando cómo pedirle salir. No me atreví.

El niño llegó deprisa, como todo lo que hacíamos. No llevábamos casados ni nueve meses cuando dijo que quería venir a este mundo. De madrugada, casi sin avisar. Las contracciones empezaron de golpe y a lo bestia. Como no atinaba a encontrar las llaves del coche, llamé a un taxi. ¿O lo llamó ella?

Samuel era tan pequeño que cabía casi entero en mis manos. Le sujetaba sobre mis palmas, diminuto y frágil, tan necesitado de nosotros para sobrevivir. No dejaba de mirarle y pensar que por fin había conseguido hacer algo que de verdad mereciera la pena en este mundo. Ni estudiar aquella medio carrera de Turismo, ni haber tenido huevos para largarme a Inglaterra con lo puesto a aprender inglés, ni siquiera haber conseguido casarme con una tía como Eva. Nada de eso tenía punto de comparación con esto otro que tenía ahora entre las manos. A partir de ese

momento la vida iba en serio, de verdad, y yo iba a hacer todo lo posible para que las cosas no se fueran al garete, y, mi hijo (MI HIJO), fuera el ser más feliz sobre la Tierra.

El divorcio también llegó de improviso. Aún era de día aquella tarde de mediados de enero en la que Eva metió las llaves en la cerradura de casa, dos o tres horas antes de lo previsto, en el mismo instante en que yo andaba haciendo el gamba con otra, en nuestra misma casa.

Así fue como me cargué, yo solito, aquel prometedor futuro que teníamos por delante, y toda mi vida, aquella vida, se fue a la mierda. Lo peor es que arrastré a todos por ella, sin ser muy consciente de lo que había hecho, ni de las consecuencias que aquello iba a traer.

No sé si quiero verte más

*“Anger is a bitter lock.
But you can turn it.”*

Anne Carson, Hombres en sus horas libres.

Me calenté por Facebook con una antigua compañera de curro, de cuando empecé de becario en NH Hoteles, el verano en el que logré terminar, tras mucha penuria, mis estudios superiores de Turismo. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ella y de repente un día ahí estaba, solicitando amistad. Ella trabajaba, cuando la conocí, en la recepción del hotel en los meses de julio y agosto, para sacarse unas perras mientras acababa Ingeniería Industrial.

Era lista la tía, eso se notaba con sólo mirarla a la cara. Morena, alta, con sus chichas bien colocadas, ojos marrones profundos, perfectamente maquillados cada día. Yo, un petardo que vestía aún la ropa que su madre le compraba en los hipermercados. Zapatillas de marca blanca, pelo mal cortado. Evidentemente pasó de mí tres kilos en aquella época. La sonrisa que me echaba con los buenos días se debía a que se estaba descojonando de mi pintaca de niño de mamá, más que a su simpatía hacia mi triste figura. “Hijo mío, a ver si te arreglas ese pelo, la semana que viene recuérdame que te pida cita en mi peluquería y te lo cortas. Hazme caso”.

Los tíos somos muy pánfilos a veces. Yo tirando a burro bastante a menudo. Todo empezó siendo una tontería. Una foto mía, con Dani, brindando en el bar de debajo de nuestra antigua casa. No suelo salir bien en las fotos. Por eso cuando encuentro una en la que mis ojos no están rojos y sonrío sin parecer Chandler Bing, el de Friends, posando para la cámara en aquel capítulo antológico, allá que la subo de perfil. Y ahí se queda, hasta que, varios años más tarde, consiga hacerme otra decente.

Ella le dio un *like* y además escribió un comentario.

“¡Qué guapo estás! Has mejorado un montón con los años, como el vino. Espero te vaya bien. Besos”.

Me da un poco de palo contar lo que siguió a aquella frase de dieciocho palabras. Es de imaginar. La cosa, por supuesto, siguió por Messenger, en privado.

Aquella tensión sexual cibernética acabó con un revolcón en casa mientras el nene estaba convenientemente colocado con mi madre y Eva se había ido al cine con unas amigas. Necesitaba un respiro entre toma y toma tras más de seis meses pegada al niño día y noche. Odiaré siempre aquella película, cuyo nombre he preferido olvidar. Una de esas que llaman pelis de autor. Era tal

bodrio que ella se quedó dormida y se despertó desorientada. Así que decidió volver a casa, sin avisar, antes de lo que yo tenía calculado. Claro que, si no hubiera sido esa vez, hubiera sido otra. Porque no puedo negar que lo fui buscando, día tras día, noche tras noche. Y al final, lo encontré.

Me echó de casa sin miramientos, un rato después de que Laura, mirando al suelo, se vistiera a la velocidad de la luz y saliera de nuestra morada como si hubiera un incendio.

—Lárgate Rafa, vete, no quiero verte ahora, ni mañana, ni pasado. No sé si quiero verte más.

Eva se plantó en la puerta de salón y dijo estas palabras muy despacio, aparentemente relajada, sin dejar vislumbrar una pizca de enfado, ni una lágrima, casi me pareció que con indiferencia. Yo la miraba desde el sofá, donde había salido huyendo tras mi patética reacción de unos minutos antes. Ya iba por mi tercer cigarro. En el equipo sonaba, me acordaré toda la vida, un tema de The Clash. “*Should I stay or should I go?*” Me dolía la espalda de no tenerla apoyada en el respaldo, mis manos temblaban como si tuvieran una enfermedad, y mi pierna derecha se movía sin parar, sin que mi cerebro acatará la orden de interrumpir aquel descontrol orgánico.

“No es lo que parece”.

¿No es lo que parece?! Seré mendrugo, ¿cómo se me ocurre decir semejante gilipollez? Eso le había dicho a Eva cuando su rostro apareció en el dormitorio mientras Laura se tapaba con una sábana y yo me trataba de poner sin éxito los calzoncillos. Sí, era lo que parecía. Rafa, su marido, estaba follando con una tía que ella no conocía, en la cama en la que probablemente habíamos engendrado a Samuel. O no. En cualquier caso, era la cama donde teníamos sexo muchas noches, alguna que otra mañana y bastantes siestas. La cama que montamos juntos tras conseguir descifrar las instrucciones de Ikea. No podíamos empezar un matrimonio con mi cama de soltero, eso iba a darnos mala suerte. Era la cama, además, donde me hacía los moratones en las pantorrillas cada semana. Ya le dije yo que esos picos en el borde iban a traer cola. No quiso hacerme caso.

Y entonces tiró la maleta por la ventana. Tal cual. No es una exageración para darle dramatismo al asunto. Menos mal que vivíamos en un primero, y que no pasó nadie por debajo en aquel momento. Escuché cómo abría la ventana de la habitación de Samuel y, a continuación, un fuerte ruido de algo pesado que caía al suelo. Me asusté pensando que podía ser ella misma la que se hubiera caído o tirado. Me asomé y vi la maleta mediana tirada en el césped del parque de debajo de casa, abierta, rota, mi ropa tirada por ahí, a la vista de todos. Distinguí algunos de mis videojuegos.

A lo lejos escuché una pandereta que me era familiar.

Go!

So one, two, three, take my hand and come with me.

Because you look so fine.

That I really wanna make you mine.

Jet, “Are you gonna be my girl?”

Siempre hay una luz al final

No me dejaba ver al niño. Al principio yo estaba tan hecho polvo, me sentía tan miserable, tan cerdo, que tampoco quería verle. Bastante tenía con emborracharme y drogarme cada día, y sentir pena de mí mismo. Después estaba tan jodido por no verle que, a veces, en el duermevela, creía que me había muerto y que iba al juzgado en forma de espíritu. Entonces el juez me decía que cómo me atrevía a pedir régimen de visitas si era un puñetero zombi. Y yo le daba la razón mientras me colgaban hasta los mocos de tanto llorar, como cuando era un enano.

“Eras muy llorica hijo, ya sé que no te gusta que te lo diga, pero es la pura verdad”.

Pasaron varias semanas de autodestrucción controlada, escuchando en bucle *Under the bridge*, de los Red Hot Chilly Peppers. Digo controlada porque era imposible dejarse llevar del todo por el pozo, teniendo una madre y unos colegas tan pesados. Cada equis días se pasaban la una o los otros por mi casa y no paraban de tocar al timbre hasta que estaban a punto de reventarme los tímpanos. Joder qué plastas. Entiendo que quisieran ayudarme, vale. ¿Pero era necesario que le pagaran a mi vecina por venir cada dos por tres a pedirme cosas? Que ya cantaba. Claro que de esto me enteré mucho más tarde. Dani me lo confesó hace poco, el muy cabrón.

Empecé a ver a una psicóloga porque mi madre me llevó casi a rastras. Mi vida perra se estaba alargando demasiado. Un día se plantó en casa con un traje de chaqueta y unos tacones que usaba para ir a misa y me dijo:

—De aquí no me muevo hasta que no te adecentes y vengas conmigo a ver a la roquera, como tú la llamas. ¿Tú te has mirado al espejo últimamente?

—Loquera mamá, la llamo loquera.

—¿Pues qué he dicho yo? Eso mismo.

Muchas noches después de haber tocado fondo, tras unas cuantas pastillas de la felicidad y varias sesiones de psicoanálisis, empecé a ser persona de nuevo. La nube negra que se me ponía delante de los ojos y me hacía verlo todo turbio, desapareció.

Volví a ser un tío más o menos normal. Me afeitaba de nuevo. Comía cosas que no salían de una lata o una bolsa congelada. Apenas me drogaba, excepto algún porrillo de vez en cuando. Sólo tomaba alguna caña en fin de semana. Incluso salí a correr un par de veces. Ahora tenía todo el tiempo del mundo. Había tensado tanto la cuerda, que me despidieron por burofax a las pocas semanas de irme a vivir solo. Y de paso los muy capullos contrataron a una becaria que trabajaba doce horas al día por menos de la mitad.

Casi me desahucian del cuchitril donde me instalé tras la separación. La mala vida que llevé durante meses acabó con mis recursos. Mi mami querida podía haberme ayudado, si se lo hubiera pedido. Ni de coña iba a dejar que supiera la verdad sobre mi cuenta corriente.

Eva se apiadó de mí, según creo porque mi madre coraje fue a verla y le montó una escenita con llantos, hipos y lipotimia incluidos. Desde entonces empezó a dejarme ver al crío, a pesar de que yo le acababa de decir que quizá estaría unos meses sin pasarle la pensión.

Dicen que siempre hay una luz al final.

No tienes familia

Una noche salí a cenar en plan low cost con unos colegas del barrio que hacía años que no veía. El marido de Berta (nunca entendí como se casó esa chica con esa cara de vinagre) me habló de un curro. Consistía en viajar por el mundo revisando la calidad de las entregas de paquetería urgente. Me extrañó que eso no se hiciera online. Me dijeron que las encuestas por Internet estaban plagadas de mentiras y que por ello la empresa había decidido hacer un estudio en profundidad con entrevistas en persona con los clientes. Al ser periodista, según le habían informado, sabía las técnicas para preguntar, daba igual que nunca hubiera ejercido. Pasé de sacarle de su error. Si había que ser periodista se era y punto. Total, aprender a hacer entrevistas no podía ser tan difícil teniendo You Tube. Al menos lo del dominio del inglés era cierto, gracias mi época de camarero en Londres. Estos dos hechos me daban muchas papeletas para ganarme el puesto. Aparte de que me conformase con un sueldo por debajo del valor de mercado. Necesitaba la pasta y la dignidad.

"Como no tienes familia en casa, seguro que lo de los viajes lo llevarás bien"

Será joputa... aunque tenía razón, las cosas como son. Además, no tenía muchas más opciones. Casi le beso cuando me puso delante el contrato. En lugar de eso, mantuve mis emociones a raya, le hice unas cuantas preguntas de las que hay que hacer para parecer interesado sin traslucir desesperación, y listo. Al tajo.

Lo de los viajes no le gustó mucho a Eva. Se había acostumbrado ya a dejarme al nene cada dos fines de semana y esto le trastocaba los planes. Sospeché que se había echado un ligue o algo así. Por entonces comenzó a pintarse los labios de un rojo fuerte, cosa que jamás había hecho, porque no lo necesitaba. Cuando le recordé que mi nuevo trabajo significaba que podría empezar a pasarle algo de pasta, cambió de idea. Hasta me pareció que sonreía.

Empecé a vivir en hoteles y aeropuertos. Desarrollé una inquina especial contra ciertos seres del universo viajero. Esos guardas del control de seguridad que te miran como si les hubieras pisado el dedo meñique del pie. Los taxistas taciturnos que no hablan ningún idioma reconocible y que no aceptan tarjetas de crédito. Las azafatas que me traen la toallita justo cuando acabo de quedarme sobao.

Sólo me quedaba el alcohol para sobrellevar como fuera esos soporíferos momentos de tránsito.

Recorrí varias ciudades de Francia, Reino Unido, Portugal, Alemania, Italia, Rusia, China, India, Sudáfrica, Egipto, Argentina, Chile, Estados Unidos...

Y allí, en el país de las oportunidades y de los sueños, fue cuando las cosas empezaron a torcerse de verdad.

Como si fuera el último beso de su vida

Tras acabar una entrevista en las oficinas del Rockefeller Center me dirigí al hotel a darme una ducha y ver una peli mientras engullía una grasienta hamburguesa de tres pisos del servicio de habitaciones. Con patatas, cerveza bien fría y quizá unas alitas de pollo. Y unos aros. A lo mejor con palitos de queso. Sentía como si no hubiera comido en un año. Y estaba tan cansado que no se me pasaba por la cabeza ir a un restaurante. Tampoco es que me mole mucho comer solo.

Bajaba por la 5th Avenue hacia el 7 E de 27th St donde estaba alojado, The Gershwin Hotel. Un sitio que yo recordaba más para estudiantes o parejas jóvenes sin un duro, de cuando estuve la primera vez de mochilero. Esta vez no me quedé en las plantas tipo albergue en las que dormí en aquella ocasión.

Nueva York es alucinante. Da igual que vayas quinientas veces. Siempre es una ciudad distinta, con algo nuevo que descubrir en cada esquina. Y al mismo tiempo, es una ciudad clásica. Con sus taxis amarillos, sus puestos de perritos, sus bagels y donuts, la gente tomando café en vasos de plástico yendo con prisa a todas partes, el metro apestoso y sucio. Y esa sensación de que estás dentro de una película.

Estaba yo absorto en estos pensamientos recurrentes, cuando apareció ella. En uno de los millones de semáforos que te salen al paso en cualquier gran avenida de Manhattan.

No me parecía la típica yanqui, aunque hablaba por el móvil en un perfecto inglés americano. Lo hacía casi gritando, como si quisiera que todo el mundo la escuchara. O como si no le importara lo más mínimo que la oyeran. Discutía con alguien. Yo iba a su lado. De repente acabó la conversación y tiró el móvil con fuerza al suelo, de manera que varios trozos volaron delante de mí, desperdigándose sin control por la acera. Justo entonces empezó a llorar y a gritar como loca.

Y ahí me ves a mí. Interpretando el papel del chico bueno desconocido que trata de ayudar a una pobre chica desvalida. Le dije, “hey, are you ok? Can I help you? (hey, ¿estás bien? ¿puedo ayudarte?)” Y sin casi mirarme me abrazó y siguió llorando un rato. Luego me besó como si fuera el último beso de su vida y se piró.

No, en serio, no me besó, lo reconozco. Esto ya son cosas que añado yo para adornar un poco la historia. Ya me hubiera gustado. Abrazarme sí que lo hizo. Y de qué manera.

Un coche pasó a mi lado con *Love Buzz* de Nirvana saliendo por las ventanas a todo lo que daba.

Can you feel my love buzz?

Can you feel my love buzz?

Can you feel my love buzz?

Can you feel my love buzz!!!

Una mujer debe perdonar

Me he preguntado muchas veces por qué no hay un duelo de verdad cuando tu pareja te deja tirada. Me refiero a un duelo de velatorio, con sus velones rojos, sus flores, su ataúd. Incluso sus plañideras. Un día en el que tú sólo te dediques a llorar a moco tendido en el hombro de tus amigos y familiares por el amor que fracasó. Sin que nadie te diga cosas absurdas como “anímate, piensa el lado positivo”, “venga no llores que no merecía la pena” o “hay muchos peces en el mar”.

Me sentí como un despojo durante muchas noches cuando mi matrimonio se acabó. No es que durante el día me sintiera mejor, sólo que no podía permitírmelo. Debía mantener la compostura, esa palabra que siempre me había sonado a antiguo, como a cosa de señoras de pueblo enlazando lutos.

No quería bajo ningún concepto que mi hijo me viera triste. No quería arrastrarle a mi estado depresivo, a la negritud con la que enfocaba las cosas desde que él se marchó de casa. No tenía ni siete meses y yo debía ser fuerte, no sólo para sacarle adelante, sino para conseguir que su vida infantil no quedara arrasada por la amargura de una mujer despechada. Ya era bastante con haber perdido la presencia de su padre como para además perder su alegre inocencia, su risa feliz de cada día.

Creí que todos me entenderían al enterarse. Encontrar a tu marido con otra en tu propia cama, cosa que de tan lugar común parece de chiste, era motivo más que suficiente para cortar por lo sano. Humillada, traicionada y llena de desconfianza, sentí en esos interminables segundos que me paré delante de la puerta, que toda nuestra historia de amor era una enorme farsa. Fue como eso que dicen que les pasa a los que van a morir. Vi nuestros dos años y pico juntos pasar por delante de mí a toda velocidad. Y después fundido a negro.

En realidad, pocos me apoyaron, ni siquiera mi madre. "Hay veces que una mujer debe perdonar según qué cosas, sobre todo cuando es madre". Desde que escuché esto comencé a sentir que muchos a mí alrededor pensaban como ella, y que me miraban con una mezcla de compasión e hipocresía. "Hiciste bien". Cuando por dentro creían que tampoco era para tanto y que hoy en día la fidelidad está sobrevalorada. Los hombres siempre han tenido sus necesidades, ¿verdad? Y yo llevaba mucho tiempo sin tener ganas. ¿No iba a ser capaz de perdonar un simple polvo? Hubo un tiempo en que creía que sí, que una cosa es el amor y otra el sexo y bla, bla. Qué equivocada estaba.

Entonces lo pasé mal, lloraba de rabia escondida en el baño sólo de pensar que la gente menospreciaba mis sentimientos, permitiéndose el lujo de juzgarme y tacharme de idiota, o de mala madre, por no cerrar los ojos y haber seguido adelante.

Ahora pienso que tenía que haberles hecho caso. Nada de lo que ocurrió después hubiera pasado.

Mi reino por un cargador de Blackberry

Nunca he sido un tío guapo. Tampoco feo. Me gustaría poder decir que soy atractivo, pero me temo que tengo que conformarme con ser eso que las mujeres llaman un "tío mono". Majete. Las gafas me dan cierto aire interesante, y consiguen disimular mis ojeras y mi nariz, un poco por encima de la media en cuanto a tamaño.

Ni mucha labia ni poca, con conversación, sin llegar a ser uno de esos tipos tan intelectuales y cultuquetas que pasean su palmito por las redes sociales. Ni soy muy gracioso ni muy simpático, ni mucho menos la alegría de la huerta. No soy de esos que las hacen reír. Me hace gracia cuando escucho a las tías famosas decir que lo que más le mola de un tío es que las hagan reír. Y si puede ser con una copa de champán en la mano, mejor, no te jode. El nivel de risas es directamente proporcional al número de ceros en la cuenta corriente.

Tampoco es que sea un muermo ni un quejica ¿eh? Digamos que soy un tío normal. Digamos también que por eso de ser tan normal me cuesta ligar un poquito, porque no llamo mucho la atención ni soy muy extrovertido. De ahí que desde que era un crío me diera por beber cerveza en cantidades superiores a las que mi cuerpo aguantaba. Era la única forma que entonces conocía para triunfar entre las féminas. Puede que lo siga siendo.

Si lo de la tía del móvil me hubiera pasado diez años antes, probablemente me hubiera quedado con cara de imbécil ahí parado, sin decir ni mu. O quizá hubiera acelerado el paso para dejar de tenerla a la vista y olvidarme pronto de su presencia. Sin embargo, aquella noche le dije algo. Me atreví a decirle algo a una desconocida chica guapa que lloraba por la calle. Y a abrazarla. Mientras ella se me echaba encima como si yo fuera la única persona que había en la ciudad aquella noche.

No me besó, no. Lo que hizo, tras un par de minutos de sollozar sobre mi pecho y mancharme la camisa del potingue ése que se ponen las mujeres en la cara, fue echar a correr como si la persiguiera un dinosaurio y desaparecer en un taxi amarillo que fue abducido por el colosal tráfico de la hora punta en Manhattan.

Cuando conseguí reponerme del *shock* del "momento abrazo" y posterior huida, decidí recoger las piezas de su teléfono esparcidas por la calle. Los guardé todos en la mochila y continué mi camino al hotel.

En cuanto entré en mi habitación me puse como loco a armar los pedazos de aquel desastre. Afortunadamente era uno de esos aparatos duros como piedras, de los que caen al suelo y sobreviven veinte veces. Conseguí colocarlo todo en su sitio, tras un par de horas de estrujarme los sesos y mirar vídeos en internet. Sin embargo, aquella cosa no se encendía por más que apretaba el botón. Así que pensé que sería la batería. Lo malo es que no tenía un cargador de ese

tipo conmigo. No tenía más remedio que bajar a buscar uno.

De repente me acordé de que estaba hambriento y de que no había pedido nada al servicio de habitaciones. “Too late, sir, our restaurant has been closed 10 minutes ago, so sorry, sir (es tarde señor, nuestro restaurante cerró hace 10 minutos, lo siento mucho señor)”. Me sugirió a cambio el servicio de vending que encontraría en el pasillo, donde tenía a mi disposición gran variedad de sándwiches y snacks. Ju-rando en arameo me puse la chaqueta y bajé saltando los cuatro pisos que me separaban de la recepción, en busca y captura de un restaurante y un cargador de *Blackberry*.

En mi camino no dejaba de pensar en qué haría una vez que consiguiera encender el cacharro. Lo más lógico sería llamar a alguien de su agenda y contarle que había encontrado el móvil olvidado en un bar o en un banco de una plaza. Quien fuera que me cogiese el teléfono contactaría con ella a través de Facebook o Twitter y ya lo tendría. Sería fácil.

¿Sería fácil? Lo mismo me decía que era un teléfono de empresa y que pasaba de él porque ya le habían dado otro. O peor, era el teléfono de su novio que ella había cogido prestado porque le robaron el suyo. O de su madre. O lo había robado ella misma. Cuanto más lo pensaba, más paranoico me volvía. ¿Y qué si no lograba volver a verla? ¿Y qué pasaría si la veía, le daba el teléfono y se volvía a ir corriendo? No pasaría nada. Apenas la conocía, excepto por tres minutos de abrazo raro en la calle un rato antes, y por lo tanto no podía tener ningún interés en ella, ¿o sí?

No tuve suerte. En el hotel no tenían cargadores. Ninguno de los delis cercanos tenía ese modelo y ya estaban cerrados las tiendas de telefonía y los centros comerciales tipo *Wall Mart*. También las tiendas de *Blackberry*. Damn it! (Maldición). No me quedaba otra que pillar un taxi en busca de algún lugar donde conseguir el cargador, o bien esperar al día siguiente.

Conforme pasaban los minutos la sensación de hambre crecía y me mareaba. Razoné que me iba a ir mucho mejor si en vez de coger ese taxi, me metía en algún sitio a picar algo. Entré en el primer garito que me salió al encuentro. Era el típico antro de comida americana. Mucha grasa, mucha salsa, todo tamaño *big size*. Un local oscuro y ruidoso que nunca hubiera elegido de no ser porque mi cuerpo se negaba a dar un paso más sin saciar su necesidad de alimento. El hip hop reinaba en aquel agujero. No sabía si iba a ser capaz de aguantarlo.

Al final el hambre pudo más que mi aversión por Eminem. Mientras devoraba mi doble *cheese burger* rodeada de un kilo de patatas fritas, sólo le daba vueltas a la misma cosa. Tenía que devolverle el móvil a esa piba. Era como uno de esos pensamientos obsesivos que te acompañan en el sueño en las noches que has bebido de más. Tú quieres dormir y nada, ahí está el puto pensamiento jodiéndolo todo, una y otra vez, y no hay quien lo pare. Algo me decía que tenía que hacerlo. Encontrarla y devolvérselo. Si no lo hacía algo malísimo iba a ocurrir, o algo muy bueno no iba a suceder jamás. No me quedaban más narices. Además, no tenía mucho tiempo. Mi vuelo de vuelta a Madrid salía al día siguiente, 7 PM. Y después, vacaciones.

Aún no había pedido el postre cuando me fijé en la pareja que había a lado. ¿Era una *BlackBerry* el cacharro que ella se acababa de llevar a la oreja?

Tengo miedo

Tengo que hacerlo. No más puedo hacer otra cosa. Tengo que conseguir un arma como sea. Esto es Estados Unidos ¿no? Aquí prácticamente te regalan una con el periódico, o eso dicen.

Ay, pero no. La cosa no va a ser nada fácil. Esto no es como la televisión o las *movies*. En Google me aparecen un puñado de tiendas legales de venta de armas en la ciudad de Nueva York. Pero que, para que te vendan una, tú tienes que solicitar el permiso y para eso debes tener ya los 21 años. No puedo esperar un año. Tengo que ir derechica al mercado negro.

Apenas he vivido en esta ciudad por tres meses, y mi vida consiste en ir de la casa, si es que se puede llamar casa al apartamentuco compartido en el que dormo, al trabajo y de éste de nuevo a la casa. Apenas salgo ya que el sueldo no me alcanza más que para la comida y la renta. La mayor parte de las veces me quedo en el cuarto platicando con mis compañeros o chateando con mis amigos por Skype.

Otro motivo por el que no salgo es que tengo miedo. Mucho miedo. Temo que me lo voy a encontrar en cualquier esquina y que convertirá mi vida en un infierno. La otra noche soñé que me lo encontraba en el restaurante al entrar en mi turno, plantado en medio de la cocina, diciendo a todos que se marcharan a la casa, que tenía que hablar conmigo. Y todos le hacían caso, hasta el patrón. Yo lloraba suplicando que no se fueran, gritando que por qué me estaban haciendo eso, que él era un monstruo y que me iba a hacer daño. Pero era como si mi voz no me saliera del cuerpo, se quedase en algún punto entre mi cabezota y mi boca, dejándome con una horrible sensación de abandono.

Luego del sueño, desperté sollozando, nerviosa y sudada, angustiada ante la idea de que sólo me restaban tres horas para llegar a laborar de nuevo. ¿Y si me había encontrado? ¿Y si a algún amigo se le escapó cualquier cosa?

Tengo que hacer algo. Aprender a disparar. Protegerme. Cuidar de mí misma. Si él me encontrara y lograra atraparme, no habría escapatoria. No creo que me perdonara. Significaría la oscuridad, la nada. Quizá la muerte.

Sooner or later

Qué raros son estos americanos, de verdad. No había manera de que me dejara el cargador, qué tipa más obtusa. Al final le he tenido que pagar la cena, ¡la cena! 63,5 pavos más propina. A cambio me ha dejado el maldito chisme una mísera hora. “Time is gold sweetheart, I cannot waste my time here with you, I’m pretty sure you fully understand (el tiempo es oro cariño, no puedo perder mi tiempo contigo, estoy segura de que lo entiendes)”. Sí, claro, te entiendo guapa, que aquí sacáis negocio de cualquier cosa y que esta noche te ha salido de puta madre gracias a mi imbecilidad crónica. Nos ha jodido. “Many thanks, really appreciated (muchas gracias, lo aprecio mucho)”, le dije con mi mejor cara de asco disimulado.

Al cabo de un rato de salir del antro aquel, escuché un sonido chirriante muy desagradable proveniente de mi cazadora. Mariana no era muy buena con la seguridad, porque al tercer intento había conseguido, minutos antes, que el cacharro me aceptara el PIN. 4444.

El teléfono bramaba con un sonido impertinente, como de barrio pobre una mañana de sábado, cuando los vecinos ponen la radio a todo trapo mientras los niños lloran y los perros ladran en una mezcla de ruidos insoportable.

"Hello?", contesté tímido.

"Who are youuu? (¿quién eres tú?) –dijo una voz masculina al otro lado–. ¿Where is Mariana? (¿dónde está Mariana?)"

"Listen, I don’t know her but if she is the owner of this phone and you know where she can be, I’d appreciate you to tell her I have it, she lost it, I found it on the ground”

(Mire, no la conozco, pero si ella es la dueña de este teléfono y usted sabe dónde está le agradecería que le dijese que yo lo tengo, lo ha debido perder, lo encontré en el suelo)

Un silencio muy largo violentó el momento.

Al otro lado de la línea se oye una voz de mujer en español.

“¿Qué pasa?, ¿dónde está esa puta?”

“Tranquila hermana, la voy a encontrar y traer pa’ la casa”

Hello?, repetí yo sin delatar mi origen. Are you there? (¿estás ahí?)

"No worries, I’ll tell her. But if you happen to find her before I do, please give her a message: I’m looking for her and I will find her sooner or later”

(No se preocupe, se lo diré, pero si por casualidad usted la encuentra antes, dele este mensaje: la estoy buscando y la encontraré tarde o temprano)

Y sin decir nada más colgó. Era un número privado.

No me dio buena espina esa frase del final " I will find her sooner or later". Sonaba a peli de gánsteres, rollo Los Soprano. Además, el tipo por supuesto que se olvidó de decirme su nombre o su dirección. Todo muy raro. Chungo de cojones.

El teléfono sonó de nuevo. *R U Mine*, de los Artic Monkeys. Esta vez era el mío sin duda. Mi jefe concretamente. Christopher, el compañero que debía llegar al día siguiente a Washington para cubrirme mientras yo me tomaba vacaciones, estaba ingresado en el hospital con apendicitis. Aquella noticia, lejos de enfurecerme y hacerme desear todo tipo de calamidades a mi jefe, e incluso al desgraciado de mi colega Chris, me puso de buen rollo al instante.

Ahora tenía más tiempo para encontrar a Mariana, si es que era ese su nombre. Me dieron ganas de gritar ahí en medio de la calle o mejor aún, de ponerme a cantar y bailar como si estuviera en un musical. Afortunadamente no lo hice, tan sólo sonreí de oreja a oreja mientras guardaba mi móvil y metía las manos en los bolsillos de la cazadora. Aceleré el paso para llegar cuanto antes al hotel y empezar la búsqueda.

Fumemos un piti

Nada más entrar en mi habitación me lanzo de un salto a la cama con la *BlackBerry* en la mano. Estoy ansioso por trastear ese cacharro. Empiezo por mirar en la agenda. Hay infinidad de contactos, debe ser una chica popular. Curioso que contiene varios nombres en español, de origen latino diría yo. Andrés Felipe, Carlitos, Juan Camilo, Claudia, Victoria, Patricia, Cata... Me doy cuenta de que un prefijo internacional se repite en la mayoría de los teléfonos, el +57, de Colombia. Algo es algo. Ya sé que, si no la encuentro en Nueva York, entre casi ocho millones y medio de habitantes, tengo un país de una población similar a la de España dónde empezar a buscarla.

Miro las fotos que tiene en el móvil. No hay muchas. La veo a ella, o quien creo que es ella, siempre sonriente, los dientes perfectos y blanquísimos, y la mayoría de las veces acompañada. Excepto en una, en la que está un poco más seria y lleva un uniforme de camarera. Dallas BBQ. Busco teléfonos con el prefijo de Estados Unidos y encuentro uno que dice “El Work”. No puede ser tan fácil. Llamo.

“Dallas BBQ good evening, Fernando Cabrera speaking, how can I help you?”

(Dallas BBQ, buenas tardes, Fernando Cabrera al habla, ¿en qué puedo ayudarle?)

“Hello, do you speak Spanish?”

(Hola, ¿hablas español?)

“Cómo no señor, ¿en qué puedo servirle?”

Le cuento la historia, un poco por encima, omitiendo los detalles del móvil lanzado por su dueña, el llanto y todo eso.

De nuevo un silencio más largo de la cuenta.

“Lo siento señor, no conozco no más a esa persona que usted me habla”

“Pero...” un pitido suena al otro lado.

Decido coger un taxi y dirigirme hacia allí, previa búsqueda en Google de la dirección en cuestión.

Tengo la buena o mala suerte de que a esas horas sólo trabajan allí dos personas. Uno es, intuyo, el chaval que me cogió el teléfono. Veintipocos años, alto y grande, nada atlético, con un pequeño bigote a lo Cantinflas y piel oscura. Tiene pinta de mexicano, también por el acento que

noté cuando hablé con él. La otra es una chica de unos veinte años. Bajita, con el pelo rapado únicamente por el lado derecho, rubísima y con varios pendientes perforando sus orejas y su nariz. A pesar del aspecto, no parecía peligrosa.

Me pido una cerveza y espero.

Espero.

Espero un poco más.

“I’m sorry sir but we have to close, can I offer you anything else?”

(Lo siento señor pero tenemos que cerrar, ¿puedo ofrecerle alguna cosa más?)

Salgo tras recoger el cambio y continúo la espera, apostado junto a las cristaleras, trasteando en el móvil.

Afortunadamente el chico sale primero y se marcha sin despedirse de su compañera, a paso ligero calle arriba. Qué secos son estos yanquis ¿no? Después sale ella. No quiero asustarla. Me acerco despacio con un “excuse me”. Y me quedo en blanco como para pensar en algo mejor:

“Do you have a light? (¿tienes fuego?)” Mira si seré estúpido, pues dejé de fumar hace unos meses y, por supuesto, no tengo tabaco.

Si Dios existe, debe apiadarse de mí, no sé si por ser guiri o por ser un poco idiota. El caso es que ella me mira, me sonrío y saca un mechero del bolsillo. Entonces me toca disimular.

“Oh, shit, I’m afraid I’ve lost my packet wherever... (Oh, mierda, creo que he perdido mi paquete por ahí...)”.

“No worries, I have mine, please take one (no te preocupes, yo tengo, coge uno por favor)”

"Many many thanks! ...what’s your name? (Muchas gracias, ¿cómo te llamas?)"

Kimberly. Por supuesto. No se parece ni de lejos a las fotos de la supuesta Mariana.

Y me puse a fumar. Dios, qué bien me sabía aquello después de todo ese tiempo de abstinencia. Los exfumadores somos siempre fumadores, yonquis del tabaco en busca de una excusa cualquiera para meternos una dosis.

Tras una breve conversación de cigarro me siento completamente bloqueado e incapaz de sacar el tema de Mariana. Sí, lo sé, soy un impresentable. Ya lo dije antes, que lo de las féminas no se me da muy bien.

–Bye, bye, take care. (Hasta luego, cuídate)

–You, too. Take care and thanks again! (Tú también. Cuídate y ¡gracias de nuevo!)

Cuando la vida era una mierda

...Parece que han llamado...

–Ah, ¿eres tú?

*...Pasa Dolor,
toma una copa ...*

*(Qué le vamos a hacer
por lo menos no estoy sola).*

Gloria Fuertes, Poeta de Guardia

Lo que más gustaba del mundo era improvisar. Cambiar de planes. No planificar las cosas, sino encontrármelas e ir encarándolas conforme pasaban por delante.

Aquellas mañanas infinitas de sábado, en las que me levantaba a las nueve y me bajaba a la calle tras una ducha rápida y un café. E iba vagando por Madrid sin rumbo fijo. Desde la calle Princesa a Alonso Martínez, pasando por los bulevares de Alberto Aguilera, la Glorieta de San Bernardo y la de Bilbao. Cuando me apetecía, me paraba a desayunar en la cafetería más mona que encontraba. Unas tostadas con aceite y tomate, a veces un croissant. Leer el periódico y la revista que daban el fin de semana, con calma, mientras el segundo café del día me devolvía al mundo y las tostadas me reconciliaban con mi cuerpo hambriento. La felicidad era poco más que eso.

A veces un mercadillo me salía al paso y se me iba la hora larga curioseando. O descubría una exposición de esas que no aparecen en la guía del ocio. Quizá me encontraba con algún conocido, porque en Madrid esto es fácil, aunque parezca lo contrario, sientes con frecuencia que estás en un pueblo. Charlábamos un rato y, con suerte, acababa comiendo con él o con ella en un restaurante exótico.

Qué fácil era todo. O qué simple parece ahora visto desde la distancia. Cómo me gustaría volver a aquella libertad para dejarme llevar por la vida. No es el tiempo libre lo que echo de menos. Es la tranquilidad de no tener que preocuparme más que de mí misma. Ya sabía que iba a perder todo eso en cuanto me quedé embarazada. No porque miles de veces escuché lo de “tu vida va a cambiar para siempre”. Lo intuía y, en cierto modo, mi cuerpo y mi mente lo querían. Era como si quisiera boicotear mi libertad. Sabía que la indolencia de antes no volvería, y a pesar de todo quise ser madre, mientras mi yo libre se quedaba en algún lugar del pasado sin billete de vuelta. Es extraño que el miedo a ser yo me empujara al abismo de dar la vida a otra persona.

Samuel llegó en el momento que tenía que llegar. Al principio de mi separación pensaba cada noche que me había equivocado. Que mi precipitación y mi impaciencia innata me llevaron donde nunca tenía que haber ido. También pensaba cada día que la vida era una mierda. Y que yo

misma era una mierda. Jamás me había sentido así. Quién me lo iba a decir a mí, que no soportaba a la gente depresiva. No podía con ese tipo de personas a las que tienes que estar siempre dando ánimos. La vida era corta y estaba para vivirla a tope, para reírse de todo, para pasarlo bien. Siempre había sido así para mí. ¿Por qué narices ahora era incapaz de tener un solo pensamiento positivo? Que sí, que vale, que me habían puesto los cuernos, ¿y qué? Tampoco era para tanto ¿Por qué no pasaba página y mandaba todo al carajo?

Los primeros días después de que Rafa se marchase, odiaba mirarme al espejo para arreglarme. Por eso dejé de hacerlo. Me vestía sin verme y no me maquillaba. Mis pelos eran una maraña de rizos resecos y enredados. Mis cejas se desparramaban sin control. Al principio me costaba un poco salir de la ducha sin hacer caso de mi reflejo enfrente de la mampara. Luego ya me acostumbré, como lo hice a dormir sola, abrazada a un peluche del niño para conciliar el sueño. Después empecé a dormir con Samuel, en contra de todos los consejos, nunca pedidos, de mi madre y mujeres de mi entorno. “Lo vas a malcriar”. “Nunca más vas a poder dormir sola”. Dejé de ir a la peluquería, dejé de depilarme, dejé de pesarme, al fin. Eso al menos fue un alivio.

Tuve que seguir adelante, quisiera o no, con la cara lavada y mis puntas abiertas. Camuflada en ropa negra dos tallas por encima de lo habitual. Intentando no dar mucha pena. Intentando que al menos delante de Samuel no me asaltara la ira y la tristeza que me estaba comiendo por dentro y por fuera.

No lo conseguí.

Tengo una pistola

“Tengo algo para ti linda. Nos vemos en una hora fuera para fumar, ¿okey?”

Joder que la ha traído. No me lo creo. Ahora ya no hay vuelta atrás. Dentro de una hora la tendré en mis manos. ¿Y qué hago? ¿Y si se me dispara sola? ¿Dónde la guardo? Damn it, no recuerdo ni media de las clases de tiro del otro día. Tengo que regresar, eso está claro. Dios, como me tiembla todo. “Voy un momento al baño”.

No puedo, no puedo, no puedo. Me van a pillar. Me van a detener. Me voy a pegar un tiro yo misma por pendeja. Tal vez sea lo mejor. PAM, un tiro, un segundo y todo se acabó. Punto final. Ya no tendré que huir de ese tipo. Ya podré dormir tranquila de una maldita vez.

Ah no hija, no puedo. Voy a vomitar. No lo soporto. Necesito acabar de una vez con todo esto. En cuanto me dé la pipa vuelvo aquí y me disparo en la cabeza. Ya lo siento por mi querida señora Gómez, que va a tener que limpiar todo después.

Pom, pom, pom, pom. “Mariana, sal de una puta vez del baño, que tengo el bar lleno de apuestos gordos ansiosos por su primera ración de azúcar del día”.

“Ya voy, ya voy, es que no me siento bien, creo que me se me revolvió el desayuno, lo siento”

“O sales de una puta vez o te pongo de nuevo a fregar los váteres con el cepillico de dientes”

¿Me pego el tiro o se lo pego a él directamente? Quizá tenga que hacer ambas cosas.

Motherfucker

Me desperté a las cinco de la mañana, tras un sueño intranquilo en el que pensaba de forma intermitente en cosas estúpidas: “tengo que comprar calzoncillos, tengo que llevar el coche a lavar”. Me pasé toda la noche intentando decidir cuál de las dos cosas hacer primero.

A las seis ya estaba desquiciado y me levanté con la intención de despejarme con el aire frío de la ciudad. Sin darme mucha cuenta me puse ropa deportiva y al cabo de un rato largo, cuando llegué a Central Park, me vi de repente corriendo, como si yo fuera un neoyorquino más, que hiciera eso todos los días. Si me viera Dani. Se partiría el culo seguro. “Anda, anda, ¿qué haces tú corriendo en Central Park chaval? No vas a durar ni quince minutos, si estás hecho un blando. Déjate de historias y vete a tomarte unas tortitas”. Me imaginaba lo que me diría. Qué cabrón, qué poca fe me tenía.

Y qué bien me conocía también. A los diez minutos tuve que pararme porque se me salía el corazón por la boca. No estaba nada en forma, tendría que darle una vuelta a eso después. Decidí parar un taxi que me llevara al hotel, ducharme, desayunar algo contundente y volver a buscar a Mariana.

A las nueve en punto estaba entrando por la puerta del Dallas BBQ. Un fuerte olor a carne quemada se metió en mis pulmones de golpe. Me entraron ganas de echar hasta la primera papilla. Me senté en una mesa libre. Abrí el periódico gratuito que alguien había dejado allí un rato antes. No fui capaz de concentrarme en ningún artículo.

“Good morning, how can I help you?” Escuché estas palabras detrás de mí y noté como el sudor me subía a la cara. Ella estaba allí, por fin. Tomaba nota a una señora de 150 kilos a la que yo le daba la espalda. Su imagen se reflejaba en el cristal. La tiparraca hablaba con un acento imposible mientras paraba cada tres palabras para toser o reír, no distinguía bien cuál de las dos cosas.

Entonces veo acercarse al chaval mexicano directo a mi mesa. Mala suerte joder. Le pido un café, aunque odio ese repugnante café americano. Y sigo leyendo el periódico. O más bien hago como si lo hiciera. Todos mis sentidos están puestos en ella. Levanto la vista con disimulo, y la veo en la barra. Uf, es preciosa, más de lo que me pareció la tarde anterior, más que en las fotos. Se parece a alguien, pero no me sale ahora el nombre, una actriz tal vez. Lleva el pelo totalmente retirado de la cara en una coleta muy tirante. Labios rojos sin gota de maquillaje, ojos muy verdes, no demasiado grandes, rasgados, aros en las orejas de distintos tamaños, piel morena. El uniforme le queda bien, incluida la gorra. Parece mucho más joven que yo.

Por su aspecto, diría que está algo distraída, quizá un pelín nerviosa. El mexicano le dice algo al oído y ella desaparece de repente. Pasan unos cinco minutos y se escuchan gritos en español al

fondo. Sólo llego a entender las palabras “gordos” y “váteres”. Un poco después vuelve a aparecer, pálida y con los ojos llorosos. No sé qué está pasando, pero no tiene buena pinta.

Mientras intento encontrar una frase adecuada para decirle, entran dos tíos con pasamontañas y se sientan en la mesa de al lado. Joder, joder, joder. ¿Será que va a pasar como en *Pulp Fiction*?

Pues sí, pasa algo parecido. Una chavala se les acerca con el bloc en la mano dispuesta a tomarles nota, sin que se haya dado cuenta aún de que esos clientes no van a tomar café precisamente. Uno de ellos le pone una pistola en la cabeza, mientras el otro empieza a gritar frases llenas de variaciones del verbo *fuck* a toda velocidad.

Enseguida nos mandan a todos a colocarnos detrás de la barra, tras haber obligado al encargado a cerrar la puerta del sitio con candado. Estoy temblando, todo me parece irreal, como si me hubiera colado en una peli por error y fueran a gritar "coooooooooorten" de un momento a otro. Uno de los tipos, el más alto y corpulento, me empuja y me chilla cosas que no entiendo. Me empiezo a marear, me entran ganas de ir al baño, ese puñetero olor a chamuscado, un nudo en la garganta me impide tragar. ¿Quién coño me mandará a mí recoger móviles tirados en la calle?

Con el último empujón, caigo al suelo, donde están todos los demás, incluida la señora de 150 kilos a la que parece que le va a dar un infarto. Nos empiezan a atar las manos, nos siguen insultando y amenazando. Creo que voy a desmayarme. Pienso en Samuel, pienso en Eva. Me gustaría poder enviarles un último mensaje de despedida. Recuerdo el 11 S y toda esa gente que llamaba a casa para decir adiós. Yo no voy a poder. Nos exigen entregar los móviles. Y ahí soy consciente de que llevo, además del mío, el de Mariana. No me queda más remedio que echarlo en la bandeja que el energúmeno ese me pone delante. Noto que la persona que está a mi lado me mira fijamente. La miro. Es ella. Mariana me está clavando los ojos estupefacta, supongo que preguntándose quién cojones soy yo y por qué llevo su móvil encima.

A partir de ahí todo sucede muy rápido. Oímos un Jamás había escuchado antes el sonido de un arma. No era como en la tele. Era un ruido mucho más alto de lo que yo pensaba. Estridente, pesado, que me deja los tímpanos totalmente taponados. Creo que alguno de los dos atracadores se ha puesto nervioso y no ha podido evitarlo. Pero no. Al girar la cabeza veo desplomarse al tío cachas, y a continuación veo levantarse al camarero mexicano que me había atendido minutos antes, con una pistola en la mano, que sale corriendo para buscar al otro atracador, al bajito y menudo que no parece que pueda matar una mosca. Se había ido a montar guardia a la puerta de atrás y al escuchar el disparo se oyen pasos rápidos que entran en el local. Empiezo a llorar en voz alta, acojonado, mientras Mariana me repite frases como “take it easy, all is gonna be all right (tranquilo, todo va a salir bien)”. Oímos un nuevo disparo. El mexicano cuyo nombre no recordaba (¿Armando?), el que me había descolgado el teléfono el día anterior, acaba de cargarse al otro. No han pasado ni diez segundos desde que sonara la detonación anterior.

Enseguida sentimos cerca las sirenas de la poli. Nadie se mueve de donde está. Ni siquiera Fernando (entonces me vino a la cabeza su nombre) sentado junto al cuerpo lleno de sangre del segundo atracador muerto, con la cara desencajada y empapada de sudor, sujetando la *glock* con ambas manos, temblorosas como un postre de gelatina. No soy un experto en armas reales, pero he empuñado unas cuantas en mis largas horas de consola. Sin lugar a dudas es una *glock*.

Yo tampoco comprendo este país

“Ahorita me podrás explicar por qué tenías tú mi móvil” me dijo Mariana unas cinco horas después. Nos acababan de dejar por fin tranquilos, tras la parafernalia del levantamiento de los cadáveres, los interrogatorios y demás. La frase sonaba un pelín amenazante, al contrario que su voz, dulce y musical, como si estuviera leyendo un cuento a un niño antes de irse a la cama. Imaginé que yo era ese niño, y que ella me daba un beso de buenas noches.

“Verás, es probable que no te acuerdes, pero ayer tú misma lo lanzaste por los aires, te pusiste a llorar, y después me abrazaste...” Ella me miró abriendo sus perfectos ojos verde oscuro al límite de su capacidad, dejando claro meridiano que efectivamente no recordaba nada de aquello, o que en realidad era una de esas actrices en ciernes en busca de una oportunidad en la ciudad de los rascacielos.

Le conté toda la película, las 24 horas más surrealistas de mi vida, omitiendo el capítulo de la llamada que recibí el día anterior a su móvil, el “sooner or later”,

etcétera. Me pareció que ya había tenido suficientes emociones por hoy. Se lo diría mañana. ¿Mañana? Joder, ¡mañana tenía que estar en Washington!, aunque acababa de decirle a la poli que al día siguiente me pasaría por la comisaria para declarar, tal y como me habían pedido amablemente.

“¿Me disculpas un segundo?” Llamé a mi jefe. Tras varios gritos y exabruptos por su parte, al final asumió resignado mi ausencia temporal y obligada del puesto de trabajo. “Dame un toque cuando acabes con la poli y ya te digo lo que tienes que hacer”.

Mariana me habló durante mucho rato de Fernando. Se conocían desde la primera noche que ella llegó a Nueva York, hacía pocos meses, en avión, procedente de Colombia. Ella le preguntó qué autobús tenía que coger para llegar a Manhattan desde el aeropuerto. Él le sugirió compartir un taxi. “No tengo plata”. Igualmente la invitó a subir con él.

“Es un tipo de los que hay pocos, legal, tan chévere”. Ahora qué iba a ser de él, ¿iría a la cárcel por salvarles la vida? Yo no entendía de leyes americanas. En España, si matas a dos tíos con pistolas, que están amenazando de muerte a todos los clientes de un restaurante, es posible que vayas de cabeza a la trena. “Aquí las cosas son distintas, la gente puede tener armas para defenderse”.

“No lo sé, yo tampoco comprendo este país”. Mariana lloraba mientras hablaba. Me di cuenta cuando movió la cabeza y le dio la luz amarilla de la lámpara del techo de lleno en la cara. Porque no hacía ningún ruido que delatase su llanto, ni se restregaba los ojos o se pasaba la mano por la cara para limpiarse las lágrimas. Era como si ella misma no se diera cuenta de que estaba llorando, como si fuera un llanto dibujado por error encima de su expresión distante y serena. Su

belleza me despistaba. Estoy seguro de que llegué a mirarla con la boca abierta, incluso de que se me cayó la baba.

Mariana, 22 años, procedente de Bogotá, Colombia, la mayor de 4 hermanos, de los cuales sólo uno vivía aún en su país. Uno de ellos había muerto por el estallido de un coche bomba a manos de las FARC cuando era un niño de 8. El otro, de 23 años, había emigrado a Europa hacía ya un tiempo. No sabía nada de él. Sus padres habían tenido un accidente mortal cuando ella tenía 5 años. Un dramón vaya. Mi vida me pareció entonces un cuento de princesas Disney.

Ella hablaba y hablaba, despacio, haciendo sus pausas entre una frase y otra, no sé si porque era su forma habitual de hacerlo o porque los acontecimientos del día la habían dejado exhausta y era incapaz de hablar de otra manera. Normalmente esa lentitud me exaspera. Yo soy más de hablar y hacer las cosas a toda caña, sin pararme mucho a pensar, a veces casi sin respirar. Y no soporto la gente que habla por fascículos. Sin embargo, me sentía tranquilo, a gusto, en la gloria que diría mi madre, temiendo el momento en que aquella conversación terminase y cada uno nos fuéramos por nuestro lado. Porque, ¿acaso Mariana iba a querer verme de nuevo? Más allá de la cita en la comisaría prevista para el día siguiente, no se me ocurrían muchas más excusas para seguir viéndola. Y si tenía algo claro, es que me moría por verla más veces.

–Bueno, creo que ya va siendo hora de irme a la casa. Me doy cuenta de que he hablado demasiado hoy, seguro que no más te he aburrido con mi charla, ¿cierto? Qué pena con vos, sorry, ha sido un día duro.

–No, no, para nada, no me has aburrido, no worries. ¿Entonces ya quieres irte? Puedo acompañarte si quieres.

–No te molestes, puedo ir en el metro, lo hago cada día.

–En serio, insisto, después de lo que ha pasado hoy, me quedo más tranquilo si te acompaño.

En realidad, me quedaba más tranquilo también por mí. No soportaba la idea de quedarme sólo después de aquello, encerrado en el hotel o vagando por las calles llenas de personas que podían llevar armas defensivas bajo sus abrigos.

–Está bien, está bueno –dijo sonriendo por primera vez desde que la conocí, hacía ya una eternidad– por ser hoy, te dejaré venir, aunque será mejor que sepas que tenemos una hora de camino hasta la casa, que, por otra parte, está en un barrio no muy querido.

Mariana vivía cerca del Pelham Bay Park, en el Bronx. Hacía unos años pronunciar el nombre de este vecindario neoyorkino era poco menos que gritar Voldemort en el Castillo de Hogwarts. Hoy día la situación había mejorado, según había leído en alguna parte, aunque aún existían zonas del barrio que seguían siendo como aquel sitio en el que Tom Hanks y Melanie Griffith se perdían con su coche en La Hoguera de las Vanidades. Me podía la curiosidad por teclear Pelham Bay Park en mi teléfono para descubrir si me estaba dirigiendo a un sitio similar al de la historia de Tom Wolfe o, por el contrario, a un área revitalizada y medianamente segura.

Estuve a punto de ofrecerme a parar un taxi, pero me contuve con la esperanza de alargar el tiempo de estar con ella. Después de lo que acababa de pasar esa mañana, no iba a acojonarme

por historias de pandi-lleros contadas por la tele. Y si una chica como Mariana se atrevía a vivir allí, yo no podía ser un gallina, tenía que actuar como si la palabra Bronx significara Brooklyn o Chamberí.

El metro

“¿Y por qué has venido a Nueva York?” Para estudiar y mejorar en la vida, como otros tantos millones de personas que llegan a esta ciudad cada año. Se había matriculado en la universidad por las noches y para sacar algo de dinero mientras tanto, había empezado a echar algunas horas en el Dallas BBQ, gracias a Fernando. “Yo nací aquí, ¿sabes?, mis padres estuvieron trabajando en New York de jóvenes, de hecho, se conocieron en el hotel donde mi madre era camarera y mi padre pinche de cocina. Cuando cumplí cuatro años, volvieron a Colombia unas navidades y ya no pudieron regresar. Todo se complicó allá”. Así que, gracias a eso, tenía nacionalidad americana y pasaporte para entrar y salir del país sin tener que dar muchas explicaciones.

“¿Qué hay de vos?, ¿te gusta ese trabajo que hacés? Tiene que ser difícil trabajar en esto y tener una familia...”

Y tanto que era difícil. Le conté, por encima, mi desastrosa situación sentimental. Y le hablé de Samuel. Lo gracioso y guapo que era y todo eso con que a los padres nos gusta aburrir al personal cuando se nos da pie a hablar de nuestros herederos. “Yo no quiero tener hijos, no quiero sufrir por ellos como he sufrido por mis hermanos. Tampoco quiero morirme y dejarlos solos, como mis padres hicieron conmigo”. No sabía qué decir entonces, me quedé en blanco. ¿Qué se responde a algo así? “Te entiendo, después de lo que has pasado”. Ella me miró con cara de “no entiendes ni media, qué vas a entender tú”. Y tenía razón, qué iba a entender yo. Me había criado con mi madre, siempre pendiente de mí, quizá demasiado, y con mi padre, que, aunque algo ausente la mayoría del tiempo, no era el típico padre que iba a su bola y delegaba su función parental en mi madre. Los domingos siempre sacaba un rato para estar conmigo. Me llevaba a misa y me compraba chuches a la salida. También me llevaba al fútbol, y yo, por no contrariarle, hacía como que me gustaba. Lo hice hasta que cumplí 30 y decidí que había llegado el momento de ser valiente y decir la verdad. Estuvo un tiempo sin hablarme, pero no duró mucho. “Chaval, no pasa nada, sé que lo hiciste por hacerme feliz, y eso te honra. Ven a casa el domingo que voy a hacer una paellita”. Y tan amigos.

Mientras que buscaba un tema para cambiar de conversación, empezó a sonar mi teléfono. Lo saqué y vi que era Eva. Un sudor frío me recorrió la cara. “Cógelo, no te preocupes por mí”. Rechacé la llamada y pensé llamarla a la vuelta al hotel. Pero volvió a llamar y empezó a escribirme mensajes por *WhatsApp*,

“Estás bien?”

He visto atraco en NY con muertos

Ya sé que Nueva York es muy grande y que parezco paranoica.

Pero es que no has llamado.

Dime que todo ok"

...

“Sí, todo ok, te llamo ahora”

–Bueno, aquí es, ya hemos llegado. Muy agradecida por acompañarme, siento no invitarte a pasar y tomar un café, es que necesito descansar, de verdad, supongo que lo entendés.

–No pasa nada, si en realidad yo también. ¿Nos vamos a ver mañana en la comisaria? ¿A qué hora estarás por allí?

Quedamos a las 10 de la mañana. Tal vez después de declarar podríamos tomar ese café o una coca cola y seguir charlando un rato más. La vi entrar en un bloque de pisos, sin volverse a mirarme.

Me puse los cascos. Empezó a soñar *On Melancoly Hill*, de Gorillaz. Un coche amarillo se acercaba hacia mí.

*If you can't get what you want
Then you come with me.*

Las cosas van de mal en peor

No puede ser cierto. En Nueva York hay unos 19.000 restaurantes, según Google. ¿Y tenía que ser precisamente en ese en el que estuviera él? Noté cómo empezaba a temblarme de nuevo el párpado izquierdo y un calor repentino me subió a la garganta, dejándome una sensación como de haberme tragado un tapón de plomo. Estaba aterrada. Conforme Rafa hablaba, yo trataba de imaginar que me estaba contando el argumento de una peli que acababa de ver en el cine. Pero no, era él, mi ex, el padre de mi Samuel, quien había sido protagonista de la historia. Sin escenarios falsos, actores o cámaras de por medio. Todo real, incluso los muertos.

“¿Seguro que no estás herido? ¿Por qué no te acercas a un hospital a que te hagan una revisión?” Como si eso fuera Madrid y le estuviera hablando de acercarse un momento a La Paz. Aquello era Estados Unidos, y cualquier cosa que tuviera que ver con la sanidad costaba de 500 euros hacia arriba. Recordé aquellas noticias que me impactaron tanto sobre gente muriendo a las puertas de los hospitales americanos, por no tener seguro ni dinero con el que pagar su propia vida.

En los quince minutos que duró aquella llamada tuve tiempo de imaginar montones de situaciones dramáticas. Me vi a mi misma vestida entera de negro, como esas señoras impecables de los funerales cinematográficos, trajes bien cortados, tacones de aguja, sombrero y tul tapando el rostro. Llorando desconsolada mientras la gente pasaba por turnos a darme el pésame, como si fuera su viuda y no su ex mujer. ¿Cómo se llama a una ex mujer a la que se muere el ex marido? Visualicé la vida de Samuel con un padre existente sólo en fotografías, ni siquiera en sus recuerdos, puesto que era aún muy pequeño como para guardarlos en su memoria. Mi vida como alma en pena, siendo compadecida por todos para siempre, la pobre ex mujer enamorada, madre sola, el pobre huerfanito.

–Bueno, ¿y tú cómo estás? ¿y Samuel? Imagino que sigue en la cama.

–Yo bien, tirando, y el niño perfecto.

No me atreví a decirle que en realidad las cosas no iban bien. El día anterior me habían comunicado que iba a haber un ERE en mi empresa, el segundo en un año, justo minutos antes de que me llamaran de la guarde porque Samuel tenía fiebre.

No, las cosas no iban bien. Quise decirle: “Las cosas van de mal en peor desde que me traicionaste con esa puta. No levanto cabeza, me siento una fracasada, y sí, ya sé que no debo pensar así, que no debería depender de ti ni de nadie, que yo sola me basto y me sobro para tener una vida plena y feliz, que tengo un hijo precioso, que debo aprovechar cada minuto en este mundo... Pero no puedo, al contrario, cuanto más veo toda esa filosofía barata en Instagram y Facebook, ese mundo fantástico en el que aparentemente todos viven, más me hundo, peor me

siento, más pienso en acabar con todo de una vez”. En lugar de eso le dije: “Yo bien, tirando, y el niño perfecto. No hay muchas novedades por aquí, todo va como siempre”.

Todos los días estamos a punto de morir

El taxi me costó una fortuna. Menos mal que todos los gastos corrían a cargo de la empresa. Quise bajarme unos metros antes, a la altura de la biblioteca, ese impresionante edificio que ocupa dos manzanas de la ciudad, el sitio ideal para refugiarse en caso de tsunami, según vi una vez en esa peli, ¿cómo se llamaba? Bah, da igual, era tan mala que ya ni me acuerdo.

Necesitaba despejarme un poco en medio de aquel día interminable. Quería pensar, ordenar un poco mi mente. Puede que todos los días estemos a punto de morir, pero no precisamente a tiros. Pensaba en Samuel, en Eva, en mi madre, en mis colegas de la Uni, en el pesao de mi primo Rober, que me tenía frito el móvil con sus lamentables chistes. Y por alguna estúpida razón, no me quitaba de la cabeza a esta piba, Mariana, Mariana, Mariana, a la que hacía dos días no había visto en mi vida. ¿Qué coño me estaba pasando? Tampoco es que fuera Angelina ¿no podía dejar mi libido en barbecho por un tiempo? Lo raro es que no era sexo lo que me apetecía o sí, pero no de esa forma de antes, cuando esa era la razón número uno para entrarle a alguien.

Aún no era media noche, aunque mi cuerpo sentía que ya era de madrugada desde hacía horas. El día había sido muy largo, increíblemente largo. La ciudad seguía a su bola, como si nada hubiera ocurrido. Los bares estaban llenos, la gente se reía a carcajadas, bebía vino, cerveza, mojitos, y cosas raras. También fumaban en las terrazas, todos esos adictos que parecían una especie en extinción, que se resistían a las prohibiciones y a las fotos de pulmones destrozados en las cajetillas. Como yo mismo en mis mejores tiempos. Un cigarro, un porro, en aquel momento hubiera vendido mi cuerpo por pegarle unas caladas a uno.

Entré en un deli y compré un paquete de Marlboro. Pedí fuego a un homeless que había en la puerta y que me pidió uno en cuanto me vio abrir el paquete. Encendí un segundo piti con la colilla del anterior. Llené mi cuerpo de nicotina, alquitrán y otras casi 7000 sustancias tóxicas que se expandieron por mi cuerpo rápidamente, mandado a tomar por saco todo lo que había tardado en recuperarse en el año que llevaba limpio.

Total, puedo morirme mañana, ¿qué más da?

Socorro

I want it all, I want it all, I want it all, I want it NOW!!!!!!!!!!

La voz de Freddy irrumpió en mi cuarto a las seis menos algo de la mañana. Aún estaba soñando cuando cogí el teléfono y descolgué. Logré escupir un ronco “¿sí?” antes de abrir los ojos y darme cuenta de que aquello era una llamada telefónica.

Al otro lado escuché gemidos y llanto. “¿Quién es?, ¿quién llama?”

“Soy yo, Mariana. Necesito ayuda, por favor. Ven a buscarme, ¿vendrás? ¡Dime que vendrás! ¡Pleasssssse, dime que vendrás!”.

“¿Mariana? Qué ha pasado, tranquila, tranquila, sí, iré a buscarte, ¿estás bien? (es obvio que no, no seas majadero), tranquila guapa, salgo para allá, no te muevas”.

Otro taxi a cargo de la empresa y estaba en la calle donde nos habíamos despedido la noche antes en poco más de media hora. Ya empezaba a amanecer. Mientras iba hacia allí, no dejaba de pensar en aquel sujeto que me llamó hacía dos días preguntando por ella. ¿La habría encontrado? ¿O era una venganza de esos criminales de la mañana por parte de su clan mafioso? ¿O un vecino cabrón pandillero de su barrio? Las posibilidades eran muchas y todas daban muy mal rollo.

Antes de salir del taxi escuché el sonido de alerta en el móvil. Un mensaje de Eva. “Te mentí Rafa, lo siento. Las cosas no van bien. Todo va de culo. Llámame cuando puedas”.

Joder, joder, joder. ¿por qué todo a la vez? ¿no podía llegar una cosa detrás de la otra? ¿ahora qué estaba pasando? ¿le había pasado algo al peque? A ver tío, respira, como te enseñó la loquera cuando ibas a terapia. Respira tres veces hondo y piensa. Primero vas a ver qué le pasa a la chavala esta que parece que está jodida de verás. Luego llamas a Eva. No, mejor primero le envías un mensaje a Eva y le dices que la vas a llamar enseguida, que ahora no puedes, que vas a entrar al metro y perder la cobertura. Así al menos no pensará que has pasado de ella. Es bastante mal pensada.

“Eva, entro al metro, tardaré 1 h en poder hablar. Te llamo. Bss”

La radio del taxi sonaba a Crystal Fighters. LA Calling.

*Thought it was all gonna end
I didn't want it to end
'Cause I was feeling on top*

I was feeling on top of the world
Thinking about you girl

Escuchando esta canción, la vida parecía un festival de música al aire libre. Era evidente que no lo era.

La amenaza

El piso de Mariana era un séptimo y el ascensor estaba estropeado. Mientras subía de dos en dos los escalones, me di cuenta de nuevo de mi penoso estado físico. En cuanto volviera a Madrid me compraba unas zapas buenas y me ponía en serio con el running. Jurado por mi madre. Metí la mano en el bolsillo de atrás y me di cuenta de que el tabaco estaba ahí. Lo saqué y lo tiré por el hueco de la escalera.

“No quería decírtelo hijo, por si te ofendías, pero ya que lo dices tú, es verdad que estás hecho una piltrafa”

El edificio era una mole de cemento y cristal que me recordaba a los deprimentes bloques de pisos de la Alemania comunista. Por un momento pensé que ya no estaba en NYC y es que lo mismo ya no lo estaba. ¿No podía ser todo un sueño, como en las series malas de la tele? No, no lo era. Mi falta de aliento era prueba de ello.

Había papeles y desperdicios por todas partes. Una de dos, o los servicios de limpieza estaban en huelga o es que todos los vecinos era unos cerdos. Olía a comida de varios días, a basura y a una especie de ambientador industrial que me sonaba familiar. Me dieron arcadas. Del techo colgaban luces de neón, la mitad sin funcionar y la otra mitad con la luz amarilla intermitente. Venga ya, no podía ser verdad. Todo era muy tétrico, muy peli de Kubric, no había forma de creérselo. Era tan absurdo todo, que ni me acojoné ni nada. El corazón saliéndose por la boca no dejaba mucho espacio para el miedo en mi penoso cuerpo serrano.

Llamé al timbre, no se oía nada al otro lado. Volví a llamar, esta vez con los nudillos. Di tres toques y repetí el gesto tres veces, como si fuera una especie de clave secreta que ella y yo hubiésemos acordado antes. Escuché unos pasos muy lentos al otro lado y vi moverse la mirilla. Aún tardó unos segundos en descorrer la cadena y abrir la puerta, no del todo, dejando sólo el espacio suficiente para que pudiera pasar de lado.

“Come on in! Apúrate!”

Me cogió de la mano y tiró de mi brazo con una fuerte sacudida que me hizo soltar un leve quejido. Parecía poquita cosa esta Mariana, pero tenía fuerza la jodía. Todas las luces estaban apagadas, excepto una luz al fondo que resultó ser la cocina. Un espacio de tres metros cuadrados, que no estaba abierto al salón, como solía pasar en las casas americanas que yo tenía en mi mente. Me empujó de nuevo y me sentó en el suelo. Ella lo hizo también, pegándose a mí más de la cuenta. Me vino a la mente la mañana anterior, todos aquellos *losers*, el menda incluido, a punto de cagarnos encima, tirados en el frío suelo del Dallas BBQ, pringado de gotas de *ketchup* y migas de pan, mientras aquel cabrón apuntaba con su pipa hacia nuestras cabezas.

“La he embarrado del todo, me ha encontrado, no sé cómo, no sé quién le dio mi número, no sé

quién me ha traicionado. Cuando llegué a casa, todo estaba revuelto, no había ni rastro de mis compañeras de piso. Me asusté, no sabía qué hacer, dónde ir. Bajé a la calle, pensando en ir a casa de Fernando, seguro que podría quedarme a dormir allí. Cuando ya había entrado al metro me di cuenta de que no era posible. Fernando estaba detenido, pasando la noche en algún calabozo de los juzgados del Midtown. Oh, shit! No podía ser. Entonces pensé en ti, parecías un tío chévere... Está bien, voy a llamarle, no tengo nada que perder, si me dice que pasa de mí pues ya está, me busco la vida. Metí la mano en todos los bolsillos, en los del pantalón, en los de la cazadora, varias veces. Nada, el puto teléfono no estaba. Asshole! Me recordé que lo había dejado en el bolso, que lancé hacia algún lugar en medio de todo aquel caos”.

Cuando Mariana vuelve a su casa en busca del móvil, hay alguien allí que sale de las sombras, que la golpea y la amenaza con un cuchillo. “El Gigante me ha dicho que quiere verte, que te echa de menos, zorrита, más te vale estar preparada y bien guapa para la cita. Será pronto. Apúrate”. Antes de marcharse le pasa la hoja afilada del cuchillo, por la oreja. La sangre empieza a brotar sin descanso, aumentando el desorden y el miedo. Un dolor intenso en la tripa, un temblor, sudores fríos, todo es confuso, borroso, parece como si su piso fuera a desaparecer. Y de repente todo es negro y ella cae al suelo, inconsciente.

POR GORDA

Me llamo Eva, tengo 29 años, mido 1,57 y peso 67 kilos. Me he pasado los últimos quince años de mi vida haciendo dietas, con pequeños intervalos de algunas semanas entre una y otra, tiempo más que provechoso para ingerir todas las calorías que mi organismo echaba de menos, y convertirlas en depósitos adiposos que se dejaban caer por zonas de mi cuerpo de las que recientemente se habían despedido.

Mi obsesión por la comida no llegó a provocar anorexia ni bulimia. Lo que sí hizo fue absorber mi autoestima lentamente, magdalena tras magdalena, hasta dejarme en números negativos. Me convertí en una chica que la mayoría del tiempo creía que no merecía que los demás la quisieran, por gorda, por ser incapaz de entrar en una talla 38 para poder lucir los apretados vestidos y cortos tops de los escaparates.

Eso sí, no podía permitir que nadie intuyera mis pensamientos autodestructivos, mi desazón de cada noche al llegar a casa y ponerme ciega a todo aquello que por el día me había estado negando. Porque ante los demás yo era una chica que se cuidaba. Desayunaba café con leche y tostada integral con tomate. A media mañana una fruta. Para comer ensaladas o carne o pescado a la plancha. A media tarde un yogur o quesito desnatado. En cambio, llegaban las diez de la noche y un demonio se metía dentro de mí para devorar todo lo que encontraba a su paso. Y no era brócoli precisamente lo que le salía al encuentro.

No podía dejar que nadie supiera aquello. Así que yo era feliz ante el mundo, sonriendo siempre, aunque por dentro tuviera ganas de gritar hasta quedarme afónica y de cortarme yo misma mi propia barriga. Asco de mundo que se olvidó de mí a la hora de repartir el don del metabolismo rápido, o como quiera que se llame eso que te da carta libre para comer lo que te venga en gana.

En estos quince años ha habido buenos momentos, esos que llegaban tras varios meses de restricción calórica, cuando pasaba de la talla 44 a la 38, a veces la 36, dependiendo del fabricante. Entonces me sentía poderosa, capaz de todo. Es increíble el poder que tiene el índice de grasa corporal, un número que es capaz de hundirme en el infierno o de subirme al cielo, mucho más que cualquier otra cosa en el mundo. Por ejemplo, en mis épocas de subidón, me era totalmente indiferente que el jefe de turno fuera un capullo o que me alguien me adelantara por la derecha. Lo importante era que yo podía llevar pantalones pitillo y que la gente me decía “qué bien te has quedado, estás estupenda”. Por el contrario, cuando tenía que ir a comprarme una talla más, ya podían decirme que mi sueldo iba a subir un 20% o que había ganado unas vacaciones en Las Canarias. Me sentía una desgraciada, un despojo humano, una bola de grasa que se merecía todo el mal que le pasara. Entonces sonreía más, me reía a carcajadas como si estuviera borracha todo el tiempo, para esconder todo ese malestar que se venía conmigo cada noche a dormir.

Cuando pillé a Rafa en nuestra cama con aquella tía, estaba en medio de uno de aquellos momentos de negrura. La mañana había empezado mal. El peso me decía que había ganado otros dos kilos de un día para otro. Sólo quería quedarme tirada en la cama y compadecerme de mí misma, no estaba yo aquel día para di-simular. Me llamó Elena y no le cogí el teléfono. Después me llamó al fijo y lo cogió Rafa. “Sí, un momento, ahora mismo te la paso”. Le dio igual que yo le hiciera gestos de que no quería hablar con nadie. Creo que ni me vio hacerlos, enfrascado en su Play y su cerveza.

Elena trató de convencerme para ir con ella y con su amiga Dori al cine. Tenía entradas gratis que le habían tocado en no sé qué sorteo de una marca que no recuerdo. Me apetecía tanto ir como que me sacarán una uña con unas tenazas. Entonces Samuel empezó a llorar, y a llorar y a llorar. “Tengo que dejarte, el niño no para de berrear y su padre parece que se ha vuelto sordo de repente”. Intenté calmar a Samuel, lo cogí en brazos, le canté canciones, le preparé un biberón, le puse el chupete, lo monté en la silla y lo paseé arriba y abajo del pasillo. No tenía fiebre. Podían ser los dientes, o gases. Le di un poco de crema en la boca por si era lo primero y le preparé una infusión por si era lo segundo. Pero no paraba. Me estaba volviendo loca. Y mientras, aquel hombre con el que me había casado y con el que había engendrado una vida humana, parecía estar vi-viendo en un planeta diferente al mío, a miles de años luz, con aquel puñetero mando en las manos. La televisión emitía sonidos de disparos, bombas estallando y gente que amenazaba a otra gente. Pensé que ojalá tuviera yo una de esas granadas para tirarla ahí en el salón y terminar con todo. No más juegucitos, no más llantos, no más dietas ni kilos que estorban.

Como no tenía armas a mano, decidí hacer otra cosa. Cogí el mando, apagué la tele y le puse el niño a Rafa en los brazos. “Ahora te toca a ti, llevo una hora intentando calmarle, no puedo más, me largo, necesito tomar el aire o voy a explotar”.

Rafa ni siquiera protestó, se quedó callado, quieto, como un pasmarote. Cogí el bolso, las llaves del coche y me fui dando portazo. Samuel seguía llorando, aunque ya algo menos fuerte, o eso quise creer para no sentirme tan culpable por huir de esa manera.

“Elena, ¿sigue en pie lo del cine?, ok, perfecto. ¿Qué te parece si quedamos antes a comer algo?”

Y así fue como desaparecí de casa durante todo el día. “¿A qué hora vuelves? Sami está con mi madre”. Será cabrón, al final ha llamado a su madre para encasquetarle al niño. Quise decirle que no pensaba volver hasta el día siguiente, o la semana siguiente, o mejor nunca más. Que iría a por Samuel, que se llama Samuel y no Sami, a casa de su madre y me iría con él lejos, a otra ciudad, a otro país tal vez, a empezar de cero. Estaba tan cabreada en ese momento que estaba dispuesta a tirar todo por la borda, sin tener en cuenta que, sin él, sin mi marido, por mucho que me cabrease a veces con sus ramalazos infantiles, yo no iba a ser capaz de tirar para adelante. Rafa no era perfecto, de acuerdo, era un crío egoísta y un poco vago, muy pendiente de sí mismo, de su necesidad de desconectar del curro, de su necesidad de salir a correr, de su necesidad de tomar birras con los colegas, de su necesidad de dormir. Cierto, aunque también era verdad que permanecía ahí cada noche a mi lado y cada mañana al despertar, y de vez en cuando, cuando le pillaba en un rato libre, entre una necesidad y otra, me escuchaba, me cocinaba tortillas de patatas y llevaba al niño a la guardería. A veces me hacía masajes en el cuello. Incluso me regalaba cosas chulas por mi cumpleaños, probablemente asesorado por su hermana o su madre, todo hay que

decirlo.

No sospechaba entonces, cuando recibí aquel SMS, “¿A qué hora vuelves? Sami está con mi madre”, que unas horas después era eso precisamente lo que iba a hacer. Empezar una nueva vida sin él, sola, madre soltera, madre soltera y gorda. Madre soltera, gorda, deprimida y que empezaba a ser vieja. Eso sí, la sonrisa siempre por delante para que nadie se diera cuenta de nada.

Ven acá florecita

“Mariana, Marianita, ven acá florecita que te voy a contar un cuento”.

“No quiero abuelo, estoy jugando con mis muñecas”.

“Anda, princesita, por qué no vienes, tengo caramelos. Ven con el abuelo que te quiere mucho y que quiere contarte una bonita historia”.



El abuelo estaba sentado en una de las sillas de la salita de estar, una de las sillas de madera oscura y pesada, que tanto costaba mover a la abuela para limpiar. Por eso muchas veces las arrastraba, provocando un ruido chirriante y molesto que hacía que Mariana y sus hermanos se taparan los oídos con los dedos a la vez que cerraban muy fuerte los ojos. “Abuela, por favor, paráaaaaaa”.

Aquella tarde la abuela estaba en el cuarto de arriba, guardando la ropa de verano en los arcones y planchando la ropa de invierno que había estado lavando los días previos. Siempre había que lavar esa ropa que durante meses había estado metida en aquellas enormes cajas de madera, porque de otra forma podías incluso pillar alguna enfermedad, algún virus o bacteria que pudiera haber penetrado en los tejidos y se hubiera quedado ahí, esperando su turno para introducirse en un cuerpo cualquiera, el primero que se pusiera la prenda, y después hacer de las suyas.

La mamá y el papá de Mariana estaban muertos. Un desgraciado accidente de coche se los llevó de este mundo sin comerlo ni beberlo, cuando se dirigían a la capital para firmar no sé qué cosa en el banco, hacía ya casi un año. Desde entonces los abuelos eran también los padres de los chicos. La abuela Greta no había tenido ni tiempo de llorarle a su hija ni a su yerno, de tan ocupada que andaba con las necesidades de la infancia de sus nietos, ahora convertidos en nietos hijos. Aunque había días, cuando la cosa se ponía muy cuesta arriba, que la abuela Greta se encerraba en el baño durante más de una hora, diciendo que tenía mal la tripa, mientras que desde fuera Mariana hubiera jurado que andaba llorando. Esos ruidos que se oían al otro lado de la vieja puerta llena de arañazos no parecían los ruidos que se hacen cuando uno está encima del váter intentando evacuar. Más bien parecían suspiros, como hechos para adentro, como si la abuela Greta llorara al revés, con las lágrimas resbalando por detrás de la piel de su cara, cayendo lentamente hasta el dedo gordo del pie, sin llegar nunca a mojar el suelo.

El abuelo sentó a Mariana en sus rodillas y la apretó contra sí. Empezó a contarle el cuento al oído, tan cerca que la niña no era capaz de concentrarse en lo que decía, de tan mal que olía su aliento a tabaco y dientes mal lavados. El abuelo puso su mano derecha en el tobillo de Mariana.

Mientras iba contando la historia, una versión personal de Caperucita Roja, iba subiendo su mano lentamente por la pequeña pierna de casi siete años. Se quedó un rato en la rodilla, moviendo los dedos en círculos concéntricos. Después siguió subiendo, por debajo de la falda de flores cosida por la abuela. Llegó a las braguitas y empezó a tocarle la vulva por encima de la tela, durante bastante rato. Después metió la mano por dentro y empezó a frotar su dedo meñique por toda la zona, sin llegar a penetrar la vagina. Mariana notaba su uña larga y sucia y sentía dolor y miedo. Sabía que todo eso no estaba bien pero también sabía que el abuelo la quería, ¿verdad? No podía ser que si el abuelo la quería estuviera haciéndole algo malo. De todas formas, si aquello estaba bien, ¿por qué el abuelo sólo lo hacía cuando no había nadie delante? ¿por qué motivo se apartaría si otro ser humano aparecía por allí?

Por la noche, cuando estaba en su cuarto y recordaba todo eso, pensaba que era mejor no decirle nada a la abuela, por si acaso se enfadaba con ella y ya no le hacía más el desayuno especial.

Las heridas

Me acerco al baño en busca de algo para limpiarle la herida a Mariana. De repente me resbalo y me caigo sobre el charco de sangre que salió de su oreja unas horas antes. Me levanto con toda la dignidad de la que soy capaz y entro en el baño. Rebusco en el armario que hay encima del lavabo. No encuentro nada parecido al alcohol, no hay tampoco gasas. Todo está lleno de cajas de pastillas iguales, hay por lo menos 30, y no tengo ni idea de para qué son, ni pregunto.

—No tienes alcohol por aquí, ni gasas.

—Si hay algo de alcohol en esta casa está en el armario del salón y no es precisamente alcohol para heridas.

O sí, pensé yo, las heridas que no se ven por fuera, las otras, esas que llaman las heridas del alma. Pocas botellas de whiskey me he zampado yo solito para intentar curarme el alma. Claro que, en lugar de eso, aquellos empachos sólo me sirvieron para cogerme una moña del quince y pasarme el día siguiente fuera de juego, arrastrándome literalmente por los suelos como única posibilidad de movimiento.

Cogí una botella de vodka barato y un paño que encontré por ahí tirado y procedí a la limpieza y desinfección de la oreja, sin confiar mucho en que aquel líquido blanco que olía a rayos fuera a servir de mucho contra una infección. Creí que iba a ser más eficaz bebérselo para calmar los nervios, así que reservé un poco para tal fin.

—No, no tomo, no me gusta esa mierda.

—Sólo un trago Mariana, hazme caso, te sentará bien.

Puse la taza en sus labios y se la di como si fuera un bebé.

—¿Estás un poco mejor ahora? ¿más tranquila? —ella asintió con la cabeza sin abrir la boca—. Genial, pues ahora por favor cuéntame todo desde el principio. Quién crees que ha podido ser el que ha entrado aquí, qué quería y por qué te ha amenazado. ¿Lo sabes?

Justo entonces sonó mi móvil. Era Eva. Fuck. Me ha había olvidado completamente de llamarla.

Los monstruos

Hacía días que las noches corrían en blanco por allá. El calor era tan insoportable que todos en la casa se la pasaban dando vueltas en la cama, intentando conciliar el sueño. Esa noche, además, Mariana tenía mucho dolor de cabeza, puede que incluso fiebre, lo que hacía imposible que pudiera pegar ojo.

La casa de los abuelos era grande, humilde y vieja. Primero perteneció a los tatarabuelos de Mariana y desde entonces la fueron heredando los demás hijos de la familia, sin que ninguno de ellos hubiera hecho mucho esfuerzo por su mantenimiento, sólo lo justo para no morir aplastados por un tejado en mal estado o asegurarse la distribución de agua y electricidad en condiciones medio decentes.

Ella dormía en una habitación en la planta baja, que daba al salón, la cual compartió durante un tiempo con su bisabuela, la abuela grande que llamaban, que de repente una mañana apareció muerta en su propia cama, sin que nadie alcanzara a saber el motivo que la llevó a tal dramático trance, pues la noche anterior parecía sana como una manzana y más lúcida que cualquiera de los otros habitantes de aquel hogar. Tenía 80 años, así que se certificó que murió de puro vieja, y santas pascuas.

Desde que la abuela grande se fue allá para el cielo, Mariana tenía la maña de dejar la puerta abierta por las noches, porque pensaba que así sería más fácil huir si salía un monstruo debajo de la cama. Cada noche creía que ahí debajo había un monstruo o varios, y le daba tanto miedo pensarlo que era incapaz de mirar por si acaso.

Aunque Mariana no sabía todavía que los monstruos a veces entran por la puerta, y que no había forma fácil de escapar de ellos, no desde luego para una niña de su edad.

Sus hermanos dormían juntos en la habitación del fondo de la casa, conectada con la cocina. Los abuelos dormían en una de las habitaciones de arriba, la más grande de todas. Escuchó pasos afuera y pensó que sería alguien que iba hacia el baño, que estaba en el patio. Pero el sonido de esos pasos no se alejaba, como hubiera sido oportuno en caso de que se dirigieran hacia fuera, sino que se acercaba. Hasta que los pasos llegaron a los pies de su cama. No era normal que alguien se presentara en su cuarto en medio de la madrugada. Una vez el pequeño de sus hermanos fue a decirle que se había hecho pis encima. Otra vez que si le había picado un mosquito. Poco más. Lo que no le encajaba mucho era que la persona que había entrado en su cuarto se quedara ahí inmóvil, mirándola desde la distancia y sin decir nada. Un miedo atroz la dejó paralizada, incapaz de abrir los ojos para ver quién estaba ahí, o la boca para pronunciar palabra. Al cabo de un minuto o dos, aquella persona se acercó y le tocó la frente. Era la abuela, notaba su olor a harina de maíz mezclada con su jabón de flores con el que se limpiaba la cara todas las noches. Respiró tranquila. La abuela se quedó un rato allí junto a ella, le acarició el rostro y le dio un

beso muy suave en la mejilla antes de marcharse.

Y ahora tú a punto de morirte

Suena el teléfono.

–Discúlpame Mariana, tengo que coger esta llamada.

–Sí, claro, adelante.



–¿Qué pasa Eva? Cuéntame.

–¿Rafa? No me has llamado Rafa, no me digas que me vas a llamar si luego no lo haces, no lo hagas por favor. Todo va de culo Rafa, no puedo más. Lo he intentado, te juro que he puesto de mi parte. He hecho todo lo que dicen que hay que hacer para remontar, para volver a disfrutar de la vida. De todo. Desde lo más básico como pintarme los labios de rojo, hasta lo más caro, como contratar un *coach*. He salido con las amigas, he viajado, he leído, he visto películas...nada funciona, se me ha roto el lavaplatos, y la caldera...todo va de mal en peor, no sé qué hacer...y ahora tú allí, a punto de morirte, y pensar en Samuel sin padre y todo eso...

–Tranquila Eva, no ha pasado nada, estoy bien, de verdad, y en unos días estaré allí de nuevo.

–¿En unos días? ¿No volvías mañana? Pensaba que te quedarías con el niño, él ya lo sabe, íbamos a ir al aeropuerto a buscarte.

Le cuento el cambio de planes y no le gusta, empieza a gritarme, a llamarme de todo, me amenaza con denunciarme. Y sin dejar que me defienda, me cuelga.

–¿Todo bien por allá? –la voz de Mariana me asustó de pronto, como si hubiera olvidado donde estaba y que ella seguía ahí a mi lado.

–Todo cojonudo, no te preocupes. Ahora cuéntame, ¿qué ha pasado aquí?

¿Dónde está la abuela Greta?

A la mañana siguiente de aquella bochornosa noche de verano, Mariana se levantó y encontró la casa llena de policía. Una señora muy bien vestida la miró sonriendo desde la mesa del salón cuando ella asomó su cara sin abrir del todo la puerta del cuarto.

–Hola bonita, ¿cómo te llamas?

–¿Dónde está la abuela Greta?

La abuela había sido llevada presa porque unas horas antes había puesto el cuchillo grande de la carne en el cuello del abuelo, y lo había clavado profundo, moviéndolo de izquierda a derecha varias veces, seccionando su yugular, su carótida y por ende su vida de cuajo, dejando la cama hecha un cristo, entre el sudor y la sangre que manchaban las sábanas blancas recién puestas la mañana de antes. Aún olía a suavizante de jazmín en las esquinas del tejido, sin posibilidad de que algún detergente pudiera arreglar aquel desastre.

La abuela Greta sólo dijo estas palabras antes de salir de su casa camino del penal: “a mi Mariana no, a mi Mariana no, eso no te lo iba a consentir, papito”.

La abuela había hecho la vista gorda a las prostitutas y a las busconas, esas mujeres que se le acercaban al abuelo atraídas por su aire de dandi y su perfume caro, robado por alguno de los chavales del barrio, y comprado después por mucho menos de su precio, para ir siempre hecho un pincel.

Un día le regaló a la abuela un frasco de Chanel nº 5, comprado por error al hijo de la señora Claudia, pensando que sería de caballero. “Esta noche hueles a mujer, amorcito, qué chévere”- dijo inocentemente Lupe Rodríguez, su conquista más reciente, mientras tomaban unos tragos en el club, justo antes de subir al cuarto a terminar lo que ya había empezado en el sillón de terciopelo verde del Velvet.

La abuela sabía que aquel regalo no había llegado a su casa de forma limpia, previo pago de su valor en la tienda, por lo que decidió dejarlo acumulando polvo al fondo del armario del baño. Cuando la policía llegó a la casa, alertada por la misma abuela un rato después del desaguizado, lo primero que notó fue un fuerte aroma a bergamota, limón, jazmín, rosa, sándalo, pachulí, almizcle y vainilla. Los cristales esparcidos por el suelo del dormitorio resonaban al paso de las botas de los agentes, como pequeñas cucarachas que uno pisa sin querer cuando va al baño en medio de la noche.

Sal en busca de lo que quieres

“Tuve que huir de mi país, salir casi con lo puesto, no, no estoy aquí para estudiar ni nada de eso. Estoy aquí para sobrevivir, me iban a matar”. Mariana se quedó de nuevo huérfana cuando su abuelo murió de un infarto por culpa de tanto tabaco y su abuela no levantó cabeza, se volvió majareta, y tuvo que ingresar en un manicomio, donde permaneció hasta que decidió dejar este mundo hacía ya un par de años. Vaya putada. Mientras me lo contaba yo no dejaba de darle vueltas a la frase de que la realidad supera a la ficción. En este caso más que nunca. ¿Cómo podían estos pobres desgraciados quedarse otra vez sin nadie en el mundo? Ya habían perdido a sus padres en un accidente de coche. ¿Tenían también que perder al resto de su familia adulta?

“¿Y no teníais a los otros abuelos? ¿Alguna tía?”

Nada. De los otros abuelos no conocía ni el nombre. Su padre nunca quiso decírselo, por más que Mariana preguntó. Había dejado de hablarles a los 16, cuando se largó de casa dando un portazo que hizo temblar las paredes y rompió un cristal del salón. Me contó algo sobre un tío lejano que se marchó de Colombia hacia algún otro país del que no dio cuentas. Poco más.

Así que los hermanos fueron llevados a un hogar infantil, un sitio donde les prometieron que iban a estar de maravilla. Un lugar donde vivir y en el que, tal vez, con un poco de suerte, conseguir una nueva familia que los quisiera.

“Yo sabía pues que nada de eso sería verdad, que el sitio ese no era un hogar y que nunca vendría una pareja a llevarnos a mis hermanos y a mí juntos como sus hijos. Yo tenía 9 años, ¿quién iba a querer a una niña tan mayor, que además llevaba consigo a dos hermanos de 8 y 6? Era una pendejada”.

Mariana nunca creyó en que nadie les iba adoptar, ni falta que le hacía. Ni siquiera aquella semana de principios de junio, cuando se tropezó en el pasillo con la señora del moño rubio y elegante, de dientes perfectos. Ella iba como una loca corriendo de un sitio a otro, como solía hacer a pesar de las continuas regañinas de Doña Ana: “Niña, por favor, no seas cansona, compórtate, pues, no puedes ir así siempre, a la topa tolondra, ningunos papás van a quererte así de necia, qué mamera eche”.

“Ay, lo siento pequeña, ¿te has hecho daño?” –me dijo la señora con su sonrisa bonita en los ojos–. Se agachó un poco para acercarse a mí y pude oler su perfume a rosas y a mantequilla con mermelada de fresas. La misma que nos ponían en el comedor cada mañana. No recuerdo su ropa o su calzado, sólo que llevaba unos pendientes que brillaban mucho, siempre creí que eran diamantes, aunque tal vez no más fueran circonitas.

Entonces yo estaba a una semana de cumplir los diez años. Lo recuerdo porque pensé que quizá aquella señora y su esposo, un tipo con bigote y corbata que me saludaba con un guiño del

ojo, habían sido enviados por mis padres y mis abuelos desde el cielo, como un regalo especial para un cumpleaños especial. Diez años no se cumplen todos los días. Yo no quería unos nuevos padres, de verdad que no. Sin embargo, recuerdo haber soñado todas las noches con la señora rubia y su marido durante una semana entera. Me imaginaba que nos íbamos en avión a España, a una casa frente al mar, con un jardín con hamacas donde tumbarse al sol sin hacer nada. La abuela Greta podría venir también, pasado un tiempo, para recuperarse de su mal. Seguro que una señora tan guapa y tan amable sacaría a la abuela de ese sitio horrible lleno de locos. La abuela sólo estaba triste y se pondría bien en cuanto volviera a vernos.

-¿Qué es ese ruido? (sonaba como una chicharra afónica)

-Están llamando al telefonillo

-¿Esperas a alguien?

-No, mis compañeras tienen llave, a no ser que alguna la haya dejado olvidada en la casa.

-Pues casi mejor no contestamos, just in case.

La señora guapa de dientes blancos regresó al cabo de unas semanas a por Violeta, una nena de dos años de caracolillos platino y vivos ojos azules, con unos mofletes gordos que daban ganas de comerse. Mariana los vio marchar una mañana de abril desapacible. El viento soplaba fuerte y las nubes estaban cargadas de agua, a punto de reventar sobre las cabezas. El día estaba feo. Vio a la señora sonreír por última vez antes de subirse a un taxi hacia el aeropuerto, con la linda Violeta en brazos, que lloraba mientras se extendía los mocos con la mano por toda la cara.

“Tuve que huir de ahí, no lo soportaba más. La abuela Greta me había dicho muchas veces que una tenía que salir en busca de las cosas que quería y no esperar a que las cosas vinieran a mí, pues las cosas eran perezosas, poco amantes de moverse hacia donde una gustaba. Y eso mismo iba a hacer. Salir en busca de lo que quería. Lo cual no era una familia, porque de eso ya tenía. No necesitaba a nadie más, ni nuevas madres con sonrisas blancas y collares elegantes, ni nuevos padres bigotudos. No me hacía falta vivir en una casa más bonita, ni tener una habitación con colcha de princesas sobre la cama plagada de peluches con todos los ojos. Sólo necesitaba una cosa. Algo que echaba un montón de menos. Volver a oler a papas chorreadas cuando entraba en la cocina de la abuela Greta al regresar de la escuela”.

El alma a los pies

“Tengo que ir a hacerme una resonancia por lo de la espalda ¿sabes? – mentí- así que me preguntaba si puedes recoger hoy a Samuel tú de la guarda. No, no hace falta que se quede a dormir ahí esta noche. Ah, es verdad, mañana es festivo, no me acordaba...bueno, ¿estás segura? No quiero molestarte... No tenía fiebre esta mañana, por eso le he llevado. Acuérdate de pedirles el apiretal, que se lo metí en la bolsa. Vale, okey, de acuerdo. No, no sé cuándo vuelve su padre, le ha surgido un imprevisto y ha tenido que retrasar la vuelta. Sí, sí, no te preocupes, estoy bien. Vale, vale, un beso, hasta luego, ciao”.

Miré a mi alrededor y se me cayó el alma a los pies. La mesa del salón estaba llena de trastos. Libros, facturas, papeles en sucio, una taza con restos de café reseco del día anterior, una planta de Navidad medio mustia, los plásticos que envolvían el papel del regalo para Rafa, varios juguetes de Samuel, un babero manchado de puré.

Qué imbécil. Pensé que estaría bien ir a esperarle al aeropuerto por una vez. También que le haría ilusión que Samuel le llevase un regalo. Uno de esos regalos que no te esperas y que solo por eso hacen más ilusión. Una especie de adelanto navideño. No pude resistirme a comprarlo cuando lo vi. Habíamos pasado por ese puesto de El Rastro muchas veces cuando estábamos juntos. Por entonces nunca encontrábamos el momento de comprarlo. O porque estábamos a fin de mes, que si mejor espera a que sea mi cumple, que si acuérdate de la pasta que nos hemos dejado en esto otro...Es una maqueta del Halcón Milenario vintage de Lego. No la primera que salió, porque para eso tendría que dejarme mi nómina completa de un mes, y quizá me quedo corta. Una un poco más modesta que a Rafa le molaba mucho. “No entiendo por qué te gastas tanto dinero en comprar ese cacharro para tu ex, que no se merece ni los buenos días, en lugar de venirte conmigo a Estocolmo en el puente”.

Elena no me entendía. ¿Cómo podía comprenderme ella, por muy antigua y verdadera que fuera nuestra amistad, si ni yo misma lograba hacerlo? Acababa de negarme a acompañarla a Suecia en mayo, alegando mi penosa situación financiera. En cambio, me dejaba 500 euros en un juguete viejo para un tío que me había puesto los cuernos delante de mis narices, en mi propia cama. Claro que de eso hacía ya dos años. Y yo había ido a un colegio de monjas. Tenía que ser capaz de perdonarle. Y hablo de perdonarle de verdad. No sólo de cara a la galería, por aquello de comportarme de forma civilizada por el bien de nuestro hijo. Eso ya lo había hecho. Me refiero a perdonarle desde lo más profundo. Ser capaz de pensar en él sin rencor, sin desearle nada malo ni vergonzante, sin ganas de venganza. Sin inventarme continuamente escenas en las que era yo quien se lo hacía con otro, con alguno de sus amigos del colegio, y era él quien entraba de pronto en casa y nos pillaba follando en el suelo del salón a plena luz del día. Y entonces me echaba a mí de casa, y se quedaba solo, hecho polvo, aturdido y más jodido de lo que creía poder estar en su vida, cuidando de un bebé de alta demanda que no había celebrado aún su primer cumpleaños.

Me levanté a la cocina a ponerme un poco más de vino y a coger algo de picar. Por el camino me clavé algo en el pie derecho y vi las estrellas. Un trozo de pan duro como una piedra. Me fijé que el suelo no estaba en condiciones óptimas como para ir descalza. Aparte de acumular pelusas que daban para construir un ado-sado con ellas, había migas por todas partes, cáscaras de almendra, papelitos de origen incierto. No recordaba la última vez que enchufé el aspirador. En la cocina el panorama no era más higiénico. El lavaplatos se había estropeado hacía dos días, y yo había decidido gastar todas las existencias de vajilla, incluida la del ajuar, la de los floripondios heredada de mi abuela, antes de volver a usar un estropajo. Con la ropa estaba llegando también al límite, hasta el punto de que unas horas antes había hecho un pedido en Amazon de lencería. Algo básico, nada sofisticado.

Acabé con el Cune y me quedé con ganas de más. Rebusqué en todos los armarios hasta que encontré una vieja botella de tequila que alguien trajo a alguna de las fiestas que dimos. Bebí más de la mitad y me quedé dormida en el sofá, no sin antes haber enviado algún que otro mensaje de *WhatsApp*. Soñé que Rafa había atracado un banco y volvía a casa con una bolsa de basura llena de billetes de 500 euros. Samuel no existía. Me desperté cuando mi madre me llamó diciendo que mi hijo tenía 40 de fiebre y que si quería que lo llevase al hospital. “Menos mal que te pilló en casa, pensé que todavía no habías vuelto de tu prueba, ¿qué tal ha ido?”. Mi cabeza me iba a estallar. El vino y el tequila corrían por mi sangre que daba gusto. Me metí a la ducha, puse el agua fría a tope. Me tomé un café doble, un litro de agua y un ibuprofeno. “Mamá, ¿es mucho pedir si te pido que lleves al nene al centro de salud? Nos vemos allí. Muchas gracias, eres un sol”.

Apúrate

Llaman al timbre.

—Ahora están llamando aquí arriba.

—Joder, joder, joder, rápido, ¿podemos salir por algún otro lado que no sea la puerta? ¿Tienes escalera de incendios?

—Sí, claro, aquí todos los edificios tienen, vamos, ¡apúrate!

Antes de salir pasé por la cocina y me llevé un cuchillo y unas tijeras, por si las moscas.

Salimos hacia una de esas escaleras vertiginosas pegadas a la pared del edificio. Era un piso siete y la verdad es que imponía un poco, sobre todo al pensar que, como en la ficción, podíamos ser perseguidos en breve por un tío muy peligroso, que esta vez no se conformaría con un simple corte en la oreja.

Me empecé a marear de la hostia, como si me hubiera fumado algo. Sudaba como un pollo en el asadero, me temblaban las manos. Tropecé un par de veces y creí que me iba a partir la crisma allí mismo. Hubiera tenido su punto. Sobrevivo a un atraco con pistolas y muero poco después descalabrado en unas escaleras a lo *Pretty Woman*. Vaya muerte estúpida.

Mariana iba delante de mí. Me sorprendió su agilidad y su energía. No parecía nada nerviosa, como si fuera algo que hacía con frecuencia. Lo de huir de indeseables. Me recordaba a los vídeos de esos chavales que hacen *parkour*, jugándose la vida saltando edificios.

No sé ni cómo llegué al suelo porque perdí la noción del tiempo y el espacio. El caso es que llegué, y que tuve que darles duro a mis piernas para no perder de vista a Mariana que corría a lo Usain Bolt sin despeinarse.

—¿Has pensado dedicarte al atletismo en plan profesional? Lo digo en serio.

—Rápido, que el tren está en el andén, ¡salta!

Apenas hablamos cuatro cosas en todo el trayecto. En un momento dado le di la mano, más por pura necesidad mía que como un gesto de protección masculino. La tenía fría como el hielo, a pesar de que la temperatura era aún cálida para ser noviembre. Le presté un guante que llevaba

dentro del bolsillo de mi cazadora, olvidado allí desde el invierno anterior.

–Tengo que salir hoy hacia Washington para cubrir a un compañero enfermo, me pregunto si te apetece acompañarme, puedes llamar al trabajo y decir que no te encuentras bien o algo así.

–No será necesario, no vamos a poder trabajar en un par de días, por lo del atraco y eso. Mi jefe me envió un texto anoche. La policía necesita un tiempo para hacer sus investigaciones.

Decidimos pasar por el hotel para recoger mis cosas y hacer el *check out*. La idea era tenerlo todo listo para salir pitando de Manhattan una vez que hubiéramos acabado en la comisaria, donde aún teníamos que pasarnos a declarar. No dijimos nada al respecto, aunque en el fondo los dos nos moríamos de ganas por dejar cuanto antes la ciudad. Sentíamos el aliento de alguien que nos perseguía y que no iba a tardar mucho en encontrarnos.

“Rafa, eres un cerdo, que lo sepas, eres un mierda y un cabrón. Decías que me querías, que nos querías, pero te faltó tiempo para tirarte a tu amiguita en nuestro cuarto, en nuestra cama. ¿Cómo fuiste capaz? Sé que ha pasado el tiempo, que tendría que haber pasado página...Rafa no puedo soportarlo. Ella era delgada, no tenía celulitis, ella era perfecta...Rafa, ¿por qué? ¿por qué me hiciste eso? ...”

Los mensajes de voz de Eva me habían colapsado el *WhatsApp*. Cinco audios del mismo pelo, llorando, borracha, todo el tiempo con la misma cantinela. ¿Y por qué le daba ahora por eso? Creía que hacía tiempo que todo estaba calmado entre nosotros, si no olvidado, sí al menos estable, sin ese rencor de los primeros meses, sin el mal rollo del principio. Tenía que haber algo más. No era normal que se pusiera así sin que hubiese algo más. En cuanto llegara a Madrid tenía que averiguarlo. Ahora no era el momento. Estaba muy ocupado tratando de huir de unos gánsteres que, con algo de mala suerte, iban a matarme. Y yo, más que preocuparme por la muerte, pensaba en la putada que sería para mi madre repatriar el cuerpo y tal. Una movida de tres pares.

De Guatemala a Guatepeor

Miedo me daba seguir con la conversación.

—¿Y qué pasó entonces? Cuando decidiste escapar y todo eso.

Saqué el tema de nuevo una vez que conseguimos, por fin, arrancar el coche de alquiler y comenzar nuestro viaje hacia Washington. Miento, en realidad ya estábamos en la carretera cuando le hice la pregunta. Quería que estuviese tranquila para terminar de contar la historia, y a ser posible, que nadie ni nada nos interrumpiera. Salimos de la comisaría a las 12 del mediodía, concretamente del NYPD 19th Precinct, en el 153 E de la calle 67, la más cercana al lugar de los hechos. Fue un puro trámite donde repetimos palabra por palabra lo que ya les habíamos contado a los polis el día anterior. Una pérdida de tiempo brutal.

Mariana se moría por ver a Fernando, pero obviamente no la dejaron. Ni siquiera de lejos como ella les suplicó. Tenía muy mala cara, tras una noche sin dormir, una oreja magullada y la carrera de hacía unas horas, huyendo de un loco con pistola, o varios, aunque la verdad es que no llegamos a ver a nadie detrás de nosotros. Su ropa estaba sucia y arrugada, algunas manchas de sangre salpicaban sus zapatillas blancas, ya de un color grisáceo por el uso. Se negó a ponerse una camiseta mía cuando se la ofrecí en el hotel, decía que no le favorecía el negro. Aun así, estaba guapísima, luciendo esa belleza de la juventud a prueba de cualquier exceso nocturno. Los labios muy rojos, los ojos más verdes a la luz del día. Su aspecto serio, ni un atisbo de sonrisa, me inspiraba cierto temor. Como si en cualquier momento fuera a perder los papeles.

Miré en Google cuál era la oficina de alquiler de vehículos más próxima. Y resultó que estaba a sólo diez minutos caminando. Una oficina de Hertz donde tuvimos que pillar un coche de alta gama porque era lo único disponible, tras esperar casi una hora entre colas, papeles y empleados amargados, siempre dispuestos a joderle un poquito la vida al cliente.

Enfilamos hacia la interestatal 95 según nos indicaba el GPS. Si todo iba bien, en menos de 4 horas debíamos estar entrando en Washington DC. Al principio no hablamos mucho, tan solo lo justo para intentar entender las indicaciones de aquella máquina que había de guiarnos a nuestro destino. Tras salir de New York le hice aquella pregunta para que continuara con su historia, que resultó ser más dramática de lo que en principio preveía.

—Pues que me marché, pero la cosa no me salió muy chévere. Como creo que dicen ustedes, me fui de Guatemala a Guatepeor. ¿Dónde crees que podía acabar yo, una niña sin estudios, sola, sin un mísero peso, en una ciudad como Medellín? Porque allá que me fui en un bus con la plata que robé del centro, juntando mo-nedica a monedica. El pasaje me salió por unos 60.000 pesos, que es como unos 20 dólares, no más. La señorita Valentina, una madame bien relacionada de la ciudad, me recogió de la calle, donde pasé varios meses durmiendo entre cartones, con otros gamines, de

todas las edades y colores.

–¿Gamines?

–Niños de la calle, hay unos cuantos de esos por allá.

–Perdona, a veces me cuesta seguirte.

–No, discúlpame tú, me sale el colombiano todo el rato y se me olvida que tú eres de la madre patria.

–No pasa nada, es normal.

–Como te decía, la buena mujer no era precisamente un bizcochito como dicen allá. Lo cual no le impedía regentar uno de los locales de chicas de compañía más populares de Medellín. Era bien viva, con buena cabeza para los números y una labia que bien pudiera haberla convertido en diplomática o política de alto rango, de haber tenido la posibilidad de estudiar. Desgraciadamente no fue el caso, pues tuvo que camellar, trabajar quiero decir, desde bien chiquita para ganarse su ración de pan y, de paso, los guayabos de su papá. ¿Entendés guayabos?

–Mmm, no mucho, me suena a calzoncillos pero me da que no es eso.

–Jajajajaja –rio Mariana como si hubiera escuchado el mejor chiste de su vida–. Pues no exactamente, lo que compraba Valentina era el alcohol que se tomaba el papá cada noche, porque le daba bastante.

–Ahh, vaya, ahora entiendo, pobre mujer.

–Se marchó de Teruel- continuó Mariana- municipio de Huila, al sur de Colombia, cuando contaba con quince años de edad. Su amado cucho, su papaíto, le cuadró con un señor de 40 años del pueblo de al lado, que se suponía iba a sacarles de la pobreza. Ella imaginaba sin parar aquel cuerpo sobrado de kilos y de pelos sobre ella, aplastándola en la misma noche de bodas. Así que tomó una determinación. Armó una bolsa con cuatro cosas y salió de amanecida a la carretera donde un camión de gran tonelaje la dejó a las afueras de Medellín una noche de enero.

(Mariana, a pesar de su esfuerzo por traducirme, seguía diciendo palabros incomprensibles para mí. Yo tomaba nota mental de todo para después pedir consejo a San Google. Me daba palo interrumpirla cada dos por tres).

No deja de chocarme lo diferente que puede ser la vida de una persona dependiendo del lugar del mundo donde te dé por nacer. Yo no sabía mucho de Colombia, más allá de que era un país machacado por el narcotráfico y la violencia. Mea culpa, porque estaba convencido, como después comprobé, que Colombia era mucho más que eso, un país con un legado cultural y natural impresionantes, capaz de darnos sopas con onda a muchas de las naciones listadas en la primera liga mundial. Pero lo que me causaba cierta desazón era la sensación de que lo que me estaban contando podía pasar en muchos otros lugares, incluso en mi país o igual en el país en el que estábamos, uno de los más ricos de la Tierra según decían las estadísticas. En ocasiones el infierno estaba mucho más cerca de lo que creíamos. Bastaba con ser mujer y tener la mala suerte

de vivir atrapada en un entorno de hombres hostiles, hombres que no te quieren, hombres que no te aman, como bien escribió Stieg Larsson.

Y así, Valentina, como después le ocurrió a Mariana, aunque de diferente forma, tuvo que vérselas con cantidades ingentes de mierda al principio de su vida en Medellín, en una época, además, finales de los 80 y principios de los 90, en la que la ciudad estaba en su peor momento de violencia gracias a Pablo Escobar, las guerrillas, y todas aquellas organizaciones que luchaban entre sí por imponer su poder y hacerse con el control del territorio.

Gracias a su inteligencia y picardía, Valentina consiguió al final una posición y un estatus en el mundo de la prostitución de alto standing. Lo cual era como que le cayera la lotería si tomabas en cuenta sus inicios en La Calendaria, una de las comunas de mayor índice de criminalidad de todo Medellín, ciudad que llegó a tener 383 asesinatos por cada 100.000 habitantes en los peores años, y que había conseguido bajar en 20 años a 22, “todo hay que decirlo, Medellín y toda Colombia han mejorado mucho, se ha hecho un tremendo esfuerzo, aunque quede aún mucho por hacer, si no a ver por qué somos, a día de hoy, el país de América Latina con más emigrantes, uno de cada diez”.

La vida, por aquel entonces en que Valentina era una adolescente, no valía un duro, particularmente en ciertos barrios de aquella metrópoli, y las probabilidades de llegar a los 30 no eran muy altas. Claro que, en lugar de haber ascendido laboralmente, hubiera sido mucho mejor que la hubiera rescatado de aquel submundo algún representante de la autoridad, en el marco de un programa especial contra la explotación sexual. La mala suerte es que algo así no existía por aquel entonces. De hecho, era justo ahora, para 2014, cuando parecía que la alcaldía de la ciudad estaba organizando algo en ese sentido. No daba crédito. ¿Por qué se había esperado tanto? Acaso con este tipo de delitos ocurría siempre lo mismo, que se prefería mirar hacia otro lado, por la dificultad de meterles mano a las mafias, también porque comparados con otras fechorías, los delitos sexuales no copaban los puestos destacados del ranking. Y porque, al fin y al cabo, las perjudicadas, explotadas, esclavizadas y destruidas eran mujeres, sólo mujeres, o niñas, las cuales no contaban mucho en este mundo controlado por tanto malnacido del sexo masculino.

Me indignan estas cosas. Que yo puedo ser un panoli y un pringao, jodidamente infiel si quieres, pero a las mujeres las respeto mucho. Sinceramente, no creo que el respeto tenga nada que ver con la infidelidad, por mucho que digan. “Hijo, por ahí no vas bien, no estoy nada de acuerdo con esas ideas tuyas, tan modernas”.

Me revientan los hijos de puta que se aprovechan de las mujeres de manera infame, por no mentar a los que las apalean y las matan. Eso no me entra en la cabeza, me pone de una mala hostia impresionante. Por mí todos esos, perdona que lo diga, colgaos de los huevos. “Jesús, María y José, qué barbaridad. Tampoco es eso hijo, no hay que ser tan bruto, que no te oiga tu padre”.

Al principio Valentina cuidó de Mariana como si fuera su hija. Lo único que le pidió a cambio fue un poco de ayuda con la limpieza del local y con la colada.

—Ya. Entiendo que no siempre fue así, ¿verdad? que llegó un momento en que quiso que hicieras algo más, ¿o no? —pregunté.

–Cierto, lo sabes bien. Tuve mi primer cliente con 14 años. Aún no me había venido el pacho, la regla, fui muy tardona para eso. Al principio Valentina siempre me procuraba los mejores señores, los más sanos, los más buenotes y jóvenes. Me llamaban la mimada y las otras chicas me tenían algo de envidia. Yo nunca me sentí suertuda por eso. Si acaso menos asqueada que si hubiera tenido que dormir con algún otro más viejo o con tufo a aguardiente. Porque estos señores podían tener toda la plata del mundo, no eran unos cochambrosos, lo cual no quitaba que dieran bastante asco. Qué seba tener que meterle la lengua en la boca a según qué tipos o meterme en la mía otras cosas.

De pronto un día Valentina tuvo una desgracia. Ella ya hacía tiempo que se veía con un sólo hombre. Dicen que al final se lo hacía de gratis, que se iba a casar con él, que le había regalado hasta un anillo con un diamante mamonudo, aunque yo nunca se lo vi puesto, pues. Pero de repente una mañana el tarambanas apareció colgado de un árbol en La Asomadera, un cerro a las afueras de la ciudad, por el norte, en el Valle de Aburrá. Un sitio poco recomendable para visitar en aquella época.

Desde entonces la pobre Valentina andaba como sonámbula de acá para allá, achilada, sin arreglarse nunca, achantada pues, con la cara más triste que le vi jamás a alguien. Se volvió arisca y faltona. Todo el día a gritos, de un humor imposible, insoportable. Ya dejó de tratarme como una hija y pasé a ser una más del montón. Un trozo de carne que le traía plata, no más.

–Tuvo que ser duro para ti –dije yo, intentando no parecer muy imbécil, sin conseguirlo apenas –. En mi defensa puedo alegar que llevaba a mis espaldas unas cuantas situaciones increíbles como aquella en muy pocas horas. Demasiadas para un sosaina como yo, al que nunca le pasaban cosas, al menos no como éstas. Afortunadamente ella no pareció darse cuenta de mi estupidez, o no le importó, y siguió a lo suyo.

–Entonces comenzó el verdadero calvario para mí. Ya no tenía a Valentina para protegerme de la peor chusma de Medellín y alrededores. Tuve sexo con todo tipo de pendejos mal paridos que me obligaban a hacer las cosas más desagradables que te puedas imaginar. Muchos días yo acababa vomitando en el baño cuando ellos se marchaban. Perdí unos cuantos kilos, de los pocos que ya tenía, porque nunca fui muy sobrada de grasa.

–¿No intentaste hablar con Valentina? Si ella te había querido tanto antes, no sé, puede que te hubiera ayudado...

–Lo intenté un par de veces. La primera me lanzó la botella medio vacía de aguardiente que tenía entre las manos. Me hizo un corte en el hombro, aún tengo la cicatriz, mira, te la muestro, ¿la ves?

La vi.

La segunda ni siquiera me escuchó. Parecía que me miraba a los ojos y en realidad no. Su mirada andaba perdida mucho más lejos, adonde quiera que su alma estuviera ya, quien sabe el lugar ni el camino de vuelta. Entendí que me había quedado sola y que sola tenía que salir de aquello.

–Oye, y ¿qué pasó con el novio de ella? ¿Se suicidó o le mataron?

–Eso nunca se supo del todo. Dicen que empezó a meterse donde no lo llamaban y a frecuentar malas compañías. Ya tú sabes que en Colombia eso no era muy difícil por aquellos días. No lo sé, entonces no se preguntaba por esas cosas. Ocurrían, sin más. Y a otra.

Sonó la *BlackBerry*. Mariana me miró con la cara descompuesta.

–No lo cojas, que deje un mensaje.

“Hijaeputa, no te creas que te vas a escapar, voy a encontrarte y a quebrarte, ya me tienes cansado del juego, mal parida. Se acabó mi paciencia. Escóndete bien ahí en donde vas porque cuando te encuentre se acabó para ti y para ese huevón que te has buscado”.

Arrepentimiento

Soy una imbécil. Me he pasado tres pueblos. ¿Cómo se me ocurre decirle todo eso a Rafa precisamente ahora? Tendría que haber pasado página hace mucho. Eso me dicen todos, hasta mi sentido común. Y sin embargo es ahora cuando parece que me está viniendo todo de golpe, todo aquello que en aquel momento me tragué y no expresé como debí hacerlo. Entonces no le insulté ni descargué mi rabia con él. Asumí de forma estoica su cagada y continué con el ritmo natural de las cosas sin alterarme demasiado. Sí, estuve triste y hecha mierda, pero nunca violenta a los ojos de él. Y jamás salió de mi boca una mala palabra, algo que delatara mi enfado descomunal y mis ganas de matarle. Porque a veces lo pensaba. De esto que alguien te cae tan mal que te imaginas que pasaría si fueras alguien sin escrúpulos, como Roxie Hart en Chicago, y te diera por descargar una pistola sobre esa persona hasta quitarle la vida. Sé que esto no puedo decirlo en voz alta, si lo digo aquí es porque nadie me está escuchando.

“Rafa, perdona lo de antes, no sé qué me pasa. No estoy en una buena racha y lo de hoy me ha asustado. He creído que Samuel se quedaba huérfano. Estás muy lejos y las cosas se ven mucho más graves desde la distancia. Llámame cuando puedas y hablamos. Un beso y cuídate”.

Cuando Rafa vuelva, voy a invitarle a comer por el centro, a uno de sus restaurantes favoritos. Me pienso poner guapa de verdad, como al principio de conocernos. Voy a hablarle con sinceridad y con mucha calma. No pienso beber. Si acaso una copita de vino y nada más. Quiero tener el control de la situación. Quiero que vuelva a verme como alguien inteligente, sensata, interesante. No es mi intención seducirle ni nada. No quiero volver con él. No voy a mentir, me encantaría tenerle babeando por mí, pero bajo ningún concepto me voy a ir a la cama con él. No me serviría de nada. Quiero demostrarle y demostrarme que soy una mujer segura de mi misma, con la cabeza bien amueblada, que no necesita a ningún hombre para sentirse plena y realizada. Y que todos estos mensajes de ahora no han sido más que una rabieta provocada por el cansancio y por la situación del momento. Estar a punto de perder el trabajo es uno de los disparadores de la ansiedad más comunes. Y lo del atraco, no olvidemos el atraco.

Cambio de planes

No podía creer que estas palabras salieran de mi boca.

–¿Sabes? Vamos a cambiar de planes. ¿Conoces L.A.?

–No mira Rafa, lo mejor es que me pares en cuanto tengas oportunidad y yo me vuelva a Nueva York. Ya has hecho suficiente y no quiero ponerte en peligro.

–No Mariana, no voy a dejarte tirada ahora, ni lo sueñes.

–Pero no tienes ninguna necesidad, y apenas me conocés. No pienso meterte en esta mierda, tienes un hijo, ¿lo recuerdas?

–Déjame a mi elegir en qué mierdas me meto. Además, en esta ya estoy metido, lo quiera o no. Si no me equivoco, estos tíos tienen medios para averiguar quién soy y por dónde me muevo, así que, me guste o no, van a ir a por mí, aunque te abandone a ti en la siguiente gasolinera.

–Puede que tengas razón, pero...

–Mira, vamos a hacer una cosa. Lo primero es tirar tu móvil por la ventana. Así dejamos de estar localizados en el caso de que te estén siguiendo el rastro gracias a él. Y lo segundo es, como te he dicho, cambiar el rumbo. Si han logrado saber que nos dirigimos a Washington, hagamos una pirula y vayamos a la otra punta del mapa.

–¿Una pirula?

–Perdona, una pirula es un giro no permitido con un vehículo. No es precisamente aplicable a nuestro cambio de planes, pero me ha apetecido usar la palabreja. No vas a ser tú la única que puede hablar raro aquí –dije mientras le guiñaba un ojo.

Mariana sonrió, creo que divertida, lo cual me hizo bajar las pulsaciones que me habían subido a 180 desde que habíamos dado a la tecla para escuchar el grato mensaje de voz de dos minutos antes.

Al cabo de un largo silencio, durante el que toqueteaba de forma insistente su móvil, Mariana abrió la ventanilla y lo lanzó por ella, sin siquiera comprobar que no venía ningún otro vehículo detrás de nosotros al que pudiera provocar un accidente. Era la segunda vez que la veía deshacerse de ese aparato. No podía evitar preguntarme si no tenía que haberlo dejado morir en la acera de la Quinta Avenida hacía dos días, cuando lo vi partirse en trozos que quizá nadie debió volver a juntar.

You Tube era muy chévere

Afortunadamente aún andábamos cerca de Princeton cuando tomamos la decisión de cambiar de destino y no nos costó mucho coger el camino hacia Los Ángeles. En cuarenta horas estaríamos allí, lo cual significaba que nos esperaba un viaje de cuatro días como mínimo, suponiendo que condujéramos diez horas por día, lo cual ya me parecía una salvajada. Cómo cojones iba a justificar eso ante mi jefe, ante la compañía del alquiler de vehículos y, lo que era aún peor, ante mi ex, eran cuestiones para las que aún no tenía respuesta.

–Te acaba de llegar un mensaje.

–Léemelo por favor, si no te importa.

–¿Yoooo? No, no, no sé si debo, creo que es tu exmujer. Mejor léelo tú mismo.

–Ok, venga, tienes razón, perdona que te haya pasado ese marrón. Vamos a parar ahí un momento, nos tomamos un café y un sándwich, que no sé tú, pero yo estoy desfallecido ya, y de paso lo leo. Podría ser importante –cosa que dudaba bastante tras haber escuchado los mensajes anteriores.

Era el típico Diner de carretera en el que parece que todos hemos estado alguna vez, con su camarera borde con delantal blanco y cafetera en mano, cual arma de destrucción masiva, sirviendo aquella cosa que sigo sin entender por qué llaman café cuando quieren decir agua sucia amarga, ideal para evacuar sin necesidad de usar ningún otro producto de administración rectal. Sus luces rojas en la puerta, llamando la atención de los conductores de la autopista, sus asientos de escay, su barra de metal plateado, reflejando el perfil de los clientes solitarios allí apostados, como si esperaran a alguien que nunca va a llegar.

Mariana pidió nuestros sándwiches con patatas y una coca cola para mí en un perfecto acento gringo.

–Oye, una curiosidad. ¿Cómo es que hablas tan bien el inglés si sólo llevas aquí unos meses? Te fuiste a Colombia con cuatro años, es imposible que te acuerdes. Creía que no habías ido mucho tiempo al cole.

Es cierto que Mariana apenas había ido a la escuela, porque en cuanto se marchó de Bogotá empezó a tener otras prioridades. Sin embargo, tal y como me contó después de mi pregunta, le encantaba la música, el rock y el pop para ser más concretos. Era muy fan de los grupos de los 90 como Nirvana, Oasis y Blur... Y por eso aprendió el inglés, para ser capaz de cantar sus canciones. “¿Oíste la historia de ese profesor español que enseñaba a los niños el inglés con las canciones de Los Beatles?”. Sí, lo había oído. “Han hecho una película”, le conté. Prometió verla en algún momento. “Me gusta mucho el cine que hacen en España”. En eso coincidía con ella. En

la música menos. El rollo noventero no me va tanto, no al menos el rollo grunge. Soy más de música rock clásica de toda la vida o de música indie, aunque algunos temas de los grupos que ella mencionó no me disgustaban del todo, no soportaba a los músicos que la tocaban, que me parecían unos petardos todos, en especial Kurt Cobain. Los suicidas no me merecen ningún respeto, lo siento. Siempre les he creído unos cobardes y unos quejicas. Unos impresentables a los que después se les idolatra por el hecho de haber muerto jóvenes, como abanderados de un romanticismo sobrevalorado.

Al hogar, si es que se puede llamar así, donde Mariana había pasado su adolescencia, también habían llegado las nuevas tecnologías. La tal Valentina, en una muestra de lucidez que tuvo años después de haber entrado en barrena, les había comprado un ordenador a sus chicas, para que se instruyeran (o se idiotizaran, según se mire), que les dejaba usar por turnos.

—You Tube era muy chévere, eso de poder hacerme mis listas con toditica la música que me volvía loca. Lo mejor de todo era poder cantar las letras a todo volumen, porque podía leer las líricas sobre el video. Mientras escuchaba esas canciones y las cantaba a gritos, conseguía creer que estaba en otro lugar bien distinto. En un concierto a la orillita de la playa, en un carro que viajaba a toda velocidad hacia un lugar hermoso... Así fue como logré sobrevivir a aquella casa de los horrores. La música me salvó, Rafael, eso Dios lo sabe. Parece poquitica cosa, ¿cierto? De no ser por la música pues, podía haberme tirado por cualquier puente, o haberme colgado de un árbol, y aparecer muerta cualquier día como ese desgraciado del novio de mi patrona. Porque aquella vida no había manera de aguantarla, pensando además en mis hermanos, en mi abuela, todos tan lejos de mí, todos tan muertos de la vergüenza si se enteraban de lo que su Mariana estaba haciendo.

—Matarse nunca es una opción Mariana- le dije mientras fruncía el ceño y me empezaba a hervir la sangre- Voy al baño un momento, ahora mismo vuelvo.

The man who sold the world

Leí el mensaje de Eva. Tenía que encontrar un momento tranquilo para hablar con ella a solas. Pero no iba a ser ahora. Cuanto antes nos alejáramos de Nueva York, intuía que nos irían mejor las cosas. Si esos energúmenos nos estaban persiguiendo, más nos valía poner tierra de por medio enseguida, y cuanto más tierra mejor. Le envié un mensaje.

–¿Todo bien? - me preguntó Mariana cuando regresé del WC.

–All good, no worries (todo bien, no te preocupes).

–Are you sure? (¿seguro?)

–Yeah, absolutely. (sí, segurísimo)

–Ya he pagado esto así que podemos continuar el viaje.

–No hacía falta que pagaras, la empresa corre con los gastos.

–¿Seguro? No sé si debiera recordarle que su jefe aún no sabe que vos no va a presentarse en Washington como estaba previsto...

–Sí, soy consciente. Aún tengo tiempo de idear una estrategia para hacérselo saber.

– Si tú lo dices...

Mariana parecía ahora más segura de sí misma, desde luego no aparentaba tener el miedo que yo hubiera tenido en su lugar al saberme perseguida por unos matones, como parecía ser el caso. Ya no se tocaba tanto el pelo, echándolo a un lado, y cogiéndolo a los pocos minutos para colocarlo hacia el lado contrario. Ya no se retorció tanto las manos. Cuanto más nervioso me ponía yo, tratando al mismo tiempo de que no se me notara mucho, más relajada se la veía a ella. Tal vez no fuera así, y en realidad ella también intentaba disimular. Quizá fuera todo cosa del cansancio y el estrés acumulados, un bajón anímico que a mí me pareció tranquilidad de espíritu. En cualquier caso, me sentía mucho menos valiente de lo que mi actitud trataba de reflejar y la situación parecía requerir. ¿Quién me mandaba a mí hacerme el héroe si yo era de todo menos eso?

–Hey, escuchá, mirá lo que está sonando justo ahorita –gritó Mariana mientras empujábamos la puerta para salir del local.

–The man who sold the world, de Nirvana.

–Well done! ¡Me encanta este tema! Who knows? Not me, we never lost control, you're face to face with the man who sold the world, nanananana nanana nanananana nanana ... Mariana tarareó la canción un rato mientras yo sujetaba la puerta ya desde fuera del local y ella permanecía aún dentro. La camarera borde empezaba a mirarnos con un odio creciente, a punto de entrar en ebullición.

–A mí sólo me gusta porque en realidad es de Bowie.

–Bueno, sí, cierto, aunque a mí, qué pena, me gusta mucho más esta versión.

–Lo que te queda por aprender *sweetheart*.

–Jajajaja, no vayas de listo viejo, que yo he vivido mucho ya en este mundo –dijo mientras por fin salía de la cafetería, la puerta se cerraba tras ella y la camarera nos perdonaba la vida.

Viejo. Me había llamado viejo como la amiga de Eva, la pelirroja de las gafas rotas y la mala leche a espuestas. Y esta vez puede que tuviera razón. Si ella no me había mentado con la edad, le llevaba unos 13 años. Yo podía creerme aún un chaval y sentirme un jovencuelo en cuanto a mente se refiere. No así respecto al cuerpo, algo más castigado y enclenque de lo que me tocaba por edad. Me preguntaba en qué grupo me hubiera clasificado ella de haber sido yo uno de sus clientes en Medellín. El de los buenos y bien parecidos de sus inicios, cuando su querida Valentina la tenía entre algodones, o el de los babosos y repugnantes del final.

–Rafa.

–¿Qué?

–Gracias, de verdad. No sé muy bien por qué hacés esto, pero quiero que sepas que te estoy muy agradecida. Eso sí, si te arrepientes, no tienes más que decirlo y yo desaparezco.

–Okey, así lo haré milady.

Arranqué el coche de nuevo a las 2:15 PM. Teníamos que darnos prisa si queríamos llegar a Ohio, o al menos algo relativamente cerca, antes de que fuera demasiado tarde.

Lo primero que vi nada más coger la carretera I76 W es que la velocidad no podía pasar de 70 millas a la hora. Mi gozo en un pozo. Puede que necesitáramos algo más de cuatro días para llegar al fin del mundo.

A lo mejor sólo está dormida

Cuando era pequeña soñaba con ser médico. Mi abuela estaba siempre enferma, no sabría decir muy bien de qué. Solía estar en la cama cada domingo, cuando íbamos a visitarla. Mi madre le llevaba comida que nos había sobrado del mediodía, casi siempre cocido, y lo guardaba en la nevera nada más llegar.

Aunque tenía mala cara, pálida y ojerosa, mi abuela siempre tenía fuerzas para jugar un rato conmigo. Yo hacía como que era una doctora que trabajaba en el hospital donde ella estaba ingresada. Le ponía el termómetro, el de mentira que venía con mi Nenuco, la auscultaba, le recetaba medicinas. “Tiene usted mucha mejor cara hoy, señora Francisca”. Y ella sonreía, mirándome con esos ojos que sólo los abuelos saben poner cuando miran a sus nietos. ¿Cuánto puede quererte una abuela? No creo que pueda calcularse.

Cuando ella murió, tendría yo unos 10 años, un pensamiento se me quedó incrustado en la cabeza y no fui capaz de deshacerme de ello en mucho tiempo. Hoy en día, cuando tengo que ir al médico, aún reaparece y me cuesta sacarlo de mi mente. Si yo hubiera sido una doctora de verdad, en lugar de una niña jugando a serlo, hubiera podido salvar a mi abuela. Estaba segura de que, aquellos señores de batas blancas a los que ella visitaba con frecuencia, no habían hecho todo lo posible. Nunca se hace todo lo posible si la vida que está en juego no es la de un ser querido. Nunca. Estoy convencida de ello.

Ahora y aquí, en la sala de espera de pediatría del centro de salud de mi barrio, casi veinte años después de haber visto a mi abuela muerta sobre su cama. El pelo gris suelto y cepillado, la cara algo hinchada, los labios descoloridos, el camisón blanco. Yo quería decirle algo, pero no pude hacerlo, no me salían las palabras del cuerpo. “Abuela, ¿seguro que estás muerta? a lo mejor sólo estás dormida”. Quería decírselo a mi madre, que quizá ella sólo dormía y nos estaba gastando una broma. No me atreví por si me regañaban. Ciertos comentarios era mejor no hacerlos delante de mi madre.

Hacía mucho que no pensaba en esto. No lo hice cuando yo misma ingresé para dar a luz a Samuel, ni en ninguna de las revisiones posteriores madre e hijo obligatorias según el protocolo de salud de la Comunidad de Madrid. Ahora en cambio, con el niño llorando entre mis brazos temblorosos, con la frente a doscientos grados y los ojitos tristes, llamando a su papá entre sollozos, ahora de nuevo estaba ahí. Mi abuela jugando conmigo los domingos, mis medicinas que no pudieron salvarla, mi angustia, su cuerpo inerte sobre las sábanas limpias y planchadas. Una colcha blanca bordada con flores de todos los colores le tapaba hasta el pecho. Los brazos, escuálidos y amarillentos, asomaban por encima, muy tiesos, a lo largo del tronco. Recuerdo cómo mi madre obligó a sus hermanos a hacerlo, en contra de lo que ellos decían que era lo correcto. “He dicho que por fuera y punto. No os podéis imaginar lo que a ella le agobiaba tener los brazos por dentro. Claro que, qué os vais a imaginar vosotros, si nunca estabais aquí”.

Sabía que aquello no sería más que un virus sin ninguna importancia. Samuel estaría en pocos días corriendo por ahí y jugando como siempre. No sé por qué, sin embargo, tal vez por esa maldita manía de las madres de sentirnos culpables, tal vez la puñetera resaca, quizá Rafa y sus estúpidos viajes, mis lágrimas caían a borbotones por mi cara. Busqué desesperada un *kleenex* en el caos de mi bolso. Nada. Luego en el abrigo, en el bolsillo roto donde se colaban cosas de todo tipo, un chupete, un juguete de Mc Donalds, un rotulador indeleble, un ticket de compra del super. Nada, si siquiera uno usado. Tampoco hubo suerte en los bolsillos de los vaqueros. Así que me resigné a la cara mojada y a los mocos resbalando de mi nariz a mi boca que trataba, sin mucho éxito, de limpiar con la mano. Me puse las gafas de sol.

El Gigante

De pronto un día conocí al Gigante, que no se llamaba así todavía. El mote le vino después, con el tiempo. Tras muchos trapicheos y negocios sucios que le fueron dando la fama en todo Medellín de forma bastante rápida. No creas que era un tipo alto y grande, como pareciera por su nombre, todo lo contrario, más bien chiquito y con poco músculo, un chichón de suelo no más. En cambio, era implacable y tozudo, dispuesto a desgazar a su madre a cambio de conseguir sus fines, que no eran otros pues que convertirse en el rey de lo suyo, en el místico de los bajos fondos, para ser respetado también en los altos.

Era orgulloso, arrogante, listo, y bruto como sólo pueden serlo aquellos que han vivido envueltos en violencia desde la teta. A mí me caía muy gordo ese paisa. Y mira tú que suerte tuve que se fijó en mí y no paró hasta que me tuvo solita para él. A su disposición a todas horas. Me sacó de la casa de Valentina y me rentó un apartamento bastante chévere cerca de su propia guarida, en el barrio del Poblado, en San Lucas. Eladio, ese era su nombre de verdad, amaba el tango, ¿sabes? porque se había criado en Manrique o qué sé yo, pero decía que no podía vivir más tiempo allá, que ese lugar ya no era para él, por mucho que su amado Gardel sonara por las calles, por eso que le llaman el barrio del tango, que él se merecía lo mejor y entonces lo mejor de Medellín era El Poblado, o eso repetía él a todas horas. Era muy pesado ese hombre, muchísimo, decía todo varias veces, montones de veces, que a mí me dolía la cabeza a todas horas, de verdad te lo digo. Bailaba muy bien, eso es cierto, y no sólo el tango. Era impresionante verle moverse así en la pista, sobre todo si tú bailabas con él a la vez y te dejabas llevar. Yo era hasta capaz de olvidarme de lo mal parido que era. Increíble pensar que ese huevón podía estar al minuto siguiente sacándole un ojo a otro tipo con una cuchara, por qué sé yo qué pendejada. Por mirarle a los ojos pues, así, no más.

—Todo un pieza el amigo.

—¿Cómo dices?

—Un pieza, un hijo de la gran puta, así, para que me entiendas.

—Pues sí, así era, y así sigue siendo el muy mierda, allá donde esté.

Mariana había vivido un verdadero infierno con ese cabrón. No fue la típica historia que cuentan en las películas del mafioso forrado de pasta, que se encoña con una tía y la trata como una reina. Le pone un piso, le compra todos los caprichos, la lleva siempre de punta en blanco, etcétera. Por el contrario, el figura era de otro pelo. Un poco psicópata, probablemente debido a que había estado varias veces al borde de la sobredosis y tenía las neuronas bailando sardanas todo el día. Aunque estuviera limpio, según ella, me daba a mí que el colega le había dado a tope a la fiesta desde bien jovencito. Y eso, quieras que no, siempre pasa factura. Si además se añade

un cerebro ya trastornado de serie, tenemos el lío asegurado.

Eladio trataba a Mariana como si fuera una cucaracha. Creo que ella nombró ese insecto porque no se le ocurría otro animal o cosa a quien la especie humana sea capaz de tratar peor. Las cucarachas son asquerosas, repugnantes, feas y fácilmente eliminables. Así se sentía Mariana tras pasar los primeros seis meses con este elemento. Bastaron sólo 180 días para pasar de creerse una “elegida” de la fortuna, siempre los mejores clientes, los más educados y bien parecidos, a pensar que era una mierda. Ella no valía, no servía, no merecía nada, ya que ella, en realidad, no era nadie.

—¿Le querías? ¿Le quisiste alguna vez? Al principio al menos...

—No, jamás. Me gustaba no más. Me parecía chévere salir a cenar a esos sitios tan caros, subir a esos carros de muchos miles de dólares. Y bailar, me gustaba bailar con él, era como si todo fuera sólo eso. Escuchar la música y dejarse caer en sus brazos. Flacos, pero fuertes. Y lo demás no importaba durante ese rato.

— ¿Cuándo fue la primera vez que...

—¿Que me pegó? Bueno, me pegó sólo una vez. El último día que le vi. Fue entonces cuando decidí que tenía que irme. Y me fui. Al día siguiente cogí un autobús a Bogotá. Y de ahí, directa al aeropuerto para coger un avión a Gringolandia. Casi con lo puesto, apenas cuatro trapos, mi pasaporte y cinco mil dólares que le robé al Gigante del cajón de mi cómoda. Esa noche les había pagado a algunos de sus hombres y traía las sobras. Creo que en realidad no quiso darle la plata a un par de tipos que no habían hecho bien lo que él les había encargado. Les molió a palos en lugar de darles los billetes.

—¿Dólares?

—Sí, él siempre pagaba en dólares a su gente. A mí me pagaba al principio así también.

—¿Por qué te pegó? ¿Y por qué te fuiste a Bogotá en lugar de coger el avión en Medellín? ¿Cómo conseguiste largarte sin que él te encontrara?

—Esperá, te voy a contar todo, no te preocupes, paso a paso.

El Gigante no le pegó más que aquella vez, pero casi la mata. Venía bastante puesto, parecer ser, cosa que no era habitual desde que había dejado de meterse, hacía ya algunos años. Sin embargo, esa noche era distinta. Algo había salido mal con alguno de sus negocios. Alguien le había traicionado y por culpa de eso estaba a punto de perder una zona de distribución de droga en Estados Unidos. Algún punto del mapa cerca de Miami, aunque no sabía con exactitud cuál. A eso se le sumó la cagada de esos otros dos a los que hinchó a hostias. La adrenalina se le salía por las orejas. Así que bastó que Mariana no llevara puesto el vestido que él le había pedido que se pusiera cuando salió de allí temprano por la mañana (“me hacés el favor de ponerte el vestido rojo que te compré por tu cumpleaños, quiero verte bien linda esta noche”), para que la situación estallara por los aires.

—“Eres una puta y te voy a rajar de arriba a abajo”, me gritaba sin parar. “Putas, más que putas,

siempre serás una chonga, una maldita zorra”.

Desde luego que eso no fue lo peor que le dijo Eladio a Mariana en todo el tiempo que compartieron. Que la llamara puta era lo de menos. Bien pensado, en realidad era una puta, por mucho que yo no quisiera mencionar esa palabra delante de ella.

–No te andes con pendejadas, prefiero la palabra puta a prostituta. Prostituta suena a enfermedad incurable.

Black Red Code

*"Acton go on in us
Nothing else goes on. While a blurred and breathless hour
Repeats, repeats".*
Anne Carson

“Eva, no tengo que perdonarte nada, perdona tú, que no te hago el caso que debería. Ahora estoy liado y no puedo hablar, en cuanto pueda te llamo, puede que mañana. Y en cuanto llegue a Madrid quedamos a comer o a tomar un café y hablamos. Todo se va a solucionar, no te preocupes. Bss”

¿Cuántas veces había releído el mensaje desde que lo recibí estando con el pediatra en la consulta? Había perdido la cuenta. Al principio estaba ansiosa por responder. De hecho, creo que se me notaron un poco mis ganas de acabar cuanto antes la conversación con el Doctor Quesada. Era un buen médico, cariñoso y muy atento con los niños, cualidades que yo, en mi calidad de madre, creía imprescindibles en un pediatra. También hablaba por los codos, repetía las cosas varias veces, como si no estuviera seguro de que la voz le hubiera salido del cuerpo minutos antes. Eso me exasperaba, hasta el punto de sorprenderme en alguna ocasión acabando sus frases, demostrando una dudosa educación por mi parte. Aquella tarde, para colmo, no paraba de hacer comentarios reconfortantes, como de padre amantísimo. Es uno de esos hombres que no soporta ver llorar a una mujer. Y yo lloraba. “Tranquila, no es nada grave, es una gripe, muy común estos días”. “Entiendo que como madre te sientas sobrepasada, las enfermedades de los hijos nos descolocan”. “Necesitas descansar, te aconsejo meterle en la cama nada más llegar a casa y hacer tú lo mismo acto seguido, puede que la noche sea dura”. Esta última frase no me sonó muy tranquilizadora, aunque él tratara todo el tiempo de hacerme sentir mejor. No tenía ni puñetera idea de que yo no lloraba por Samuel. O sí. En realidad, un poco sí. Por él, por su padre, por mí y por todo lo que era mi vida en aquellos momentos. Un jodido desastre.

Nada más salir del centro de salud, aún en la misma puerta, Samuel en el carrito dormido de puro cansancio, intenté teclear una respuesta para Rafa. Escribí:

“Llámame hoy, no mañana, da igual la hora. Necesito hablar contigo”. Lo borré.

“Si puedes llamar hoy mejor. Mañana voy a tener mucho trabajo”. Mentira cochina. También lo eliminé.

Así hasta cinco intentos. Necesitaba con urgencia decirle algo. Sentía que, si no lo hacía, él pensaría que todo estaba mejor y que olvidaría llamarme. También creía estar en deuda con él, por haberle insultado de esa forma irracional. Mis palabras de perdón no me resultaban suficientes. Y ahí permanecí, plantada junto a las puertas de apertura automática, durante unos veinte largos minutos. Los tacones me hacían polvo los pies. Un viento helado me cortaba los labios. Ya no

quedaba rastro del lápiz de labios permanente de Yves Saint Laurent, color Black Red Code, que usaba como parte del disfraz para esconder mi amargura. Los nervios y el llanto lo habían engullido mucho mejor que cualquier crema de limpieza facial de treinta euros. La gente entraba y salía de aquel edificio, mirándome despistados, sin entender muy bien cómo aguantaba aquel despacible tiempo, llevando además un bebé conmigo, en lugar de resguardarme dentro del centro o dirigirme a cualquier otro lugar a cubierto. O eso creía yo que ellos pensaban. Lo más probable es que ni me vieran.

Cuando estaba a punto de enviar mi último texto, sonó el teléfono.

—¿Eva? ¿Eva eres tú? Te notó la voz diferente, ¿estás mala hija?

—No, qué va, estoy bien, estamos bien, el niño y yo quiero decir. ¿Y usted, cómo está?

—Yo muy bien hija mía, aunque algo preocupada. Mi hijo no me coge el teléfono ni me ha devuelto la llamada y yo no me apaño con los mensajes, ya lo sabes tú bien. Te llamaba para preguntarte si tú sabes algo, si sabes dónde anda. Creo que iba a los Estados Unidos, pero no recuerdo si me dijo a dónde exactamente, esta cabeza mía. Y habrás visto las noticias ¿no? Ay qué miedo nena, mira que si estaba él en aquel bar. Seguro que son tonterías de vieja, pero bueno, dime ¿sabes algo?

La llamada de mi suegra, o ex suegra según se mire, me desarmó del todo. Tuve que colgarle, haciendo como que se había cortado, porque de nuevo se me puso un nudo en la garganta y fui incapaz de soltar ni una palabra más. Después, ya en casa, cuando conseguí calmarme, le envié un SMS.

“Su hijo está bien, tranquila. Se me acabó batería. Es tarde, mañana hablamos. Besos”

Ahora son las 12:30 y sigo pegada a la pantalla del móvil. ¿Le llamo? ¿Le escribo? Cuando termine esta copa lo decido. Total, allí aún es pronto. Queda mucha noche por delante.

Nada que ver con Denver

No sé qué me flipaba más, si la historia de Mariana o el paisaje que veía a mi alrededor, completamente verde. Nada que ver con mi estúpida idea de que en Estados Unidos todo eran ciudades de grandes rascacielos o paisajes de películas del Oeste que, al fin y al cabo, fueron rodadas casi todas en el sur de España, en el desierto de Almería.

Pasamos por montones de pueblos, ciudades pequeñas y no tan pequeñas, al menos por lo que lograba distinguir desde el pedazo Chrysler 200 S 3.6 y 283 caballos, de un color plata precioso, que tenía la suerte de conducir. El bicho era una pasada, me costaba mantenerme dentro de los límites legales de velocidad americanos. El interior de cuero, asientos mullidos y con soporte especial para las lumbares, cosa que agradecí enormemente, GPS, lector de MP3, sistema de aire acondicionado y toda la pesca.

A pesar de que mi atención estaba puesta en conducir y en la conversación con Mariana, logré distinguir algunos letreros curiosos que invitaban a desviarse de la carretera y retrasar un poco la fecha de llegada a destino.

Philadelphia (acababa de leerme un libro de relatos de Poe y me enteré de que había nacido allí. No hubiera estado mal pasar a echar un vistazo); Sesame Place (al parecer un parque temático sobre Barrio Sésamo, mi programa favorito de pequeño, cuya colección completa de DVDs le había comprado a Samuel la semana en que nació); King of Prussia, (¿qué podía unir a los yankees con los prusianos?), Lionville (nombre de ciudad perfecto para ambientar un videojuego), Denver.

—Mira, vamos a pasar por Denver. ¿Qué te parece si paramos ahí a tomar un café y echar gasolina? Me llama la atención ese lugar.

Resultó una decepción inmensa. Un pueblucho de poco más de 3.000 almas, según me chivó la Wikipedia, aunque nadie lo hubiera dicho al pasar por su calle principal. Una vía desangelada, apenas iluminada, donde parecía que hacía horas, o días, que no pasaba ni dios. Casi no había coches aparcados. No se veían comercios o bares, al menos no había luces de neón anunciándolos. Nada que ver con Denver, Colorado, la ciudad que a mí me sonaba y la que me esperaba encontrar ahí, en lugar de ese deprimente callejón donde de un momento a otro esperaba ver aparecer señores a caballo con sombrero de cowboy y pistolas al cinto.

—Escuchá —dijo Mariana—. Alcánzame tu teléfono y busco algún sitio decente para parar, okey?

Antes de que Google quisiera soltarnos su lista de recomendaciones, vi a lo lejos un letrero luminoso y decidí dirigirme hacia allí. Así fue como acabamos en la estación de servicio de

Reinholds, a escasas millas del centro de Denver. El único sitio que parecía abierto y con algo de vida en la zona. No es que fuera muy acogedora la verdad. Una casita de madera con techo a dos aguas donde se vendían todo tipo de productos típicos de gasolinera. En la puerta dos surtidores para gasolina corroídos por la humedad. Detrás del mostrador, un señor de unos 60 años con melena, cazadora motera y cara de malas pulgas. Un pendiente en la oreja izquierda. Un tatuaje que le sobresalía por la muñeca. La barba le crecía de forma desigual, dejando algunas zonas del rostro limpias de pelo, como si tuviera algún tipo de enfermedad en la piel. Una cicatriz le cruzaba la frente cual Harry Potter. El local olía a tabaco negro y a camisa usada varios días seguidos. El colega llevaba un palillo entre los dientes. Se lo sacó de la boca y vi lo que parecía un trozo de carne marrón oscuro en la punta.

–Welcome to my beautiful place guys! Good evening sir, madam. How can I help you today? (Bienvenidos a mi bonita casa chicos, buenas noches señor y señora, ¿cómo puedo ayudarles?)

Todo esto lo dijo muy rápido, apenas vocalizando las palabras, abriendo mucho la boca al final para formar lo que intuí como una sonrisa, algo forzada y quizá sarcástica. Acto seguido carraspeó y su nuez se movió bruscamente arriba y abajo.

Mariana sonrió a su vez, haciendo una mueca forzada que sonó algo falsa, mientras le pedía que nos llenara el depósito y le preguntaba si conocía algún sitio para tomar algo.

Por supuesto que sabía de sitios. Insistió en que lo mejor era que fuéramos al Angelo's Pizza, justo detrás de su tienda. Podíamos dejar el coche ahí mismo e ir andando. Si teníamos prisa por continuar nuestro viaje, esa era la mejor opción de todas. El sitio no iba a ganar ningún premio de gastronomía, comentó a la vez que soltaba una fuerte carcajada, pero para salir del paso era suficiente y estaba bien de precio.

–Chocolate bars: two for one. Would you like some? Good offer man –dijo el gasolinero mientras pagaba la cuenta–. (Barras de chocolate, dos por una, ¿le interesa?)

Me llevé cuatro barritas por poco más de cuatro dólares rezando para que el olor vomitivo de aquel antro no se hubiera colado en el interior del envoltorio. “Hijo mío, tienes que dejar de comer porquerías, que ya tienes una edad”. La voz de mi madre no fue suficiente para evitar que picara aquel día. Necesitaba azúcar para afrontar aquellos momentos de mi vida.

No eran formas de seducirla

Nuestro colega motero se había quedado muy corto cuando aludió a las insuficientes cualidades gastronómicas del Angelo's Pizza. Para empezar, el sitio no parecía un restaurante, sino una casa grande, de ladrillo rojo, dos plantas, en medio de la nada, como la gasolinera de antes, sólo que sin surtidores. Sus dueños habían abierto un ventanal enorme en el bajo, y colocado, o más bien descolocado, unas mesas y sillas, de diferentes estilos, incómodas y sucias, y un letrero luminoso y apagado en un lateral con la bandera italiana. Me recordaba mucho a los baretos de pueblo en España, en cuanto a la arquitectura, la decoración y, por supuesto, el olor a fritanga.

Sólo había dos tipos cenando solos, cada uno por su lado. El que parecía más joven, sentado en un banco como para tres personas, desplomando su enorme culo, parte de él a la vista, en la totalidad de la superficie de madera. El otro, algo más calvo, menos células adiposas campando a sus anchas, ocupaba una silla sin reposabrazos, al otro lado del salón. Ambos tragaban casi sin masticar sus trozos de pizza. La grasa les resbalaba por la barbilla. No usaban la servilleta. Bebían media jarra de cerveza de un solo trago. Como si formaran parte de una coreografía de un video musical.

—Good evening madam, sir, would you like to have dinner? (Buenas noches señora, señor, ¿les apetece cenar?)

Estuve a punto de coger de la mano a Mariana y salir corriendo de allí sin mirar atrás. El señor que nos saludaba, bigote estilo mexicano, unos 40 años mal llevados, uniforme de color negro sin planchar, zapatos manchados de barro, se nos acercó con unas arrugadas y pegajosas cartas de cartón en la mano.

Antes de que me diera tiempo a reaccionar, Mariana le contestó que sí, de nuevo sonriendo con esa actitud como de ir a hacerse un selfie, que por favor nos diera una mesa junto al ventanal. Intuí que se debía a que era el sitio más alejado de aquellos dos zampabollos.

—Y a vos, ¿qué os pasó? Te divorciaste ¿por qué motivo? Si podés contarlo.

—En realidad aún no me he divorciado, no he encontrado el momento ni el valor. Estamos separados. Ná, que metí la pata, fui infiel, y ella me pilló con la otra.

—Jesus Christ! Really? ¿Cómo fuiste tan guevo de hacer eso? No me lo creo. Y ahora me dirás que fue en vuestra propia cama...

—Ya, fui un gilipollas integral, aunque ya pagué por ello lo suficiente.

No me extendí mucho en contarle los detalles de mi caída a los infiernos y toda la pesca. No quería hablar demasiado de mí. Sobre todo, no quería parecerle un débil, un blandengue, un

patético llorón, cobardica y proclive a las adicciones. No eran formas de seducirla. Y yo, a estas alturas de la película, había decidido que era eso precisamente lo que quería hacer. Seducirla. No había nada de malo en ello, ¿no? Ni nada raro. Ella era preciosa, lista, con par de huevos y con una sonrisa que te hacía creer que todo era fácil y que nadie iba a morir en aquella historia. Dispuesta a dejarse proteger por un mindundi como yo. ¿O era yo el que me estaba dejando proteger por alguien como ella? Al menos estaba dispuesta a viajar conmigo, a huir conmigo, a comenzar de cero. Esto último no sé si conmigo. Eso ya lo averiguaría más tarde. “Ya tío, pero ha sido puta, ¿de verdad quieres enrollarte con una puta?”. Las palabras de Dani, mi viejo compañero de batallas, resonaban en mi mente como si me las estuviera diciendo en ese momento. A ver, lo primero ella es eso (o lo era) por pura necesidad, podíamos decir que por obligación. Lo segundo es que no veo dónde está el problema, aparte de que a mi madre le podría dar un soponcio si algún día se enterara. Quiero liarme con ella y punto, no casarme. “Madre del amor hermoso Rafael, es una niña, podría ser tu hija”. “Mamá es verdad que nos llevamos bastante, pero a los trece años yo todavía jugaba con los playmobil”. “No sé, no me parece bien hijo, ¿qué quieres que te diga?”

–Esta pizza está realmente asquerosa. No he probado nunca nada peor –comenté tras haber terminado con los detalles de mi historia con Eva.

–Bebe vino, bebe. Sabe un poco mejor con el vino.

–Este vino es una puta mierda.

–No sé de vinos. Lo que sé es que me hace sentir mejor. Y mata el sabor de esta cosa, jajajaja.

–Pensé que no bebías.

–Sólo tomo vino, no más.

Volvió a reír abiertamente, como si no pasara nada. Por un momento me imaginaba que no éramos quienes éramos, sino dos amantes que empezaban a conocerse y se habían tomado unos días de vacaciones.

–Tienes algo en el labio.

–¿Dónde? ¿Aquí? –se tocó la comisura derecha con la servilleta.

–No, déjame un momento. Es aquí, ya está –rocé sus labios con mi mano y noté un calor descomunal en la tripa.

Dios, qué me pasaba. ¿Por qué me comportaba como un adolescente con las hormonas revolucionadas? Yo solía tener un poco más de arte, no mucho, tampoco se puede decir que sea George Clooney.

–Me recuerdas a alguien, no sé a quién.

–Una vez me dijeron que me parecía a Sandra Bullock.

-¿Cómo? ¿A la Bullock? No way. Es a otra persona... no logro que me venga a la mente. Es igual, ya lo averiguaré.

Dejamos la pizza a la mitad y seguimos bebiendo vino hasta que la voz se nos empezó a poner pastosa y nos entraron ganas de bailar en medio del restaurante. Como si lo hubiera intuido, el cuarentón mexicano encendió la radio. Mariana se levantó, me cogió del brazo, y me sacó ahí en medio. Los gordos ya no estaban. Una pareja de mediana edad había cometido el error de entrar y quedarse. Les acababan de servir unos platos de pasta, que humeaban delante de sus caras.

De repente todo me daba igual. Mi madre, el Dani, Eva y sus lloriqueos, mi jefe... Samuel no, él nunca me daba igual. ¿Cómo se llevaría Mariana con los niños? Imposible pensar ahora en Samuel y Mariana, quien retorció su cuerpo delante de mis narices sin cortarse un pelo, acercando su boca a mi oreja para cantarme el estribillo de Kiss de Prince, con su perfecto acento americano. Yo sabía que estaba dando la nota, porque bailar no es mi fuerte, pero qué cojones. Me la sudaba.

Me importa un carajo todo

Comparamos una botella de vino para llevar antes de pagar la cuenta. Nos quedaban aún ganas de tomar la última en algún otro lugar. ¿Dónde? Estaba claro que no íbamos a llegar muy lejos con todo ese alcohol en sangre. Lo mejor era buscar un sitio para dormir por allí cerca.

–Vale, vayamos a por el coche y de paso le preguntamos a nuestro amigo de la gasolinera que nos recomiende algo.

–Pfffffff. ¿Qué dices? Creo que ese pendejo ya ha demostrado que no tiene muy buen gusto, ¿cierto?

–Es verdad, de todos modos, prefiero preguntarle a él antes que a este tío del restaurante. No puedo fiarme de un pavo que intenta envenenar a sus clientes con esa bazofia.

–Jajajajaja, okey, tenés razón.

Esta vez el señor don palillo de dientes, que seguía ahí dale que te pego, estuvo más fino. Nos habló de un par de sitios en Denver, uno de ellos hasta salía en Trip Advisor con no muy mala puntuación.

El problema es que sólo quedaba una habitación libre esa noche. Al parecer había no sé qué convención rara de una sociedad de amantes del alce o algo así.

–Great, we accept that! (Genial, nos quedamos con ella) –dijo Mariana entusiasmada antes de que yo pu-diera abrir la boca.

Perfecto, eso es que al final lo voy a conseguir. Esta noche me acuesto con ella fijo. Mañana ya veremos qué pasa. Lo que más me gusta de beber es esa actitud de “me importa un carajo todo” que te entra tras unas cuantas copas. Ese presente lleno de promesas, ese futuro que está aún muy lejos, ese pasado que no existe. Eso éramos Mariana y yo aquella noche. Sólo presente.

–Un momento, me suena el móvil.

¡Mierda! mi jefe. ¿Qué hago? ¿Lo cojo o no? No, no puedo cogerlo, estoy pasadísimo, y encima voy a cortar todo el buen rollo que tengo ahora con Mariana.

“Lo siento, no puedo cogerlo, me he quedado sin voz, una gripe o algo. No voy a poder trabajar hoy ni creo que mañana”. Sin pensarlo mucho le di a enviar. A los dos minutos escuché el sonido de un mensaje entrante. Apagué el teléfono sin mirarlo.

Mañana sin falta

“Pero ¿qué estás haciendo chica? Ya te estás pasando de la raya, ¿no creés? Deberías dejar a este muchacho tranquilo, es un pobre pendejo pues. Y seguir tú sola con tu vida. Vas a conseguir que le pase algo y no vas a lograr tampoco que él te defienda del hijoeputa ese. Rafael no mataría ni a una mosca. No hay nada que hacer Cata. Si el Gigante va a por ti, te va a encontrar y eso lo sabés perfectamente. No hay forma de escapar. ¿Cómo fuiste tan ilusa de pensar que podías burlarle? ¿Acaso piensas que una jovencita como tú va a lograr salir ilesa de este enorme lío con semejante malnacido? Tienes que inventar algo para separarte de él, algo que a ti te permita encontrar otra ayuda y a él le deje seguir con lo suyo, volver a su casa, con su bebé y su familia. Él no se merece que le sigas metiendo en tu mierda. Tal vez si vuelvo a casa... tal vez si llamo a mi papá. No, no, no, me juré que de esto saldría sola y es lo que voy a hacer”

-¿Seguimos bailando otro poquito?

Mañana sin falta pienso en lo que voy a hacer. Ahora sólo quiero bailar.

Ser madre es jodidamente difícil

*(...) Y de la boca salen gritos cortantes
que arañan mi sueño como flechas (...)*”

Sylvia Plath, Tres mujeres

Me gustaría poder coger el teléfono y llamar a la oficina sólo que no tengo fuerzas. Mejor envío un mensaje y ya está. Dios, este dolor de cabeza me va a matar. Tengo pinchazos en las sienes y en las cervicales. Me mareo. Creo que voy a vomitar.

Qué vergüenza. Aquí tirada en el suelo del baño agarrada al wáter. No pensé que yo haría alguna vez algo así. Siempre que he visto una escena parecida en la televisión, he pensado que yo nunca podría hacer eso. Abrazar un inodoro como si fuera mi tabla de salvación. Y aquí me ves. Menos mal que Samuel no se ha despertado aún.

No sé por qué me siento tan culpable. No he faltado al trabajo en todo el año, así que no es para tanto. En realidad, me merezco un poco de descanso y qué coño, lo mismo me despiden con el ERE, así que, que les den. Ya está bien de culpas. Y qué si ayer bebí un poco de más y hoy no estoy en condiciones. ¿Acaso una mujer no tiene derecho a alegrarse la vida de vez en cuando? A ver si ahora tampoco una madre va a poder beber un poco de vino. Que ya vale con todo ese rollo de ser la mamá y mujer perfecta. La *superwoman* de turno. A mí no me esperéis para eso. Yo soy como soy y punto. Y a quien no le guste que no mire. Es verdad que todo sería más fácil si no fuera madre, no lo voy a negar. Ser madre es jodidamente difícil. A veces siento que me viene muy grande esto de ser madre. Y más si tenemos en cuenta que el padre está bastante poco.

¿Por qué esperáis todos tanto de mí? No tengo fuerzas, no tengo ganas, no puedo. Pero tengo que mirar hacia delante. “Tienes un hijo Eva, y eso debería animarte a seguir”. Y una mierda. Eso lo que hace es que me desespere aún más. Me siento atada, atrapada, sin escapatoria posible. No soy capaz de cuidar de mí misma en este momento de mi vida. ¿Cómo narices queréis que me ocupe de un niño pequeño?

A veces desearía despertarme y que él no existiera, que no hubiera existido nunca. Si él no estuviera, tal vez Rafa seguiría aquí conmigo, y yo no estaría esperando ansiosa sus mensajes y sus llamadas, como hacen las crías de catorce años. Si no fuera madre, podría hacer la maleta y pirarme ahora mismo a cualquier parte, empezar de cero. Hacerme voluntaria unos meses y viajar a África. O irme a hacer trekking por Asia. O largarme a Australia una temporada. Dicen que allí están deseando que vaya gente extranjera a trabajar, necesitan mano de obra. Alejarme de todo y de todos, temporalmente o quién sabe si para siempre. Con Samuel en el mundo nada de esto es posible. Debo seguir aquí, cerca de su familia, cerca de su entorno conocido. Tengo que cuidar de él, enseñarle a ser una persona, quererle. Yo le quiero, por supuesto que le quiero, no le deseo

ningún mal. Sólo pido no ser yo su madre. No me gusta ser madre, esa es la verdad. No me gusta que me mire con esos ojos de necesitarme tanto y yo sentirme incapaz de darle lo que necesita. No debería pensar en esto, mejor no pensarlo. Estos pensamientos no me vienen bien. Son dañinos y no me llevan a ninguna parte. Eva, por favor, concéntrate. Deja ya de torturarte.

Vomito varias veces y consigo encontrarme algo mejor. Echar fuera todo eso me ha sentado bien. Me ducharé y bajaré a comprar café que no queda. Y alguna otra cosa que me hace falta. El vino también se ha acabado ya. Si me doy prisa, tal vez pueda hacerlo antes de que Samuel se despierte. Total, serán sólo cinco minutos, no va a pasarle nada malo en cinco minutos.

Take me and do as you wish

Es la una de la mañana y ya hemos acabado con la botella. Estamos sudando y a mí me duelen los pies y las caderas. A Mariana no parece dolerle nada. Paro de bailar un rato “déjame sentarme en esta, no puedo más” y la observo recostado en la cama, dura como una piedra, con la espalda apoyada en la escuálida almohada llena de huecos. Suena una canción muy vieja en mi portátil, *Sing it back* de Moloko “¡Me chifla esta canción!”. A Mariana le chiflan todas las canciones. Su entusiasmo me supera un poco. Es *too much* para mí. Espero que el alcohol me esté ayudando a parecer menos patético de lo que soy. Creo que se nota demasiado que me está poniendo cardíaco. Esto no pinta bien, o puede que, todo lo contrario, que pinte demasiado bien.

Veo como se recoge de nuevo el pelo con las manos. Los mechones mojados le caen desordenados por la cara y por el cuello. Me doy cuenta de que tiene un lunar cerca de la oreja, que me apetece lamer. Una y otra vez. Se ha quitado el pantalón y lo ha lanzado al suelo de cualquier manera. La camiseta le cae amplia por el cuerpo hasta medio muslo. Es tan larga que parece un vestido. Sus piernas son más finas de lo que parecían con los vaqueros. Aun así, me parecen perfectas. Tiene cicatrices en las rodillas, como una niña traviesa de diez años. Dios, es que parece una cría, ¿Qué estoy haciendo?

Ajena a mis comidas de tarro, ella da vueltas sobre sí misma y me mira provocativa de reojo, mientras gira el cuello. Tararea la letra de la canción. “When you are ready I will surrender, Take me and do as you wish (cuando estés listo me rendiré, tómame y haz lo que deseas)”. Se pasa las manos por el cuerpo, sobre el tejido de algodón medio transparente. Empiezo a no poder contenerme. No sé cuánto tiempo más aguantaré sin tocarla. Entiendo que no me va a decir que no. Todo lo que hace desde que cenábamos en la pizzería parece una invitación sin paliativos a que me eche encima de ella. Aunque nunca se sabe, más de un planchazo me he llevado en mejores circunstancias.

La canción termina y empieza Adele a cantar *Someone like you*. Mariana se acerca y me coge de la mano. Sonríe con toda la cara. Yo no puedo sonreír. Me siento extraño. Me muero por besarla y, a la vez, algo dentro de mí me dice que no lo haga. ¿Dónde me llevará esto? No tengo claro si debo o no. Sé que es estúpido pero siento como si mi madre estuviera en la habitación con nosotros. “Hijo mío, ¿Qué haces con esa pelandusca? ¿No va siendo hora de que te recojas ya con una buena mujer? Creo que Eva ahora te perdonaría. Anda, inténtalo, qué te cuesta, el no ya lo tienes, hazlo por tu vieja madre”.

Qué mal hijo me sentí un minuto después. En cuanto Mariana me mordió el cuello sabía que estaba todo perdido. La habitación se llenó de jadeos. Nuestros cuerpos, de saliva con olor a vino barato. El suelo quedó plagado de ropa amontonada. La cama no paraba de hacer ruidos inquietantes mientras nosotros, como si fuéramos sordos, seguíamos a lo nuestro, explorándonos con las manos y la lengua, con los ojos y los pies, sin dejar apenas un resquicio virgen, como si

fuera algo que hubiéramos estado deseando hacer desde que nacimos.

Cuando acabamos, los dos exhaustos, sudados, mi cabeza sobre su vientre, mirando al techo, me vino súbitamente la imagen de la persona a la que me recordaba. Más que una persona real, es un dibujo, la heroína Mona Sax, del videojuego Max Payne, una asesina a sueldo, gemela de Lisa, casada con un capo de La Mafia. Si lo piensas, no deja de tener su gracia.

Yo haciéndomelo con Mona. Menudo crack.

Mal cuerpo

La mañana siguiente empieza regular. A eso de las seis noto unos retortijones del quince y salgo pitando al baño. Qué vergüenza joder. ¿Se puede tener peor suerte? Me duele horrores la tripa, como si me hubiera tragado unas cuchillas de afeitarse. Lo que puede salir de ahí dentro, es increíble, y para colmo, haciendo un ruido de mil pares. Por favor, que Mariana tenga el sueño muy profundo y no esté escuchado mi serenata. Sin embargo, el Universo no atiende mis plegarias, pues cuando aún me queda algo de faena, escucho que llaman a la puerta que tengo delante de mí.

–Rafa ¿estás bien? Llevas mucho tiempo ahí dentro.

–Enseguida salgo, creo que no me ha sentado muy bien la cena.

–Ay pobre, pues ya lo siento. Si necesitas algo me decís.

Me parece escuchar una risita al otro lado. Qué cabrona. Me siento un pringado integral. Un desgraciado. Yo que creía que empezaría el día repitiendo el polvazo de la noche anterior y, en lugar de eso, aquí me tienes, sentado en la taza del wáter de un hotelucho, con ganas de colarme por el agujero, tirar de la cadena y desaparecer.

Por fin puedo salir, cerrando bien la puerta tras haber rociado la estancia con medio bote de Armani.

–Rafa, verás, tengo que decirte algo. Te mentí un poco y no me siento bien por ello, creo que te debo la verdad.

–¿Cómo dices? ¿Cómo que me has mentido? Pues...sí, la verdad estaría bien –no podía disimular mi desconcierto.

La verdad tiene que esperar a que vuelva de mi segunda visita al aseo, donde vomito dos veces seguidas. No sé qué rayos llevaba esa pizza del demonio. Siento que voy a morir. Me quedo hecho polvo tras haber evacuado todo aquello por diferentes orificios de mi cuerpo. Estoy débil, sudo a chorros y tengo un considerable mareo.

–Estás muy pálido, creo que no estás en condiciones para viajar. Vamos a tener que quedarnos un día más por aquí, en el maravilloso Denver, I'm afraid.

Mariana me cuida como si fuera una enfermera de verdad. Pide en la recepción una infusión y va a la farmacia del pueblo a comprarme algo para asentar el estómago. No le venden ninguna medicina, porque aquí sólo lo hacen si tienes una receta, sino una especie de Aquarius para recuperar las sales perdidas. Sea como fuere, aquello me sienta bien y, al cabo de un rato, puedo escuchar con calma la historia que ella me ha prometido como verdadera.

Mariana no salió huyendo del Gigante tal y como me había contado el día anterior. El perla de Eladio le pidió que le hiciera de mula para entrar droga en Estados Unidos, y ella vio ahí la oportunidad para escapar de él. No se tragó la droga, aprovechando que el Gigante se fiaba de ella y la dejó sola mientras tenía que haberse tragado los paquetes uno a uno como si fueran píldoras. Mariana guardó las bolsitas en el bolso y se metió al baño para esconderlas en su vagina. El resto de la historia era cierto. Huyó a Bogotá en un autobús, donde vendió la coca gracias a un contacto de su hermano. Un kilo de polvo blanco, que hubiera reportado unos 80.000 dólares si se hubiera vendido en USA, aunque a ella tan sólo le pagaron 15.000, y ya era mucho más de lo habitual, pues en Colombia el polvo blanco cuesta muy poco, unos cuatro dólares el gramo. De haberlo tragado y haberse abierto alguno de los paquetes, hubiera muerto por sobredosis. De haber sido descubierta en el aeropuerto, hubiera pasado en la cárcel una buena temporada. Parte de las ganancias las invirtió en un billete de avión a Nueva York y el resto, después de dejarle a su hermano una parte por las molestias, lo guardó para empezar su nueva vida.

–Ahora el Gigante me busca para que le devuelva la plata, me pide 100.000 dólares, los 80.000 más los intereses, y yo no tengo nada de eso. He visto a Eladio matar a gente por deudas de 1000 y menos. Tengo miedo Rafa, no creo que esto se vaya a acabar aquí. Eladio no va a rendirse porque yo haya tirado mi móvil por ahí. Me seguirá buscando hasta encontrarme.

De nuevo me parece vulnerable, como un cervatillo en un coto de caza. De repente, toda la seguridad que demostraba la noche anterior, su forma de seducirme, su manera despreocupada de reír, como si fuéramos unos novios adolescentes en lugar de dos desconocidos huyendo de pistoleros, se vino abajo ante mis ojos. Y entonces empiezo a dejarme llevar por mi propia debilidad, ya de por sí agudizada por la enfermedad y la resaca, hasta sentirme paralizado por el miedo, incapaz de decir ni de hacer nada inteligente.

–Ven aquí pequeña – dije mientras la atraía hacia mí y la abrazaba. Le acaricié el pelo un buen rato, la oreja magullada, el lunar del cuello, mientras notaba que ella temblaba, y que yo temblaba también, no sé si por pésimo estado de salud o porque estaba totalmente acojonado.

¿Dónde está Samuel?

Subo corriendo las escaleras y abro la puerta con ansiedad. El sonido de las llaves girando en la cerradura retumba en el piso como un grito. Entro corriendo sin cerrar la puerta. Voy directa a la habitación de Samuel y veo que no está en su cama. Tampoco su tigre de peluche, Jovi, del que nunca se despega.

—Samuel, Sami, cariño, ¿dónde estás? Samuel, Sami, SAMUEL.

El corazón me late fuerte, noto un intenso dolor en el pecho, las piernas me fallan. Abro con fuerza cada puerta, provocando estruendosos golpes en la pared. Trozos de pintura blanca caen al suelo sin que me importe. Samuel no está. Samuel NO ESTÁ. Dios mío, cómo he podido ser tan irresponsable. ¿Cómo le he dejado solo? No he debido hacer eso. Dios me está castigando por haberlo hecho. Y por tener esos pensamientos horribles respecto a la maternidad. Definitivamente soy la peor madre. Por favor, Dios mío, perdóname, soy una estúpida, No pensaba lo que pensaba, de verdad. Es que estoy mal. Estoy muy mal.

Llaman al timbre. Miro por la mirilla y veo a la vecina, Marisa, la de los cinco gatos, con Samuel en brazos. El corazón sigue a mil por hora. Me limpio las lágrimas con las manos antes de abrir. Menos mal que no me he maquillado los ojos. Sonrío.

—¡Cariño! ¿Dónde estabas mi vida? —mi voz es exageradamente alta—. Te estaba buscando como una loca. Gracias Marisa, oh gracias, de verdad.

Me tiembla todo el cuerpo. Creo que voy a desmayarme con el niño cuando lo recojo de los brazos de Marisa.

—Hola Eva, mira, el nene salió de tu casa y llamó a mi timbre. Veo que tienes la puerta abierta...quizá olvidaste cerrarla...

—Sí, sí, qué susto, me estaba duchando y debió despertarse y...

—Deberías cerrar siempre con llave por dentro Eva, los niños de ahora se las saben todas. Y porque estaba yo, imagínate que no y el niño sale a la calle. Porque ya sabes —dijo Marisa bajando mucho la voz— que el tío raro ése del primero B jamás abre la puerta a nadie. No lo quiero ni pensar maja. Con todo lo que pasa hoy día. Oye, estás muy nerviosa, ¿quieres que te haga una tila o algo?

—No Marisa, de verdad, no te molestes, muchas gracias, tengo algo de prisa, tenemos que salir en media hora —mentí.

-No es molestia ninguna, si quieres te la voy preparando mientras tú terminas de arreglar al niño.

No estoy yo para luchar contra nadie. Así que al final Marisa me hace la tila, en su casa, usando su propia taza, que probablemente los gatos hayan lamido en algún momento. Me la da en la misma puerta, no la invito a entrar. Sé que soy una grosera. Ella me mira con mala cara, incapaz de inventar otra excusa para colarse en mi salón. Tras cerrar la puerta voy directa a tirar la infusión por el fregadero, procurando no hacer ruido, por si ella se da cuenta. Qué chorrada, ¿cómo va a escuchar el ruido de la tila colándose por agujero? A no ser que se haya quedado pegada a mi puerta. Todo puede ser.

-Mami no tá.

Samuel empieza a repetir esa frase sin parar. No llora ni nada. Pero el desconsuelo es patente en sus ojos, en la forma en que se agarra a mi pierna limitando mis movimientos.

Necesito un trago, sólo uno, para dejar de sentirme como la mala madre que soy.

Un océano de por medio

No lo pienso mucho, la verdad. Si lo hubiera hecho, mi decisión hubiera sido otra. Tal vez más sensata.

—¿Y qué te parece si nos vamos a España? Ni Los Ángeles ni hostias. Pongamos un océano de por medio. Pongámoselo difícil al hijo de puta este.

“¿Y qué voy hacer yo allá?” “Está muy lejos”. “No conozco a nadie”. “No tengo permiso de trabajo” “¿Dónde voy a vivir?” “No, no, es una locura”. “No puedo hacerte esto” “Ya tenés bastante con lo tuyo”.

Nada de lo que Mariana dice a continuación puede convencerme de lo contrario. En aquel momento me parece una idea de la hostia. Empezar de cero. Los dos. Ella cambiando completamente de vida y yo teniéndola a ella cerca. Lo que implicaba una completa vuelta de tuerca a mi anodina existencia.

“Hijo, a veces tienes unas ideas que para qué. Es como si no pensaras con la cabeza”.

—No se hable más. Voy a comprar los billetes por internet, saldremos desde Nueva York, el sitio más cercano que se me ocurre con vuelos directos a Madrid y con un precio asequible. A ver... kayak.com... origen, New York, all the airports, destino Madrid Barajas. Esperemos unos segunditos... voilà... ahí lo tenemos. Podemos salir esta misma tarde si queremos.

—No creo que sea una buena idea Rafa, no estás bien como para conducir ahora pues.

—Cierto, no lo estoy, pero te tengo a ti.

—Olvídate, odio a muerte conducir y se me da horrible.

—Pues qué pena, porque si te gustara solo un poquito, lo mismo podíamos estar en unas horas a salvo en un avión, rumbo al resto de nuestra vida...

—O tirados en una cuneta, con el cuello roto o las piernas cortadas. Vos no tenés ni idea del tiempo que hacer que no manejo.

—Mujer, no seas exagerada, estoy seguro de que si vas a la velocidad que marca la ley gringa, es imposible que nos choquemos con alguien y en caso de hacerlo, nos haríamos poco más que un rasguño.

Me acerco a ella por detrás mientras le digo estas cosas, colocando mis brazos rodeando su cintura, dándole un beso en el cuello, y después otro, y después otro. Ese lunar me pone a mil. Le

rozo la oreja sin querer con la cara sin afeitarse y se queja. Sólo un leve ruido, que aún me excita más. Jugamos con nuestras lenguas de nuevo, como si bailaran juntas una bachata.

Cuando vuelvo a intentar comprar los billetes, media hora y un revolcón más tarde, los precios han subido un diez por ciento. Y ni siquiera he conseguido convencerla para que se ponga al volante. Nuestro vuelo saldrá a las 9 de la noche del día siguiente, desde el aeropuerto JFK. Saldremos temprano, con tiempo de sobra, no me gusta ir agobiado cuando tengo que pillar un vuelo.

En ese momento recibo tres mensajes en el móvil. El primero es de mi madre. ‘Hijo, ya sé que estás muy ocupado. Sólo dime cuando vuelves a Madrid. Te he guardado un taper con albóndigas. Un beso’. El segundo es de Eva. ‘Samuel te echa de menos. Si puedes, dame un toque y hablas con él un ratito. Cuídate’. El tercero, de un número desconocido:

“No creas que vais a estar escondiditos por mucho tiempo. Cuida mucho de Eva y Samuel, que el mundo está muy malo. Besos a Mariana”.

¿Qué te está pasando Eva?

Abro la puerta al fin y ahí está ella, plantada con cara seria, mirándome como lo hacía mi madre cuando iba a echarme la bronca por algo. “¿Qué has hecho Eva María? ¿Te parece bonito Eva María? Ahora te vas a enterar tú de lo que vale un peine”. Mi madre siempre me llamaba Eva María cuando estaba enfadada. Alargar mi nombre les confería seguridad y contundencia a sus regañinas. Y eso que el María era inventado, mi nombre era Eva a secas.

–Eva por favor, déjame pasar, no quiero hablar contigo desde aquí.

Elena. 1,75 metros, 55 kilos. Pelo largo, con mechas rubias perfectas, de peluquería cara. Maquillada de forma que no parece maquillada. El no ser guapa no le ha impedido nunca parecerlo. Siempre ha tenido éxito con los chicos, aunque nunca ha tenido una relación muy larga con ninguno. No me gusta reconocer que siempre le tuve un poco de envidia a mi mejor amiga. Esa forma suya de combinar la ropa. Su capacidad para caminar con tacones altos sin quejarse jamás. Su éxito profesional. Sus ganas de hacer miles de cosas. Cualquiera día era bueno para tener un plan interesante. Una exposición, la presentación de un libro, un evento de trabajo, un festival de cine. Yo quería vivir su vida. Le achacaba a mi hijo el no poder llevar una vida así, cuando en realidad ni siquiera antes de conocer a Rafa mi vida se acercaba a la suya. Yo siempre he sido más de reservar los planes para el fin de semana. De lunes a viernes he vivido pendiente del trabajo y de las cosas rutinarias del día a día. Que si la compra, que si la casa, que si la cita con el dentista. Nunca nada excitante. Una vida de esas que dan asco de verdad.

La dejo entrar y me arrastra a la cocina con ella. Allí, las dos de pie, una frente a la otra, me coge las manos, me las sacude, como si quisiera despertarme de un desmayo, y me habla usando un tono duro y firme. Era la primera vez que Elena se ponía así conmigo, ni siquiera lo hizo cuando estuve tan mal al principio de lo de Rafa:

–¿Qué te está pasando Eva? Esto no puede seguir así, no puedes seguir así. Y no porque tengas un hijo. Samuel por supuesto que es importante, mucho, pero eres tú Eva, tú eres importante también, no sólo porque eres madre, y no puedes tirar por la borda tu vida y dejarte arrastrar por toda la mierda que sucede a tu alrededor. Mírame por favor, levanta la cabeza y mírame. Sé que nunca te has dado un gran valor a ti misma y sinceramente, no lo entiendo. Eres una tía lista, atractiva, con estudios, con trabajo, con una casa que es tuya, hipotecada pero tuya, con amigos, con familia, con un niño precioso, vives en una gran ciudad llena de posibilidades...No sé, no soy capaz de ver por qué te infravaloras, por qué lo has hecho toda tu vida, desde que te conozco. “No, qué va, no estoy guapa, qué dices”, “no creo que sea capaz de aprobar el examen”, “no le caigo bien a nadie”, y así siempre, con tu retahíla de negaciones. Eso sí, sólo me lo decías a mí. Delante del resto del mundo actuabas de otra manera bien distinta. Me hacías sentirme estafada Eva, sí, no me mires así. Engañada por la forma en la que no mostrabas tu verdadero yo a los demás. He llegado a pensar que en realidad actuabas delante de mí, y que tú eras como parecías

ser ante el resto de la humanidad. Luego me di cuenta de que no. Estoy enfadada Eva, no porque sólo me hicieras partícipe a mí de tu baja autoestima, sino por el hecho de que no te hayas dejado ayudar nunca. Porque has preferido dejarte llevar por el fango antes que agarrarte a una balsa y salir de él. Y lo peor es que ahora creo que te has alejado demasiado de la balsa y va a ser mucho más difícil salir a flote.

Mientras habla, la cabeza me da vueltas. Unos pinchazos me martirizan las sienes. Mis manos y mi cara están mojadas. La miro, al fin, temerosa de su rostro, con miedo a ver en sus ojos su cansancio, algún indicio de que esta es mi última oportunidad, no sólo para salir del bache, sino para seguir conservando su amistad.

—Elena, lo siento, lo siento mucho.

La abrazo. Nos abrazamos, no recuerdo bien quién empieza primero. Lloro sin apenas ruido. Creo que ella llora también. Al separarnos su maquillaje permanece intacto.

Me dice entonces que lleva días llamándome y escribiéndome mensajes que no reciben respuesta. Y para colmo yo le había enviado algunos audios en medio de la madrugada, borracha, diciendo cosas incomprensibles, a excepción de los insultos a Rafa. Soy consciente de sus llamadas y de que me ha escrito mensajes, aunque no los he leído. Cuando paso por uno de esos momentos malos, no quiero estar para nadie, ella lo sabe. No recuerdo nada de los audios. Me asusta pensar a quién más puedo haberle llegado uno de esos.

—No lo pienses ahora Eva. Lo mejor que puedes hacer es darte un baño caliente, seguido de una ducha fría para despejar cuerpo y mente. Luego te arreglas y nos vamos a comer algo a una terracita. ¿Y si dejamos a Samuel con tu madre o la de Rafa unas horas? Te vendrá bien no tener que estar pendiente de él. Yo la llamo, no te preocupes.

Hago todo lo que me sugiere. Mientras yo estoy en el baño, Elena se ocupa de preparar a Samuel y de quedar con su abuela. Cuando termino de secarme el pelo, que dicho sea de paso me queda de pena, con un puñado de pelos cortos hacia arriba, electrificados, suena el timbre. “Ay hija, qué alegría que me has dado. Vosotras iros tranquilas que yo me quedo con mi nene, ¿verdad que sí precioso? Vamos a ir al parque luego, a jugar con la arena, ¿verdad que sí mi vida?, muachhh, ay qué cosa más bonita”. Mi madre estaba en la peluquería, así que viene mi suegra, quien siempre parece estar esperando una llamada nuestra para venir al rescate.

Salimos de casa, montamos en el coche de Elena. Un BMW serie 1 color azul que me encanta. Perfectamente limpio por fuera y por dentro. Ni un papel tirado por ahí. Nada fuera de su sitio. Ninguna mancha sobre la tapicería después de tres años desde que lo estrenó. Otra cosa más que envidia de ella. “Conozco un sitio nuevo en el centro que te va a encantar, de esos pijos que te gustan a ti”. Esos sitios pijos que me gustan a mí a los que voy únicamente porque ella me lleva.

No pido vino ni cerveza esta vez. Nada de alcohol. Al menos hasta la noche. Necesito estar sobria para hablar con Elena, y más después de la bronca de antes. Espero, como otras muchas veces, que ella tenga un plan para mí. Algo estructurado con acciones concretas y con fechas clave donde llevarlas a cabo. Al igual que tantas veces, la conversación se va por otros derroteros. Como si después de la intensidad de las palabras iniciales, se hubiera quedado sin fuerzas para retomar el tema. Es más fácil hacer como si el hecho de compartir una comida en un día de diario,

en un local exquisito y moderno del barrio de Alonso Martínez, fuera ya suficiente. ¿Para qué estropearlo todo hablando de nuevo de cosas negativas, de cosas que era mejor olvidar un rato? Es más divertido disfrutar de la vida. Esa es la máxima de Elena. Disfrutar de la vida por jodida que sea. Mientras ella me habla de su próximo viaje de trabajo a Londres, yo me pregunto si alguna vez la he visto triste o preocupada por algo, por algo que no esté relacionado conmigo.

Entonces llama Rafa. Y lo que me dice hace que tengamos que cambiar de tema irremediamente.

–Eva, escúchame atentamente. Te he enviado un correo electrónico a la cuenta antigua. Revísalo por favor. Tienes que hacer lo que te pido. Es muy importante. Te lo cuento todo en el mail.

–Rafa, ¿qué pasa? ¿por qué tanto misterio? ¿no me puedes contar nada ahora? No voy a poder mirar eso hasta dentro de bastante rato.

–Confía en mi Eva, sé que te cuesta confiar en mí, pero por favor, tienes que hacerlo. Es muy importante. Lleva mucho cuidado. Y tienes que mirar ese correo cuanto antes. Haz todo lo posible. ¿Estás con Samuel?

–No, está con tu madre.

–Por favor Eva, hazme caso. Mira ese correo. Deja lo que estés haciendo y míralo.

El postre se quedó a medias. Elena conoce al dueño del restaurante, así que no tiene ni que esperar la cuenta. “Te llamo luego y te doy el número de tarjeta, ok?”

Rafa me ha comprado un billete de AVE a Barcelona para esta noche y me ha reservado un apartamento cerca de La Barceloneta. Me pide que vaya allí con Samuel. En breve se reunirá conmigo y me contará todo. No dice mucho más, aparte de que no es conveniente que hablemos de eso por teléfono y de que es muy importante que siga sus instrucciones al pie de la letra. “Haz la maleta como para unas vacaciones largas”.

–Eva, parece algo serio. No tengo ni idea de lo que puede estar pasando, pero me da que tienes que hacer lo que te pide.

Me sirvo un poco de vino en un vaso para calmar los nervios. A la vez hago la maleta a toda prisa. No puedo pensar con claridad. No soy capaz de imaginar qué puede estar sucediendo. Por un momento se me pasa una locura por la cabeza ¿Y si Rafa quiere empezar de cero en una nueva ciudad, los tres juntos?

–No creo que se trate de eso Eva. Parece que intenta protegerte de algo.

–¿A qué te refieres? ¿Crees que estamos en peligro? No tendrá que ver con el atraco ese del otro día, ¿verdad? En la tele escuché que todo se había solucionado. ¿Y si algún conocido de los atracadores le ha secuestrado? ¿Y si le han amenazado por algo que hizo entonces? Leí que habían detenido a una persona del restaurante, el que disparó y mató a los asaltantes. ¿Y si piensan que él le ayudó a cargárselos? ¿Y si alguien le vio ayudarle desde fuera?

—Eva, tranquila, cálmate, es absurdo pensar todo eso. No sabemos nada, sólo que lo mejor para ti y para Samuel es que cojas ese AVE. Puedo ir con vosotros si quieres, acompañarte hasta allí y quedarme hasta que llegue Rafa. ¿Hacemos eso?

Al principio estoy tentada a decirle que sí. Luego cambio de idea. Algo me dice que a Rafa no le va a parecer bien que lleve a Elena. Así que rechazo su ofrecimiento de la forma más educada que puedo. Le pido, para compensar, que nos lleve a Atocha a coger el tren.

Es lo mejor para los dos

“Siento mucho hacerte esto Rafa. Believe me, es lo mejor para los dos. Te estoy muy agradecida por tu apoyo, ha significado mucho para mí. Apenas me conocés y mira todo lo que has hecho por mí. Nunca te voy a olvidar. Perdóname. Mariana”

Llevo dándole vueltas en la cabeza sin parar desde que salimos de Nueva York. Lo de dejarle y pirarme sin más, sin siquiera dejar una nota. Es duro porque en realidad Rafa me gusta, es un buen tipo, y sé que podríamos tener una bonita historia juntos. Empezar una nueva vida en España suena espectacular. Pero no me siento capaz de seguir adelante, de ir más lejos con todo esto. No con el Gigante persiguiéndome, y mucho menos desde que ha amenazado al hijito de Rafa y a su exmujer. Sería muy egoísta por mi parte. Y ya está bien de comportarme como una malnacida con este muchacho. Parece increíble que haya gente tan buena por el mundo. Y gente tan pendeja a la vez. Dudaba de que estuviera siendo sincero, sin embargo, con lo de los billetes a España recién me he convencido. ¿Quién iba a hacer una cosa así por alguien como yo si no fuera porque es una persona bella? Porque ya nos habíamos acostado, y en el caso de que aún no lo hubiéramos hecho, no creo que un tío llegara tan lejos por un revolcón. Un tío con mucha plata sí, pero no Rafa, no parece precisamente que se bañe en dólares.

Al final no he podido evitar escribirle algo. Me sentía sucia y mala persona por no hacerlo. Al menos que le quedara eso de mí. Las gracias y las disculpas. No creo que le sirvan de mucho al principio, aunque con el tiempo aprenderá a apreciarlas. No pensará en mí como una gran hija de puta que le dejó tirado en medio de un pueblo americano de mala muerte, enfermo y con un matón pisándole los talones. Pensará que soy sólo una cabrona que le dejó tirado, enfermo como estaba, en medio de un pueblo americano de mierda, con un pedazo de animal persiguiéndole. La diferencia no es muy grande, tan solo un matiz. A mí me vale. Mi conciencia se queda un poco más tranquila.

That is all I can offer

Llego al aeropuerto con el tiempo en el culo. El día no ha sido fácil. Tardé bastante en darme cuenta de que Mariana se había largado en el coche que supuestamente me iba a llevar de vuelta a Nueva York. Y otro tanto maldiciendo y preguntándome qué cojones había pasado. Ella decía que se iba porque era “lo mejor para los dos”, sin siquiera haberme preguntado mi opinión. Mi madre hubiera estado de acuerdo con ella. Lo mejor para los dos. “Hijo mío, ¿es que no ves que esa chica no te conviene? Lo mejor es que cada uno siga su camino”. Tal vez sea la decisión más sensata. Alejarme de una chica que no ha parado de traerme problemas desde que la conocí. Problemas de los gordos. No chorradas del tipo “tengo novio” o “¿qué pasa si nos enamoramos?” y tal. Más bien de la clase de “le he hecho una putada a un mafioso y me persigue para freírme a tiros”.

Desde un punto de vista racional, sí, de acuerdo, quizá sea lo mejor. Sólo hay un ligero inconveniente. Desde que me crucé con esa muchacha en la Quinta Avenida, no he podido quitármela de la cabeza ni un segundo. Y no hablo de flechazos ni esas gilipolleces. Hablo de obsesión pura y dura. Como si de algún modo estuviera destinado a encontrarme con ella por alguna razón importante que aún no he sido capaz de descifrar. Algo que va a ser crucial para mi vida, para la de ella o, quién sabe si esto es la mayor estupidez que he dicho hasta ahora, para el resto de la humanidad.

Tuve que comprar un coche viejo en Denver, de quinta mano como poco, al dueño del hotel donde pasamos la noche. Fue la única forma de salir de allí y llegar a tiempo a coger el vuelo, ahora con destino a Barcelona. “But, I can’t buy a car, I should travel to Spain tonight, I am not living in US, come on, man, rent it to me and that’s it (Pero, no puedo comprar un coche, debería viajar a España esta noche, no vivo en USA, vamos, hombre, alquílemelo y ya está)”. El señor Morgan mantenía el cuello muy erguido, como si llevara uno de esos corsés antiguos que jodieron la infancia de muchos niños en los 70-80. Sólo movía los labios al hablar, apenas vocalizando, manteniendo un tono de voz plano, casi robótico. Me dieron ganas de darle un hostión y derrumbarle del taburete donde se sentaba tras el mostrador de la recepción. Un lugar tan aburrido y falto de expectativas como el mismo señor Morgan. Me faltó el canto de un duro. Me contuve porque apareció la señora Morgan, medio calva, con unos pocos mechones blancos cayéndole en ráfagas por la cara llena de manchas, gafas enormes de montura gruesa, delantal manchado de sangre de animal. “I know sir but that is all I can offer (Lo sé señor, pero esto es todo lo que puedo ofrecerle)”.

Pensé que en cualquier momento tendría a un poli detrás de mí con la sirena a todo trapo, multándome por exceso de velocidad. Quien sabe si sacándome del coche y esposándome por desobediencia a la autoridad, tras haber sido incapaz de callarme la bordería que se me estuviera pasando por la cabeza. Puede que incluso pasando la noche en un calabozo americano. Aún así, rebasé el límite de velocidad en algún tramo, movido por la ansiedad que me dominaba, la cual

iba creciendo conforme repasaba todo lo que había vivido aquellos días. Me daba cuenta de que me había metido en un lío de tres pares. Era muy probable que perdiera el trabajo, mi cuenta estaba tiritando después de los últimos cargos de mi tarjeta, un loco había amenazado a mi familia y nadie podía asegurarme que la fuga de Mariana implicara que ya no había peligro y que estábamos a salvo. Ella seguía estando en peligro y yo seguía sintiendo la necesidad de ayudarla, como si alguien me hubiera encomendado esa misión desde el más allá. Cómo iba a conseguir dar con ella era algo que me inquietaba. No tenía ni puta idea de por dónde empezar.

El cascajo que compré al señor Morgan por 1500 dólares se quedó estacionado en el parking del aeropuerto. Tal vez volviera pronto y pudiera revenderlo por ahí, a algún tontolculo como yo. Mejor no pensar más en ello. Salí corriendo con la maleta a cuestas. Aún me dolía el estómago y me notaba débil tras la gastroenteritis. Decidí dejar de correr para reservar fuerzas. Aceleré el paso hasta llegar a la larga fila del control de seguridad. ¿Por qué siempre que vas con el tiempo justo las colas parecen mucho más largas de lo normal? Y más lentas. Familias con niños pequeños con decenas de cajas de plástico sobre la cinta. Señoras mayores que olvidan sacar los líquidos de la maleta. Jóvenes veinteañeras con tacones infinitos y joyas que no se quieren quitar, provocando el inmisericorde sonido del arco detector de metales. Mensaje entrante de Eva. “Ya estamos en el apartamento. ¿Cuándo llegas? Buen viaje”.

Un alivio inmediato me recorre el cuerpo empezando desde la tripa. Un peso menos que llevar a cuestas, a pesar de no saber con certeza que ahora estén más seguros. Como no tengo ni idea de cómo y por qué el cabrón ese puede saber de su existencia, tampoco puedo saber si saben dónde viven o si les estaban siguiendo. Me da por creer que es un farol y que aquel pedazo de mierda sólo sabe sus nombres, puede que porque nos hubiera estado siguiendo a Mariana y a mí y nada más. Claro que para saber sus nombres tiene que haber estado bastante cerca de nosotros, escuchando nuestras conversaciones. De nuevo sentí un escalofrío por la espalda, un latigazo de pánico peor que el de una hernia.

Could we have some more champagne?

Ya estoy, por fin, dentro del avión. Nada puede pasarme.

–Mr. Rafael Fuentes Navarro, please identify yourself to a crew member. (Señor Rafael Fuentes Navarro, por favor identifíquese a un miembro de la tripulación).

Hostia tú. Me han pillado. Sabía que lo del coche iba a traer cola. O me empapelan por algo relacionado con el coche de alquiler o por haber dejado un coche abandonado en el aeropuerto. No creo que me llamen para que vuelva al sitio que he intercambiado con la parejita de luna de miel, hay que joderse que les hayan puesto separados...Porque no puede ser que el tipo ése me haya encontrado y que vaya a pegarme un tiro aquí delante de toda esta gente, ¿O sí?

Me levanté despacio, con la cara lívida, a punto de empezar a ventilar. Tropecé con el asa de una mochila que asomaba por el pasillo. Solté un taco en español. El dueño de la mochila, un gordo que ocupaba dos sitios y que mascaba chicle con la boca abierta, ni me miró. Al menos conseguí no caerme y avanzar hasta la zona de separación entre la clase business y la clase turista, la de los guays y la de los pobres mortales como yo. Me paré delante de una azafata muy rubia y sonriente, pecosa, labios de un rosa fuerte y brillante que daban ganas de comerse, pelo recogido en una coleta excesivamente tirante, como de estrella de ballet clásico: “Hello, I am Mr Rafael Fuentes”. “All right, thank you sir, there is someone looking for you, please follow me (Hola, soy Rafael Fuentes. De acuerdo, gracias señor, hay alguien que le está buscando, por favor sígame)”. Y traspasamos los escasos centímetros de tela que hacían de frontera entre dos mundos tan distintos. Nunca he sabido si el hecho de separar ambos espacios se hace para evitar que los de atrás se sientan de menos o para que los de delante no tengan que aguantar la triste imagen de todas esas personas apretujadas unas con otras, durante horas y horas, sin apenas poder moverse, rozándose, oliendo a perfumes camuflando el sudor, a alcohol y a otros fluidos corporales.

Me encanta la paz que se respira en primera clase. Esos asientos amplios y totalmente reclinables, gente bebiendo champán, con su antifaz y su manta, auriculares puestos, zapatos quitados, que parecen tener sueños plácidos y tranquilos. Una vez tuve la suerte de conseguir un *upgrade* gracias al *overbooking* y me sentí el puto amo. “Siempre has sido muy señorito hijo mío”.

–Mr. Barroso, here Mr. Fuentes. May I help you with anything else? (Sr. Barroso, aquí el señor Fuentes. ¿Puedo ayudarle con algo más?)

–Thanks you so much. Yes, please, could we have some more champagne? (Muchas gracias. Sí,

por favor, ¿podría traernos más champán?)

–Absolutely (Por supuesto).

El señor Barroso, entre 40 y 50 años bien llevados, podía presumir de tener bastante pelo, buen corte de estilo clásico. Canas también en la perilla, alguna en las cejas recién depiladas. Tiene los ojos grandes, de un verde oscuro. Ojeras pronunciadas, nariz destacada por su simetría en el centro de una cara con la piel bien conservada. Diría que se inyecta bótox o algo de eso. La frente es lisa, sin ningún rastro de expresión. Orejas un poco de soplillo. Supongo que esto no le acompleja en exceso, dada la facilidad de arreglar ese problema hoy en día mediante una sencilla operación. Viste un traje azul oscuro de los buenos, eso seguro, no sabría distinguir la marca. Camisa blanca de gemelos, corbata burdeos a rayas. ¿Los gemelos eran de Star Wars? Desde luego no tiene pinta de ser un mafioso colombiano ni un policía. Respira muy fuerte, como si tuviera asma o alergia. Me mantiene la mirada por unos segundos, antes de sonreír levemente, carraspear y empezar a hablar.

–Encantado Rafael –dice sin levantarse de su sitio, alargándome su mano derecha, en la que lleva dos anillos de oro–. Soy Manuel Barroso García, padre de Catalina, aunque todo el mundo la llama Cata. Creo que tú la conoces más como Mariana. Por favor, toma asiento a mi lado, me gustaría hablar contigo. No te preocupes que no va a venir nadie, he comprado los dos pasajes.

La historia

Catalina Barroso. 20 años recién cumplidos. Hija única. Nacida en Estados Unidos de madre colombiana y padre español. La madre, Violeta Herrera Rodríguez, es profesora de comunicación oral en la Universidad de Los Ángeles. El padre, Manuel Barroso García es alto directivo de una multinacional americana dedicada, entre otras muchas cosas, a la automatización industrial. Catalina amaba el cine y de pequeña quería ser actriz, aunque al final decidió estudiar algo con más futuro y empezó el Grado de Cine, Televisión y Medios Digitales en la UCLA, con la intención de especializarse después en Escritura de Guiones y Dirección de Cine. Catalina siempre había sido muy inquieta. Desde pequeña se convirtió en firme defensora de diversas causas. Los derechos de los animales, los de los árboles, los de los niños, los de las minorías étnicas, los de las mujeres, los de los sintecho.

Nos traen las copas. No está mal para ser un champán servido en un avión. Claro que qué sabré yo, que no tengo ni puñetera idea de champán. Quiero beberlo de un trago y pedir más, pero me contengo. Noto que los nervios siguen ahí, sólo han cambiado de forma. Ya no tengo miedo a que me detengan o me maten. Ahora me acojona pensar que me la han colado a base de bien y no me había enterado. Definitivamente soy un pringado total, estilo Greg, el de los libros para niños. A saber cuál será la razón por la que Mariana, o sea Cata, me ha metido una bola tan grande. Me muero de ganas por conocer toda la historia. El señor Barroso me intimida, o tal vez lo haga su dinero y no él en concreto. No sabría decirte.

—Conoció a Sean en primero de carrera. Él es incluso más radical que ella, un chaval inteligente y de apariencia amable — siguió Don Manuel un aspecto contenido, como si estuviera siempre a punto de estallar. Mi hija se limitaba a hacer mucho ruido, a soltar a bocajarro discursos concienzudos contra las injusticias del mundo que incluían explícitas críticas al sistema y por ende, a sus padres, que éramos culpables de todo lo que ocurría ahí fuera. Sólo por formar parte de esa clase media americana. No importaba que ninguno de los dos fuera realmente americano.

Al principio estas charlas las daba en casa, a la hora de la cena, o del desayuno, los fines de semana. Nos ha gustado respetar ciertas horas para estar en familia, ¿sabes? Ella nos lanzaba sus pullas a la menor ocasión. Que si eso que dices es machista, que si eso que haces se va a cargar el planeta, que si aquello que lees es basura imperialista. Cuando conoció a Sean comenzó a gritar sus peroratas de forma más, digamos, profesional. Lo hacía en la Universidad y en algunos antros que prestaban sus instalaciones para este tipo de causas perdidas. Se unió a un montón de organizaciones que luchaban por cambiar el mundo. Sean y ella se hicieron inseparables, teníamos al chaval hasta en la sopa. Empecé a creer que era él quien vivía en mi casa y yo sólo era un invitado que pasaba por ahí ciertas horas del día. Fue él quien la convenció para abrir ese blog. Sólo en inglés de primeras y después también en español. Allí escribían los dos sobre todo tipo de temas relacionados básicamente con los derechos humanos. Consiguieron miles de seguidores, pero se negaron a meter publicidad porque para ellos eso iba en contra de sus principios. ¿Cómo

iban a intentar sacar beneficios de algo que hacían precisamente para apoyar a los más desfavorecidos? Con el tiempo se dieron cuenta de que podían donar esos ingresos a ONGs. Y eso fue lo que hicieron.

Un azafato repeinado, ojos azules, barbita perfecta, con un aire a Hugh Jackman, viene a ofrecernos más bebida. Ni siquiera me siento importante esta vez, como si ya lo fuera desde hace mucho tiempo. Lo mejor de viajar en *business* es que te crees alguien importante, con todo un ejército de personas dispuesto a complacer tus más absurdos deseos. Acepto la copa sin titubeos y ruego para que el señor Jackman vuelva a venir en breve con más provisiones. Noto la garganta muy seca, las palabras se me atascan y es imposible que diga nada en este momento. Por favor señor Barroso, pienso para mí, siga usted hablando, no me haga preguntas.

–Un día Cata estaba buscando información para un post sobre la trata de mujeres y acabó en un medio colombiano, leyendo un artículo donde se denunciaba el alto número de adolescentes que eran esclavizadas y prostituidas en el país a manos de organizaciones mafiosas. “Vírgenes a la venta en Colombia en ‘el burdel más grande del mundo’”, algo así se titulaba. El Gobierno colombiano negó aquellos hechos, por supuesto, los consideraba fuera de la realidad y muy insultantes para su país. Creo que esto fue lo que hizo a Cata seguir investigando para conocer más del tema. Se obsesionó, se quedó impactada de las historias que leyó. Supongo que le afectó mucho el que eso estuviera ocurriendo en el país de su madre, que consideraba igualmente suyo. A mi mujer aún le queda bastante familia allí y viajamos con cierta frecuencia. Ella tiene en alta estima a Colombia y habla con orgullo de todo lo que tenga que ver con el país. No soportaba la amarga y cruda realidad del país.

Don Manuel no me mira a los ojos. Dice que tiene una hernia cervical que le impide mantener el cuello girado durante mucho tiempo. Acordamos que miraremos los dos al frente. “¿No te importa, ¿verdad? Siento si parezco grosero”. A mí me viene hasta bien. Mirarle a los ojos me da yuyu. “Para nada Don Manuel, faltaría más, la salud es lo primero”.

–Desgraciadamente para mí, no le pasa lo mismo con España, no siente tanta cercanía con mi país, entiendo que es porque yo he estado bastante ausente, debido a mi trabajo, y no le he hablado tanto de aquello, ni le he preparado platos españoles, soy negado para la cocina, ni tengo allí muchos allegados. Mis padres han muerto, no tengo hermanos. Tan sólo unos primos lejanos que he visto dos veces en toda mi vida. Mis únicos tíos carnales emigraron a Alemania. Sólo los he visto en fotos y el día que enterré a mis padres, apenas un rato en el funeral. Creo que tuvieron dos hijas, ¿o eran hijo e hija? No lo recuerdo. Así que no vamos mucho por España. Que conste que a mí me encanta, ¿eh? No es que sea uno de esos que reniegan de sus raíces.

Nací en Madrid, mis padres se conocieron allí, en el metro, donde llegaron a trabajar desde Extremadura y Murcia. Mi madre cocinaba de lujo. Pocos saben que la cocina murciana es la mejor del mundo. Los murcianos lo mantienen en secreto, como si sus recetas fueran el Santo Grial. ¿Has probado alguna vez el cocido murciano?

–No, sólo el madrileño, no será muy diferente, ¿no?

–Chaval, hay un antes y un después de que pruebes el cocido murciano, créeme. ¿Eres de Madrid?

–Sí, allí nació. Y no tengo parientes murcianos, para mi desgracia- intenté uno de mis comentarios graciosos, sin ninguna esperanza de despertar sus simpatías.

–Exacto muchacho, es una desgracia de grandes dimensiones. Si algún día pruebas el cocido lo entenderás –y se rio con fuerza, como sintiendo lástima de mí, pobre mortal, por tener una vida culinaria tan corta de miras.

–Como te decía, Rafa, ¿puedo llamarte Rafa?, mi hija se volvió loca con esa historia. Y nos volvió locos a nosotros. Hablaba de ello a todas horas, incluso me llamaba por teléfono cuando estaba en medio de una reunión importante suplicando que la escuchara, que había descubierto esto y lo otro.

Nos pidió que la pusiéramos en contacto con colombianos que vivían en Los Ángeles para entrevistarles acerca de este tema. Quería tener opiniones de todos lados, datos, historias reales, fotos, vídeos. Escribió muchos posts acerca de esto. Recibió cientos de comentarios, quizá miles, también emails. La llamaron para dar charlas, le hicieron entrevistas en algunos medios, entre ellos La Opinión, el más importante de habla hispana de Los Ángeles. Puedes buscarlo luego en Google si te apetece. En fin, que lo que empezó siendo una historia más de las muchas a las que ella prestaba atención, se convirtió en LA HISTORIA con mayúsculas.

Un día se levantó diciendo que había decidido escribir un libro y también quería filmar un documental. Sean iba ayudarla con esto último. Para eso tenían que ir a Colombia sí o sí y me pedía prestado el dinero. “Papá hazlo por esas chicas, piensa que una de ellas podría ser yo”. No era el dinero lo que a mí me preocupaba como podrías imaginar. Una cosa era escribir sobre temas escabrosos en un blog, a miles de kilómetros de donde sucedían los hechos, dar unas cuantas charlas, salir en un medio en internet... Otra muy diferente era viajar al sitio donde todo eso ocurría, y por supuesto, no conformarte con quedarte a salvo en las zonas más seguras. Mi hija quería adentrarse en lo peor de todo, en los sitios más arriesgados, con gente de esa calaña para los que la vida de los demás sólo vale lo que estén dispuestos a pagarles por acabar con ella. Muchas veces sólo unos pocos pesos.

Creí que era una chiquillada más

Rotundamente no –le dije– no vas a ir a Colombia y punto. Después aprendí que las negativas rotundas tienen el efecto contrario al perseguido cuando se trata de padres estrictos e hijas tozudas dispuestas a cualquier cosa para salirse con la suya. Cata apañó algunas entrevistas desde aquí a través de Internet. Por entonces ya se habían puesto en contacto con ella muchas de esas chicas, niñas en realidad, que estaban atrapadas en ese submundo. Empezó a tener correspondencia regular con algunas de ellas y en un momento dado les propuso lo del reportaje. Saldrían de espaldas, con la voz distorsionada, y por supuesto todos los datos personales serían ficticios. Nombre, edad, lugar de nacimiento, todo aquello que pudiera desvelar su identidad sería camuflado. Varias de ellas le dijeron que sí, aunque después algunas se echaron atrás muertas de miedo, normal por otra parte.

Una de esas chicas, de las que mantuvieron el sí, era Mariana. Por lo visto Cata y ella tenían una relación especial. Habían congeniado bastante bien. Mariana era una superviviente. Le habían ocurrido todo tipo de desgracias. Padres muertos en accidente, abusos sexuales por parte de su abuelo, abuela en la cárcel por cargarse al marido, hermano asesinado en atentado, vida en un orfanato y caída en las redes de la prostitución y de los narcos. Una historia de película, impresionante.

–Un momento, ¿La abuela se cargó al abuelo? Eso no fue lo que me contó Mariana, o sea, Cata. Tampoco que el abuelo abusó de ella... no entiendo por qué tanta mentira... me quedo loco, buah, es muy heavy todo.

–Sí es cierto, al menos eso fue lo que yo mismo leí en los mensajes de Mariana. Cata me dejó verlos. Creyó que saberlo todo de primera mano me ablandaría para permitirle viajar a Colombia. A mí me pareció todo muy exagerado, creí que esta niña le estaba contando una milonga a mi hija con algún fin. Para que la ayudara a salir del país o algo por el estilo. “Cata, ten cuidado. Eres demasiado buena con toda esta gente y pueden querer aprovecharse de ti”. Se puso hecha una fiera. Siempre es muy vehemente e irascible cuando le tocaban la fibra sensible. En aquel momento estaba desatada. Tanto ella como Sean se habían vuelto insoportables. Cualquier cosa que dijeras podía ser utilizada en tu contra. Opté por callarme la mayoría del tiempo. Me mantuve al margen. Una mala decisión. En ese tiempo Cata fue un paso más allá. Se puso en contacto con el chulo de Mariana. Ella le dio su teléfono. Y no se le ocurrió otra cosa que amenazarle. Si no dejaba en paz a las chicas que tenía en el burdel, si no las liberaba, que se atuviera a las consecuencias. Pensaba hablar de él en su libro y en su reportaje, esta vez sí, con datos verdaderos. Quizá en su país no le detuvieran. En USA, sin embargo, y en el mundo entero, iban a conocerle con pelos y señales. La gente iba a machacarle en las redes sociales. Por todo el planeta iba a haber una campaña en su contra que al final acabaría por hundirle. Evidentemente el tipo éste, el tal Eladio, Gigante para los amigos, se rio en su cara. Le debió parecer hasta tierno que una jovencita americana le amenazara con tanta candidez. Así que Cata, que tiene un par de

cojones bien puestos, cambió de táctica. Planificó con cuidado un plan de fuga para Mariana. Se arriesgó mucho, en cualquier momento Mariana podía haber sido descubierta y acribillada a balazos o estrangulada o cosida a navajazos sin piedad. Cata es muy lista. Consiguió a una policía federal como aliada, la cual también era amante de las causas sociales y bloguera. Ella la ayudó a diseñar una estrategia. Mariana tenía que conseguir que Eladio sintiera aún más cuelgue por ella. Era su favorita desde que la conoció. No podía sospechar ni un ápice sobre su amistad con Cata. De hecho, tenía que hacerle ver que esa gringa era una loca que iba por su cuenta y que ella era la mar de feliz allí, sin ninguna intención de marcharse, jamás. El plan les llevó varios meses. Sean, Cata, la poli y toda la red de contactos creada alrededor de esta temática, los cuales intervinieron de alguna u otra manera. Se hizo un *crowdfunding*, con título falso, para recaudar dinero para traer a Mariana desde Colombia. Se consiguió un abogado, que les asesoró en la manera de conseguir asilo político en USA. Se creó todo un movimiento para salvar a Mariana, para sacarla de ese ambiente miserable y conseguirle una vida mejor en el país del *American Dream*.

–Me deja a cuadros Don Manuel. No es que no vea a Mari... a Cata, capaz de hacer todo eso, es sólo que...no sé, buf, me parece A-L-U-C-I-N-A-N-T-E. Todo lo que hizo, flipo, de verdad.

–Pues espera a saber el siguiente capítulo.

Hace un par de meses Cata aterrizaba en el aeropuerto de JFK. Mi hija se fue de casa un par de días antes, dejando una nota encima de la mesa de la cocina:

“Sorry daddy, sorry mummy. I had to do this. Hope you’ll eventually understand. I’ll be fine. I’ll keep in touch. Os quiero”.

(Lo siento papi, lo siento mami. Tenía que hacer esto. Lo comprenderéis algún día, espero. Voy a estar bien, ya os daré noticias. Os quiero)

–Le va mucho lo de las notitas –dije yo con despecho.

– Sí, de toda la vida, es un poco peliculera.

–Así que al final lo consiguió –continuó el señor Barroso–. No de la forma que ella hubiera querido, al parecer. Mariana tuvo que robar algo de dinero a su carcelero para poder huir, mejor dicho, algo de droga que luego vendió para disponer de *cash*. El *crowdfunding* sólo dio para comprar el billete desde Medellín a Nueva York y el de Cata desde L.A. Sean no viajó con ella. No sé muy bien qué pasó entre los dos. Lo habían dejado por un tiempo. Puede que a ella se le fuera un poco la cabeza con todo esto y que él no estuviera de acuerdo. No tengo ni idea. El caso es que mi hija se fugó de casa sin decirnos a dónde iba y sin que nosotros fuéramos conscientes de todo el asunto de Mariana.

Un día Sean vino a casa, cuando Cata llevaba quince días en Nueva York, y nos contó la parte de la historia que no sabíamos. Mi mujer se puso de los nervios. Me echó la culpa de todo. “Qué te costaba haberle dado el dinero para ir a Colombia, eh, dime, qué mierda te costaba”. “Pues lo mismo la muerte de nuestra hija”, le contesté, a gritos.

Ella por supuesto no me respondió, cosa bastante habitual en mi esposa cuando discutimos, e hizo lo que suele hacer. Subir las escaleras hacia el dormitorio, golpeando cada escalón con un

fuerza capaz de romperle los tobillos.

Yo intenté contactar con nuestra hija montones de veces. El móvil siempre apagado o fuera de cobertura. Cuando se marchó pensé que volvería pronto, que era una chiquillada. Aunque mi Cata nunca ha sido muy de hacer chiquilladas, la verdad (ahí bajó un poco la mirada y el tono de voz, como si hablara para sí mismo). Creí que Sean estaba con ella. Me sentía tranquilo pensando que estaban juntos, a pesar de que el chaval nunca había sido santo de mi devoción. Cuando le llamaba a él tampoco me lo cogía, hasta el día que decidió venir a vernos. Ahora la cosa era muy diferente. La historia tomaba un color distinto. Cata estaba en verdadero peligro, al igual que esa niña, Mariana, sólo un par de años más joven que mi hija.

Cata creyó que sería buena idea cambiarse el nombre e inventarse una nueva vida allí en Nueva York. Así sería más difícil que la localizaran, tanto los colombianos como nosotros. Compró un nuevo móvil, dijo que se llamaba Mariana. Que ya le vale, podía haber elegido otro nombre. “Precisamente por eso lo hice, pensé que a nadie se le ocurriría que iba a elegir ese nombre”.

Flipaba en colores. Me había creído toda la historia sin cuestionarme ni una coma. Qué iluso me sentía, menudo gilipollas. Me preguntaba cuántas mentiras más me había contado esa chica y si lo que había pasado entre nosotros había formado parte de la farsa. Cuanto más lo pensaba, menos me creía que nuestra historia, nuestra pequeña historia, nuestra corta historia de algo que podría ser ¿amor? o yo que sé, fuese mentira. Deseé con toda mi alma saber toda la verdad.

Barcelona

Siempre me ha gustado Barcelona. Recuerdo la primera vez que vine por aquí, con el colegio, en el viaje de fin de curso, en sexto de primaria. Fue un viaje muy especial. Nunca antes había dormido fuera de casa, a excepción de cuando me quedaba con los abuelos, alguna vez que mis padres salían a cenar.

Una de las noches íbamos a ir a una discoteca. Pensando en ello mi madre me había comprado un vestido muy bonito, de flores azules y amarillas, un poco por encima de la rodilla, de esos vaporosos y ligeros, mangas largas transparentes, con un cinturón grueso color marino que estilizaba la silueta. Unas sandalias con un poco de tacón y, por si refrescaba, una cazadora vaquera de Levi's falsa, cuya autenticidad mi madre juraba. Nada de maquillaje, eso sí, por más que lloré y pataleé para conseguirlo. Menos mal que no todas las madres son como la mía. Algunas de mis amigas llevaban un arsenal de pinturas, unas compradas para la ocasión, otras birladas de neceseres olvidados por sus madres en algún rincón. Lo bien que lo pasamos en la habitación maquillándonos unas a otras, como cuando jugábamos a pintar a las muñecas tan sólo dos años atrás.

Ese viaje era mucho más de lo que parecía. No sólo por el hecho de vivir una experiencia lejos de mi familia, con mis amigos, conociendo lugares nuevos, durmiendo en hoteles y comiendo en restaurantes *self-service* donde nadie iba a regañarme por repetir postre. Aquel viaje significaba mi paso de la niñez a la adolescencia. Daba igual que oficialmente no fuera adolescente hasta cumplir los trece. Es lo que tuvo la LOGSE, que nos hizo mayores antes de tiempo. A mí no me importó en absoluto entonces, ávida como estaba de ser una mujer de verdad. Ahora lo veo de otra forma, sobre todo cuando pienso en Samuel. Me queda mucho para eso, sin embargo. Quien sabe si para cuando él tenga que dejar el colegio no habrá otra ley que alargue el tiempo en la escuela hasta los 14. Como en la época de mis primas mayores.

Por entonces yo vivía aún en Toledo con mis padres. Los dos fueron a despedirme al autobús. Llovía a mares aquella mañana de lunes. Casi no les veía la cara desde mi asiento, ambos bajo el mismo paraguas, intentando a duras penas resguardarse del aguacero. Lloré un poco al verlos hacerse tan pequeños mientras el autobús avanzaba. De repente me entró un miedo irracional a que se estuvieran encogiendo de verdad. Hasta desaparecer en un charco. Pensé que podía significar algo malo. Que ya no les iba a volver a ver nunca más.

La lluvia nos acompañó buena parte del camino. Era de noche cuando llegamos al hotel. Al día siguiente, un sol deslumbrante nos despertó al colarse por las ventanas sin persianas de la habitación. Me asomé para admirar la vista y me sorprendió el mar, inmenso y quemado por la luz. Salimos al balcón, Elena y yo, después se nos unió Inés. Montse se quedó en la cama, remoloneando. Hacía tan buena temperatura que no necesitamos ni la chaqueta. Allí estuvimos al menos una hora, escuchando el sonido de las olas, con la cara hacia el sol, los ojos cerrados,

soñando planes de futuro. “Diego no va a poder resistirse cuando me vea en la disco con mi super vestido, me pide salir sí o sí”. Inés siempre parecía tan segura de sí misma. Qué será de ella. ¿Seguirá en Amsterdam? Diego le pidió salir, en efecto, aunque tres años después, cuando ella se había dado cuenta de que los chicos no le interesaban demasiado. No fue hasta diez años más tarde que se atrevió a presentarnos a Sara como su novia.

Aquel rato juntas las tres en la terraza del hotel fue el mejor momento de todo el viaje, si lo pienso bien. Era el instante en el que todo estaba por vivir, todo por estrenar, todo por conocer y disfrutar.

Volví a Barcelona para una convención cuando estaba en la carrera. Fui con siete compañeros más de clase y dos profesores, y nos lo tomamos como un viaje de estudios en toda regla. Hicimos lo típico que la gente hace en los viajes de estudios. Básicamente emborracharnos todas las noches, y tener resaca por las mañanas, mientras te llevan de acá para allá a ver monumentos y museos cuando tú solo piensas en tirarte en una cama. En nuestro caso, en lugar de museos eran charlas abu-rridísimas de temas aún más aburridos. También hubo sexo. Líos que ninguno imaginó cuando planeábamos el viaje, que de repente ocurrieron sin más.

Fue la primera vez que lo hice al aire libre, en la playa, y sin tomar precauciones. En realidad, era directamente mi primera vez, aunque eso no se lo dije a él. Primero porque estaba bastante ciega como para poder hablar, y segundo porque me moría de vergüenza de sacar el tema después. Era mi profesor de Historia. Todo aquello podía haberse convertido en un lío tremendo para ambos. Así que los dos decidimos hacer como si nada hubiera ocurrido. Yo no volví a aparecer por clase hasta el día del examen. Él me puso más nota de la que realmente merecía. Puede que algo amedrentado por los remordimientos. Nunca lo sabré.

La tercera vez vine con Rafa. Era un puente de mayo, no recuerdo si el del día uno o el de San Isidro. Vinimos a un concierto de un grupo indie de esos raros que le molan a él. Aunque aquello fue sólo la excusa. En realidad, vinimos a relajarnos junto al mar, a dar paseos por la arena y por los barrios de moda de la ciudad. A tomar pan tumaca en las terrazas. A subir al Tibidado a hacernos fotos. No importa que después no saliéramos de la habitación más que para ir a la piscina o a comprar alcohol al super. Es lo que tiene estar al comienzo de una relación. Da exactamente igual a donde viajes. Porque el mejor viaje siempre es el que te lleva a conocer al otro, su cuerpo, su voz, su mente, su pasado.

Tengo muy buen rollo con esta ciudad. Rafa lo sabe. Por eso supongo que me ha pedido que me venga aquí. A partir de ahora no sé si mi percepción va a cambiar. Esta vez vengo huyendo. Lo peor es que no sé de qué ni de quién.

–Dos cervezas por favor –le pido al camarero del coche bar, mientras me hago malabarismos con Samuel para no salir disparada contra el cristal. El tren nos hace tambalear como si estuviéramos dentro de una taladradora.

Una me la tomo ahora y la otra me la llevo a mi sitio, para dentro de un rato.

–¿Algo más?

–¿Cuánto cuesta un ron cola?

Quizá en el hotel no haya mini-bar. Estoy muy nerviosa, no voy a poder aguantarlo si no me tomo algo para tranquilizarme.

Ni pies ni cabeza

No tengo más remedio que interrumpir al padre de Cata para ir al baño. Todo el líquido ingerido está causando su inevitable efecto. Además, necesito pensar un poco a solas. Asentar en mi cabeza la loca historia que llevo escuchando todo este tiempo. ¿Mariana era Cata? ¿Cata era Mariana? ¿Por qué cojones me ha contado todas esas mentiras? ¿Qué sentido tiene que se haya hecho pasar por otra persona? ¿Y si yo hubiera sido un tío a sueldo del Gigante que había ido hasta allí para secuestrarla? Cuanto más lo pienso, más ridículo me parece todo. Nada tiene ni pies ni cabeza. ¿En qué momento mi vida se ha convertido en una película de serie B de Tele 5?

“Qué líos te traes siempre, hijo mío, mira que te gusta complicarte la vida”.

Llaman a la puerta del baño porque al parecer llevo más tiempo de la cuenta. Por si me ha pasado algo. “Everything is ok sir? Do you need some help? (¿Todo bien señor?, ¿necesita ayuda?)”. Quiero gritarle al azafato guaperas que todo va como el culo y que si quiere ayudarme lo mejor que puede hacer es ponerme delante todas las botellas de alcohol disponibles y llevarse al señor Barroso a la otra punta del avión. No quiero seguir escuchándole más. Ya he tenido bastante.

–Everything is fine, thank you. Could I have some gin and tonic, please? (Todo va bien, gracias, ¿puedo tomar un gin tonic por favor?) –contesté cerrando la puerta del baño a mi espalda.

Volví con Don Manuel. “No me llames Don Manuel, me siento muy mayor cuando lo haces. Mejor llámame Manu a partir de ahora”.

–Ok Don Manu, o sea, Manu, perdona. Te habías quedado en cuando te enteraste de que Cata estaba en Nueva York con Mariana...sin Sean...

–Sí, cierto. Lo primero que hice fue sacarme un billete e ir a buscarla. Convencí a Sean para que averiguara dónde estaba, una dirección, aunque fuera del trabajo, algo que me permitiera verla cara a cara. Sean no quería porque eso implicaba traicionarla. Para convencerle tuve que usar una estrategia quizá un poco bestia. Le enseñé fotos de chicas muertas violentamente a manos de las mafias, fotos que me prestó un colega mío de la fiscalía. Eso le decidió a ayudarme. Es listo y tozudo, pero también joven e impresionable. No sé qué hizo Sean para descubrir la dirección de ese restaurante donde era camarera. Ese donde creo que os conocisteis hace unos días, de una forma un tanto peculiar ¿verdad?

(Don Manuel me miró a los ojos al pronunciar esta última frase, y de repente me sentí culpable, como si hubiera sido yo uno de los atracadores).

El caso es que me presenté en el Dallas BBQ una tarde, llegué directamente desde el aeropuerto. La observé desde fuera un rato. Como deambulaba entre las mesas, con la cafetera en

la mano, la libreta en el delantal, el boli en la boca. Parecía que llevara siendo camarera varios años. Estaba más bonita que nunca, o puede que fuera el tiempo que llevaba sin verla, y los nervios de pensar que alguien podía arrebatármela. La mirada quizá un poco fría, como cuando estaba preocupada por los exámenes o por alguna de sus andanzas solidarias. Me vio nada más entrar. Se quedó petrificada durante unos segundos, sin saber muy bien qué hacer ni qué decir. Después se acercó a mi me dio un abrazo corto, un abrazo relámpago, luego me dio un beso y me dijo que se alegraba mucho de verme. Eso me alivió, porque yo esperaba cualquier otra reacción. Que saliera corriendo por la puerta de atrás, que viniera a decirme que me largara de allí. Creí que se enfadaría mucho conmigo, que me gritaría, que me lanzaría una punzante mirada despectiva. No sé, esas cosas, ya me entiendes ¿verdad? Pensé en todo menos en lo que finalmente hizo.

Pidió permiso para salir un poco antes y se lo dieron, con la condición de entrar más temprano al día siguiente. Por supuesto ese cabrón de jefe no iba a regalarle nada. Quiso que fuéramos a mi hotel para charlar, ni de coña ir a un restaurante. Temía que alguien pudiera oírla hablar conmigo, contándome lo que iba a contarme. Una vez en la habitación, se derrumbó. Empezó a llorar desconsoladamente. Apenas pudo pronunciar una palabra durante los diez primeros minutos. Me pareció que estaba muy asustada. Nunca la había visto así, tan nerviosa y vulnerable, era como si volviera a ser un bebé incapaz de valerse por sí misma. Al parecer Mariana tenía dificultades para que le concedieran el asilo en Estados Unidos. Creía que la iban a mandar de vuelta a su país en breve. Necesitaban ayuda, alguien más influyente que su amiga la policía federal, o el abogado especializado en derecho internacional. “Si no la ayudamos y vuelve a Colombia, el Gigante la matará, papá, y todo será culpa mía”.

Una almohada decente

El camino en taxi hacia El Maresme está siendo muy agradable, casi balsámico. Un delicioso mareillo me hace creer que mis problemas han desaparecido hasta nuevo aviso. Sé que van a volver cuando menos lo espere. La cerveza ha cumplido su parte del trato, pero no puedo pedirle que solucione mi vida, ojalá.

Espero que el hotel esté bien, sólo pido que tenga un champú de verdad y no esa cosa horrible que ponen en un cacharro de plástico pegado a la pared, que se supone vale para todo. Eso y una almohada decente. Es todo lo que pido.

El aire aún cálido de octubre se cuele por el escaso espacio de ventanilla abierto. Las luces de la ciudad, de un amarillo mate, tirando a blanco, parecen recibarnos apacibles, amistosas, como si nos hubieran estado esperando.

Qué tonterías se me ocurren. Las luces esperándonos.

Observo la típica arquitectura modernista de la ciudad, con sus curvas y sus verdes, sus paredes llenas de adornos, su poesía. Veo montones de bicis y de motos. Gente paseando. Muchos turistas. Otros que no lo parecen. Sonríen, se gastan bromas, se besan, se abrazan, se ignoran. Algunos escupen en el suelo. Casi todos ellos parecen felices. Me imagino sus vidas plenas, llenas de algo muy parecido a la felicidad. Si son pareja, están profundamente enamorados. Si son madre e hijo, mantienen una relación impecable. Si son amigos, son los mejores amigos del mundo. Todos tienen una vida perfecta, una vida que yo nunca tendré.

Pago al taxista y entro en el hotel. Samuel pesa como una mula. No ha sido buena idea dejar el carrito en Madrid. Una cosa es que camine y otra que el pobre pueda aguantar el ritmo de un adulto. Normal que se canse y se duerma, lo que no es tan normal es que su madre sea incapaz de aguantar más de diez minutos con él en brazos. Si es que soy imbécil. Lo llevo pegado a la cadera, su cabeza apoyada en mi hombro derecho, el dedo gordo de la mano izquierda en la boca. A la espalda, además, cargo con la mochila, y para completar el cuadro, llevo un bolso colgado del cuello. Me siento exhausta. Noto el pelo grasiento y mojado sobre mi cara. Creo que huelo a sudor.

—Buenas noches, tengo una reserva a nombre de Eva Aguilar.

El recepcionista es un muchacho bajito y muy joven, con un pendiente en la oreja atravesando el lóbulo de lado a lado, una especie de pincho con bolitas en los extremos. Sus movimientos son lentos y controlados, como si estuviera manipulando cristal. Me mira con cierta pena. Esta pobre chica, con el bebé y todo eso auestas. Sin embargo, no acelera el proceso del *check-in*, que dura y dura, como una misa en mi pueblo.

Necesito urgentemente dos cosas. Una ducha y una copa. Primero me meteré bajo el chorro de agua caliente unos cinco minutos largos. Acabará con la fría, para espabilarme un poco. Tengo que ser capaz de enchufar un biberón al peque, darle un baño y acostarle. O mejor le baño mañana por la mañana. Después pediré algo de comida al servicio de habitaciones y me lo tomaré sobre la cama viendo la tele. Me muero por tomarme ese ron con coca-cola que he comprado en el tren.

—¿Tienen mini-bar las habitaciones? Necesito agua para preparar un biberón.

—Sí señorita, tenemos mini-bar a su disposición y también máquinas de las de monedas donde puede conseguir más agua si la necesita —el chaval del pendiente me mira escéptico. Sé que no se ha creído lo del biberón.

Estupendo. Hay champú y la almohada parece en condiciones. Tengo hasta acondicionador para el pelo y *body-milk*. La nevera está bien surtida. Cerveza, vino, vodka, ron y whiskey, del que le gusta a Rafa además. En realidad, lo del alcohol me da igual, sólo tomaré lo que traigo y me iré a dormir.

Parecería un plan genial si no fuera porque no tengo ni puñetera idea de qué hago aquí, ni cuál es el peligro que me acecha. Ni siquiera estoy segura de que exista algún peligro, más allá del de quedarme dormida y olvidar llamar a mi oficina para decir que me encuentro fatal.

La cosa se ponía muy fea

Sean me odia, lo sé. Le dejé colgado de aquella manera. Claro que debería ser yo quien le odiara, ¿cierto? Me traicionó, le contó a mi papá dónde estaba. Pero no puedo enojarme con él por eso, no puedo. Me hizo tanto bien ver a mi papá allí aquella noche... Su traje de chaqueta impoluto, su eterna corbata, sus zapatos relucientes, su acento español. Cuando hablo español me siento tranquila, en la casa, confiada. Sobre todo, el español con el acento de mi papá. Él cree que prefiero mis raíces colombianas a las españolas. Nada más alejado de la realidad. Adoro a mi madre y me encanta Colombia. Aunque siento verdadera pasión por mi padre y su país. Una gran curiosidad por saber más, por saberlo TODO. Quiero irme allí cuando termine mis estudios, a explorar el país, todos esos lugares de los que me ha hablado alguna vez. No sé cómo decírselo. Él no habla mucho de aquello. Sé que por algún motivo le duele hacerlo. Así que prefiero no sacar el tema.

Ese día había sido terrible. El Gigante me había descubierto, me envió el primer mensaje. No había sentido miedo hasta ese momento. Nada, ni un poquito. Hasta el instante que entendí que la cosa se ponía muy fea. Si ese *son of the bitch* me encontraba, si encontraba a Mariana, todo se iba a la mierda. Y con todo quiero decir todo. Hasta nuestras vidas. No tuve valor de contarle, sin embargo, a mi papaíto. Si lo hacía me llevaría con él a L.A. y Mariana se quedaría completamente sola. Nada de lo que habíamos hecho hasta ese momento hubiera tenido ningún sentido. NADA.

Luego me llamó, el muy cabrón. Tuve que escuchar su voz repugnante al otro lado del aparato. ¿Cómo pude ser tan ilusa para cogerlo? Creía que era mi padre para darme noticias o Sean para pedirme perdón. Empezó hablando en inglés y yo me hice la loca, como si se hubiera equivocado. Él siguió hablando, sin creer que se había confundido de número, seguro de lo que decía. “Maldita zorra gringa de mierda, estás cadáver”. Entonces sí que me sentí *fucked* de verdad. Me pisaba los talones, Daría conmigo y con Mariana, y nos mataría a ambas usando alguna táctica horrible, sin pensarlo un minuto.

Y entonces tenía que aparecer Rafa. What the hell? ¿Por qué tuvo que recoger el *fucking* móvil del suelo? Y encima va a devolvérmelo precisamente el día en que atracan el restaurante ¿Por qué me invitó a ir con él? ¿Qué se creía, un puto super héroe? Y yo... ¿qué me creía yo que era? ¿acaso un pobretico español con pinta de no haber pisado una araña iba a poder salvarme de unos malditos asesinos? Por muy guapo y amable que fuera, por muy agradable que se sintiera al estar con él, por mucho que me diera seguridad estar a su lado...Ni músculos en los brazos ni nada de nada. Que alguien me explique por qué me sentía tranquila a su lado, como si me hubiera bebido un litro de infusión de tila.

Fui una estúpida al besarle. Una inconsciente niñata malcriada. Pensé que mi vida era como un cuento de niñas, donde llega el príncipe a salvar a la princesa en peligro. La princesa cobarde que huye y deja tirado a todo el mundo. A Sean, Mariana, Fernando, a mis padres. Me cagué de miedo.

O como diría Rafa, me acojoné. Menos mal que pude reaccionar a tiempo y rectificar.

Por Dios que no le pase nada. Ni a él ni a su familia. Espero que mi papá pueda ayudarlo. Ruego que Rafa me perdone. Que todos me perdonen.

Ocuparse y no preocuparse

Don Manuel seguía hablando sin parar.

—Así que prometí ayudarla. ¿Qué otra cosa podía hacer? No me gusta pedir favores a nadie. No lo hago más que cuando lo veo estrictamente necesario. Y esta vez lo era. Necesitaba sacar a Cata de aquella historia. Ayudarla a conseguir un final feliz para Mariana que le permitiera pasar página. Para eso tenía que volver a casa, hablar con cierta gente en persona, ya sabes. Si hubiera sospechado que estaba en peligro no me hubiera ido sin ella, eso te lo puedo asegurar. Pero Cata no me contó nada, no quería preocuparme, ya ves. Los hijos no tenéis ni idea de lo que nos preocupamos los padres hasta que no tenéis hijos. Nos pasamos la vida preocupados por vosotros, independientemente de que nos contéis la verdad. Algunos lo disimulan mejor que otros. Algunos dicen que ellos se ocupan y no se preocupan. Chorradas. La preocupación está ahí siempre, lo único que muchas veces preferimos ocultarla, precisamente para evitar preocuparos a vosotros.

—Perdona que te interrumpa Manu, ¿dónde está Cata ahora? ¿tienes idea? ¿está bien?

Cata había vuelto a casa. Una casa que ahora se hallaba vigilada por la policía. No podía salir de ahí sin llevar escolta. Una movida de la hostia. Don Manuel me dijo que ella se asustó mucho con la última amenaza de los narcos, la que me salpicaba a mí y a mi familia. Y por eso decidió irse. Intentaba que me dejaran en paz, que fueran sólo a por ella. Ella era la única responsable, la única a la que debían perseguir. Yo tenía que dejar de ser el blanco de esos bestias. Por eso llamó a su padre y le pidió dinero para volver a casa de forma inmediata. Por eso me dejó tirado y sin coche, conduciendo ella sola hasta el aeropuerto, en un arranque de pánico. Antes de subir al avión, decidió devolver el vehículo a la compañía de alquiler. Era lo mínimo que podía hacer por mí.

Mariana también se había mudado. El abogado que trataba su caso le había encontrado alojamiento en Washington DC, en casa de unos amigos que simpatizaban con la causa. Allí esperaría hasta que las cosas se arreglasen.

—Me han prometido que todo se va a solucionar, aunque llevará un tiempo. Mariana no va a tener que volver a Colombia. Lo que no va a ser tan fácil es que ese Eladio deje de atosigarlas, a ella y a Cata. Bueno, y ahora a ti. Espero de todas formas que fuera de farol contigo. No creo que tenga capacidad para cumplir ninguna de sus amenazas contra ti.

No crees, ¿eh? No crees, pero no lo afirmas con rotundidad porque no estás seguro. Nunca puedes estar seguro con gentuza de ese tipo. Puede que yo haya visto muchas películas, muchas

series de grandes hijos de puta que no pestañean a la hora de cargarse a peña. Puede que sólo sea un farol como tú dices, padre de Mariana, de Cata, o como leches se llame tu hija, y que en unos días todo vuelva a la calma. O puede que no. Que cuando llegue a Barcelona no encuentre allí ni a Eva ni a Samuel. O que los encuentre cosidos a tiros, tirados de cualquier manera sobre el colchón *oversize*, con la ropa manchada de sangre. Lista para tirar a la basura.

Quería dormir con él

Me va a estallar la cabeza. Últimamente no me siento muy bien. Creo que ayer me pasé un poco con el alcohol al final. No es que tenga ningún problema con la bebida ni nada. Yo controlo perfectamente. Lo malo es que tenía el estómago vacío. Se me quitó el hambre y me dio pereza llamar al servicio de habitaciones. Además, el niño ya estaba dormido. Preferí no arriesgarme a despertarlo. Lo peor que le puede pasar a un niño pequeño es despertarse a las 12 de la noche tras haber dormido una o dos horas antes. Su cerebro puede interpretar que ya ha dormido lo suficiente y es incapaz de relajarse hasta mucho tiempo después. Eso es lo peor que le puede pasar a una madre sola que pernocta en una habitación de hotel.

Uf, he dormido con la ropa puesta. Qué desastre, qué poco me gusta que me pase esto. Ahora tendré las marcas por todas partes. Me duele el cuerpo entero, no sólo la cabeza, he debido coger mala postura. O lo mismo es por la almohada, que es un asco, como casi todas las de los hoteles. Tampoco pedí que me la cambiaran. Me dio cosa. Me da palo pedir cosas como si fuera una diva de la canción o una *celebrity*. A mí madre eso le pone de los nervios.

A ver qué hora es. ¡Ostras! son las 10 de la mañana. ¿A qué hora me dijo Rafa que llegaba a Barcelona? Voy a meterme a la ducha, dejar caer el agua fría poco a poco, y a tomarme un ibuprofeno para estar en condiciones cuando llegue. Mira, justo me llega un mensaje, seguro que es él.

“Eva, ya he aterrizado, calculo que estaré por ahí en una hora y media. ¿Todo bien? Besos”

“Todo estupendo. Aquí te espero. Besos”

Genial. Estoy deseando que me cuente qué es todo esto. Qué hago yo aquí, en Barcelona, en un hotel con un champú que deja el pelo electrizado, como si no tuviera nada mejor que hacer. Tener que pillarme días de vacaciones no me hace ni puñetera gracia. Mentir diciendo que estoy enferma tampoco. Por su bien, espero que todo esto tenga algún sentido. Y que podamos volver pronto a casa.

Qué raro que Samuel no se haya despertado. Pobre. Seguro que estaba molido de todo el día de ayer, el trajín del viaje. Quería dormir con él, los dos juntos en esta cama gigante. Lo que pasa es que le metí en la cuna, mientras veía un rato la tele tomándome la copa tranquilamente, y se quedó frito. Me dio pena moverle, así que le dejé ahí. Es tan mono cuando duerme. Ahora cuando salga del baño le voy despertando. Así le doy tiempo para espabilarse mientras me ducho otra vez, a ver si arreglo este pelo de bruja.

Uy, qué raro, la puerta de la habitación está abierta... ¿No le eché el pestillo? Juraría que... Un momento... Samuel, ¿dónde está Samuel? No puede ser, es imposible que él haya salido de la cuna y se haya ido como hizo el otro día... no puede ser... ¿Samuel? ¿Samuel?

¡SAMUEEEEEEEEELLLLL!

Esto no será un sueño ¿verdad? A lo mejor sigo dormida y ya está, eso es todo. Un puto mal sueño y nada más. ¿Samuel? ¿dónde está mi niño? ¿Samuel? ¡Me han robado a mi hijo, se lo han llevado!, SE LO HAN LLEVADO, POR FAVOR, AYUDA, MI HIJO NO ESTÁ, MI PEQUEÑO, MI SAMUEL.

Mi voz resuena por los pasillos, rebota en las paredes y vuelve a mí, como si estuviera en el hotel de El Resplandor. Nadie parece oír mis gritos.

No puedo pensar, no dejo de llorar, hablo sin parar, sin saber ni lo que digo, sin controlar mi tono de voz. Ya no grito, aúllo como una loba por todas partes. Por fin veo a algunas personas, borrosas, delante de mí. Siento que están inmovilizadas, como si alguien hubiera congelado sus gestos. Me miran y no reaccionan. Siento que mi cabeza está estallando, un fuerte dolor en la sien izquierda no me deja avanzar. De repente las piernas me fallan, la gente habla como a cámara lenta. Me mareo. Lo veo todo negro.

Y ya.

Nada parecía real

Cuando la policía te llama a tu número de móvil lo primero que te pasa por la cabeza es que alguien importante para ti ha muerto. Sólo he visto a policías llamando a gente cuando les tienen que contar algo chungo de su familia. Sólo en la ficción, nunca en la vida real. Hasta el día de hoy.

–Buenos días, Don Rafael Fuentes, por favor.

–Sí, al habla.

–Aquí la sargento Carmen Noguera, Mosso d'Esquadra. ¿Es usted familiar de Eva Aguilar Somontes?

Empiezan a temblarme las piernas. Necesito salir corriendo al baño, vomitar, tirarme al suelo. Estoy atrapado en un atasco, cerca del hotel donde Eva y Samuel me esperan. Son las doce de la mañana, se me ha hecho un poco tarde. Bajo la ventanilla del taxi para coger un poco de aire. La respiración se me acelera cuando me dicen que está ingresada en el Hospital Clinic por culpa de un ictus. El corazón se me para en seco cuando me entero de que Samuel ha desaparecido.

Nada parece real. Todo forma parte de la misma película absurda que llevo días viviendo. No puede ser cierto que los hijos de puta esos hayan dado con mi familia y se hayan llevado mi hijo. No es verdad. Eso no pasa ni en la televisión.

Primero deseo morirme allí mismo, incapaz de afrontar lo que está pasando. Luego deseo que El Gigante hubiera encontrado a Cata antes de que yo la conociera. Nunca hubiera sabido nada de ella y punto. Todos contentos. Después me imagino que yo mismo la podía haber entregado, que yo mismo podía haber evitado esta catástrofe. Luego me doy cuenta de que todo eso es imposible. No sé qué cojones tiene esa chica para provocar este efecto en mí. Es como si nada de lo que me contaran sobre ella pudiera hacerme cambiar de opinión. Me ha hipnotizado o algo así. Siento que algo muy fuerte me une a ella, algo que no puede romper ninguna mentira por gorda que sea, ninguna amenaza, ningún gánster hijo de su madre, ninguna desgracia, por horrible que parezca.

Llamo a Don Manuel, no se me ocurre ninguna otra persona en el mundo capaz de ayudarme.

LAS COSAS BUENAS DE VERDAD SÓLO ME pasan de noche

“La realidad no se desvanece como se desvanecen los sueños”

Wisława Szymborska, Fin y principio

Como comentaba antes, me gusta pensar que las cosas buenas de verdad, sólo me pasan de noche. Y ya podía ser esta noche una de esas antológicas. No creo en Dios, pero hace un momento rezaba por ello. Porque todo salga bien. Porque mi hijo aparezca y porque Eva se recupere y porque alguien encuentre a ese cerdo hijo de puta y lo meta en el talego para siempre.

Aquí estoy, saliendo del Clinic con el padre de Cata. Eva está fuera de peligro, ya despierta, aunque parece que ha perdido la memoria y está confusa y aturdida. Los médicos dicen que entra dentro de lo normal. Puede que haya más consecuencias que irán saliendo a la luz poco a poco. Casi mejor que no sea consciente de que Samuel no ha aparecido aún. Nuestro niño, mi pequeño.

Joder, qué jodidamente culpable me siento.

Cogemos un taxi para volver al hotel. Allí hay policía por todas partes, haciendo preguntas a todo quisqui. Menos mal que nadie ha llamado aún a la prensa. No podría soportar que esto saliera por la tele. A mi madre fijo que le daba un soponcio y se quedaba en el sitio. Ella sí que no podría aguantarlo. No le he dicho nada aún porque tengo la esperanza de que su nieto aparezca pronto. Toda esta gente trabajando en el caso tiene que ser capaz de encontrarle enseguida, ¿o no?

–Rafael, sentimos mucho lo de su mujer y su hijo, ¿saben ya quien lo tiene retenido?

–Para la Sexta, ¿es cierto que la mafia colombiana se ha llevado a su hijo?

–Rafa, ¿cómo está su exmujer? ¿sabe ya lo del niño?

De repente noto un montón de luces que me ciegan, micrófonos en mi boca, cámaras, grabadoras, gente que me hace preguntas. Maldita sea. No me puedo creer que al final hayan llegado hasta aquí. ¿Quién mierda les ha llamado? Ya me parecía a mí que ese tío de la recepción no era muy de fiar. Tiene pinta de vender a su madre si hace falta por menos de cien euros. O la camarera esa con el pelo teñido de rosa y el uniforme a medio muslo. No se la notaba muy afectada por los acontecimientos, la verdad sea dicha. Como me entere de quién ha sido el capullo que les ha llamado, me va a oír. O más bien me va a notar. Ahora soy capaz de hacer cualquier burrada, que no me toquen mucho los huevos.

Don Manuel me ayuda a quitarme a toda esa carroña de encima. Yo bajo la cara, me la tapo con las manos y no abro la boca. Me siento como uno de esos famosos de medio pelo que salen en los programas del corazón. Sólo que sin un puto duro y con una historia muy jodida que contar.

Nada que ver con líos amorosos o sexuales, disputas por herencias y toda esa porquería por la que se gritan en antena.

Entro en mi habitación, no la que reservé para Eva y Samuel, hasta arriba de gente a estas horas. Ya sabes, buscando pistas y esas cosas que hace la poli. Me han facilitado otra libre de coste con carácter indefinido. Todo un detalle por parte del hotel, después de haberse convertido en el último sitio en el que se ha visto a mi niño con vida.

En cuanto cierro la puerta empieza a sonarme el teléfono, es mi madre. Después llama Dani. Luego mi jefe. A continuación, la amiga de Eva. No cojo ninguna de esas llamadas ni las que se suceden después. Escribo un mensaje a todos diciendo que tengo que dejar la línea libre, que por favor lo entiendan. Mi madre no lo entiende y sigue llamando. Apago las notificaciones, que me están volviendo loco. Me desnudo y me meto a la ducha, dejando correr el agua caliente, casi hirviendo, por todo el cuerpo, como si la temperatura del agua fuera capaz de borrar todos los pensamientos que se agolpan en mi cerebro. Mi hijo, ¿dónde está? ¿está vivo? ¿le están haciendo daño? ¿quién lo tiene? ¿me lo van a devolver? Eva, ¿realmente está fuera de peligro? ¿se acordará de Samuel de repente y volverá a darle otro ictus? ¿qué pensará de mí cuando se entere de que todo es por mi culpa? Mariana o Cata, o como cojones se llame ¿qué estará haciendo en este momento? ¿se acordará de mí? Probablemente no, me daba que yo sólo he sido un incidente en su camino, alguien que estaba ahí, en el momento justo, y a quien ella se aferró sin pensarlo mucho, como cuando te vas a tomar la última con la persona que acabas de conocer en el bar de la esquina.

Toc toc toc

No tengo ganas de ver a nadie, quiero tragarme un Valium, junto a todo el alcohol disponible en el mini-bar, y dormirme. A ver si cuando me despierte todo ha sido una puta pesadilla.

—Rafa, soy yo, Manu. Ábreme por favor, es importante.

Sé que el hombre quiere ayudarme, pero lo último que me apetece ahora mismo es que me coma la cabeza con otra movida. Aún así le abro, qué remedio. Don Manuel tiene cara de circunstancias, la misma que pone un padre cuando va a tratar con su hijo un asunto serio. En contra de lo que hacía el mío, que acompañaba ese careto con frases del tipo “ahora me vas a escuchar quieras o no quieras”, Don Manuel permanece en silencio, tranquilo, mientras corre la silla para colocarla enfrente de mí, se dobla los puños de la camisa, se sienta, posa sus manos en mis hombros y dice:

—Verás Rafa. Me han llamado.

—¿Quién cojones te ha llamado?— digo yo, alzando la voz más de lo que quería.

—Por favor Rafa, no hables tan alto, creo que es importante que esto no salga de esta habitación. Me han llamado los cabrones que se han llevado a Samuel.

Nunca he escuchado a nadie decir “cabrones” con tan poca emoción. En el mismo tono que pronuncia el resto de las palabras. Eso me mosquea, porque yo solo quiero gritar y patalear y romper cosas contra las paredes. No entiendo como él puede contenerse de esa manera. Noto que

los ojos se me abren hasta el límite, la cara me arde, las manos me sudan sin control, respiro a ráfagas.

–¿Dónde está? ¿Le has oído? ¿Qué quieren esos hijos de mala madre? Vamos, quiero saberlo todo.

–Samuel está bien, eso al menos es lo que me han asegurado. Se le oía de fondo además, y no me ha parecido que estuviera mal. Escúchame, están dispuestos a soltarlo pronto, pero piden algo a cambio.

–¿Cuánto?

–Ese es el problema, que no quieren dinero.

–Entonces ¿qué mierda quieren?

– Quieren a Cata.

–¿Cómo que quieren a Cata? ¿Qué pretenden hacer con ella? ¿Cómo vamos a darle a Cata? ¡Esto no tiene pies ni cabeza! Tenemos que hablar con los Mossos, ahora mismo, vamos.

–No Rafa, no podemos ir a la policía. Han amenazado con... con matar a Samuel en caso de que lo hagamos.

–Diossss, pero la policía es la única que puede ayudarnos, ¿no? Yo no tengo ni pajolera idea de cómo tratar con gente de esta calaña. Esto es la vida real, ¡no es la puta ficción!

–Podríamos arriesgarnos, es verdad, he oído que la policía en España es muy buena y que ha resuelto casos de secuestros muy difíciles. Pero yo, si Samuel fuera hijo mío, no lo haría. Ten en cuenta que esta gente no valora nada la vida de los demás, ni siquiera la de los niños. Son personas acostumbradas a matar por lo mínimo, no piensan en las consecuencias, les importan una mierda las consecuencias.

–¿Y qué sugieres? ¿Vas a entregarles a tu propia hija? No veo que eso sea una solución, la verdad.

–He hablado con mis contactos en la Embajada de Colombia y en el FBI. Me dicen que podemos prepararles una trampa, hacerles creer que vamos a entregar a Cata en Estados Unidos, cuando en realidad entregamos a una agente del FBI infiltrada. Una vez que suelten al niño aquí, se pondría en marcha el dispositivo para detener a los secuestradores allí y aquí en Barcelona, que se pondrían a disposición de los, ¿cómo se llaman?

–Los Mossos d'Esquadra.

–Eso, los Mossos.

–No sé qué decirte, todo esto me suena a película, una de esas que nunca crees que puedan pasarte a ti. En las pelis suele salir todo bien, detienen a los malos, triunfan los buenos, que son

felices y comen perdices y toda la pesca. ¿Y si algo no sale bien? ¿Y si se enteran de que estamos haciendo trampa? No quiero arriesgarme a que le pase algo a mi hijo, no puedo. No soportaría vivir con ello.

—En realidad el riesgo a que eso pase no es menor si vamos ahora y le contamos todo a la policía de aquí. Piénsalo Rafa, ¿cuántas probabilidades hay de que el FBI la cague? ¿cuántas a que lo hagan los Mossos? Teniendo en cuenta, además, que Cata está ahora mismo en Estados Unidos.

Toc toc toc

Suena la puerta, nos llamamos bruscamente, incómodos, temiendo que nuestra conversación se haya escuchado fuera. Nos miramos, buscando en el otro las instrucciones de cómo actuar. Don Manuel se pone un dedo en la boca pidiendo que me mantenga en silencio. Confiamos en que quien sea se largue al no recibir respuesta.

—¿Rafa? ¿Estás ahí? Soy Mariana, por favor ábreme.

El plan

Mariana no parece la misma. Sí, ya sé que se llama Cata. Me va a costar acostumbrarme.

Es como si hubiera cumplido diez años de golpe. Se la ve muy cansada. Me sorprende sentir algo de pena por ella. Hasta sus labios han perdido el color. Nos abrazamos durante un rato largo, conteniendo casi la respiración. Noto como un fuego por dentro, un deseo irrefrenable que me mueve las manos hacia donde no deben ir. Quiero que el padre desaparezca, la habitación se desintegre, todo lo que ha pasado ese día se esfume. Y ella y yo estemos solos, en la playa, a punto de desnudarnos.

—Papá, ¿qué haces aquí? No entiendo...

¿Cómo iba a entender que su padre estuviera ahí si él no le había dicho ni media palabra del asunto? Cata no le había pedido que se subiera a un avión conmigo, había sido sólo iniciativa suya. Al parecer, ella no volvió a casa cuando me dejó tirado, sino que se marchó a París, usando mi tarjeta de crédito para ello. Ni me había enterado, no estaba yo para comprobar mis cuentas. De ahí cogió otro vuelo a Madrid. Se arrepintió de haberme dejado colgado, necesitaba hablar conmigo.

Cada vez estoy más confundido. ¿Por qué esta familia se empeña en contarme milongas continuamente? Tiene que ser algo genético.

—Lo siento tanto tanto Rafa, de verdad. No puedes imaginar lo horrible que me siento.

Ya no sé qué creer y qué no. ¿Sería toda esa historia de Mariana también un bulo?

—Cata, le he contado toda la verdad sobre ti, sabe quién es la verdadera Mariana —interrumpe Don Manuel.

—¿Por qué tanta mentira Cata? No veo la necesidad de inventar todo eso —digo yo, dolido.

—Creí que así te estaba protegiendo de algún modo.

—No me parece que me hayas protegido mucho, ¿no crees? Todo se ha vuelto del revés.

Tampoco creo que don Manuel me haya protegido de nada al decirme que Cata estaba a salvo en su casa. No veo la necesidad de andar todo el día mintiendo a la peña.

—Me equivoqué Rafa, como todo lo que hago últimamente. Como decís vosotros, la he cagado.

—Y además de eso, no intentabas protegerme a mí, sino que yo te protegiera a ti, ¿no es cierto?

Creíste que si tú eras Mariana todo sería más fácil, que mi instinto de protección sería más fuerte que si me contabas la verdad.

–Puede ser.

–Oh Dios, lo siento con el alma. No sé qué más puedo decir. ¿Qué puedo hacer para que me perdones? Pídeme cualquier cosa, lo que sea.

No soy yo el que le cuenta el plan. Su propio padre lo hace. Todo el rollo ese del FBI y demás. Hay que darse prisa. El tiempo corre y Samuel sigue secuestrado por unos energúmenos que han amenazado con matarle. Matar a un niño de dos años. No me entra en la cabeza como puede existir gentuza así sobre la Tierra.

–Me vais a perdonar, pero me parece muy arriesgado entregarles a una falsa Cata. ¿Y si se dan cuenta de que no soy yo? Bastarán un par de minutos para llamar a sus compinches acá y dar la orden de hacerle daño al pequeño. No podemos correr ese riesgo papá. No estoy dispuesta a ser la culpable de que le suceda algo malo a ese niño. No Rafa, no lo voy a consentir.

–¿Y qué propones? ¿Tienes alguna idea mejor?

–Propongo ir yo misma, entregarme a los secuestradores.

–No, no, no, ni hablar Cata. No puedo dejarte hacer eso. Es muy peligroso. Sabemos que esa gente está dispuesta a cualquier cosa.

–Es tu hijo Samuel. Y yo soy quien ha provocado todo esto. Soy yo por lo tanto quien debe hacerle frente. Papá, ¿tus amigos del FBI están ya por aquí? Estoy segura de que ellos sabrán cómo protegerme.

Todo va a salir bien

Y así es como hemos llegado hasta el polígono industrial de La Ferrería, en Montcada, a unos veinte minutos del hotel. Son ya las cuatro de la mañana. Supuestamente los polis americanos pululan por aquí, camuflados convenientemente en varios coches viejos. Cubren todas las salidas, según dice don Manuel. Que no me preocupe.

Yo no tengo ni puñetera idea de cómo funcionan estas cosas de la policía, así que confío ciegamente en ellos, no me queda otra. Espero que lo tengan todo controlado y que estén seguros de que pueden actuar así, como lo van a hacer, en territorio ajeno y de extranjería, sin que les pase nada. Ser americanos no creo que les dé derecho a hacer lo que les dé la gana.

Hemos quedado en una nave abandonada, una antigua fábrica de metalurgia que, como tantas, ha sucumbido a la crisis. En el suelo aún quedan algunas puertas enormes de hierro cubiertas de óxido y polvo. Vamos dentro de un Renault Megane color azul metálico que huele a hamburguesa de Mc Donalds. Los amigos de don Manuel nos lo dejaron aparcado a dos calles del hotel. Salimos cada uno por separado, para evitar a los Mossos y a algunos periodistas que iban a echar la noche allí, a la espera de una jugosa imagen que grabar. Los secuestradores pasaron las instrucciones al padre de Cata en su segunda llamada, ocurrida pasadas las doce. “Nada de trucos, nada de policía. Si no, o matamos al nene o matamos a la nena”.

No estoy nada convencido de esto. Tengo el presentimiento de que nos van a descubrir y todo se va a ir al carajo. Vamos a morir todos, incluidos los mismos secuestradores. No pinta nada bien. Estoy acojonado como nunca en mi vida. Empieza mi tembleque de piernas. No puedo disimularlo.

—¿Alguien tiene un cigarro?

Nadie fuma, pero los tipos que nos han dejado el coche han pensado en todo. Hay dos paquetes de Lucky Strike en el salpicadero. Fumo compulsivamente, como si el tabaco pudiera darme la tranquilidad y la fuerza que necesito para salir de aquello.

—Tranquila Cata, hija mía, todo va a salir bien.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Confía en mí.

Han pasado treinta minutos y aquí no ha aparecido nadie. Decido ponerme a rezar por dentro a un Dios que tal vez no exista y que, de existir, no creo que me vaya a hacer ni puñetero caso, teniendo en cuenta que le he ignorado toda la vida.

Se ven venir unas luces a lo lejos, se escucha el ruido del motor y el de las ruedas sobre la gravilla. Se aproximan lentamente, como de puntillas. No logro distinguir el modelo del coche, sólo veo que es grande, tipo ranchera, y de color oscuro. Aparcan justo a nuestro lado, no enfrente como yo creía que iban a hacer. Una ventanilla se baja.

–Salid todos del coche con las manos en alto y colocaros de cara a nuestro carro.

El que habla lleva una media marrón en la cabeza. Su aspecto es amenazante y ridículo a la vez. Me viene la imagen de los tíos que atracaron

Obedecemos, sin atrevernos a decir ni una palabra. Don Manuel nos mira y nos transmite serenidad con los ojos. Está muy tranquilo, como si hiciera este tipo de cosas todos los días. Yo, en cambio, sigo consciente sólo porque tengo que estarlo para recoger a Samuel. Si por mí fuera, ya me habría desmayado hace rato. El corazón me late tan fuerte como para que los latidos los escuche hasta mi madre. Un pie se me ha dormido. Veo las estrellas al ponerlo en el suelo para salir del coche. Me cuesta mantener los brazos en alto de lo que me tiemblan. Espero que esto no haga enfadar a los malos. El conductor sale del coche.

–Catalina, acércate no más.

Saca su móvil para hacerle una foto con flash y toquetea el teléfono, supongo que la está enviando a alguien. Probablemente al Gigante. Para comprobar que Cata es Cata. Se escucha el sonido de un mensaje entrante. El de la media se vuelve hacia el coche y asiente. Se abre la puerta del copiloto y sale una mujer, también con una media desfigurándole el rostro. Abre la puerta de atrás y saca a un niño dormido en brazos. Es Samuel. Quiero correr a cogerle, pero mis piernas no me obedecen. La mujer se acerca y me da a mi pequeño. Apenas tengo fuerzas para abrazarle, a pesar de que me muero de ganas de apretarle contra mí. Me caigo de rodillas al suelo. A continuación, el hombre coge a Cata de la mano y se la lleva al coche. Quiero gritar que la deje en paz, que me lleve a mí en lugar de a ella, como los tipos duros del cine, pero no me sale la voz.

Don Manuel parece hecho de otra pasta. Si está nervioso o asustado no se le nota lo más mínimo. El tío es un actorazo, matrícula de honor en inteligencia emocional. O confía ciegamente en las fuerzas de seguridad estadounidenses.

Cuando se marchan entramos de nuevo al coche, yo en la parte trasera, con Samuel. No dejo de llorar.

Papá ta aquí

Mi niño está bien. No tiene rastro de maltrato. No parece que haya pasado hambre ni miedo. Sonríe como hace siempre. Me abraza y me da muchos besos. Dice “papá ta aquí” y pregunta por su madre de vez en cuando. Le digo que pronto va a venir, que ha tenido que irse de viaje, como papá. Parece que se queda conforme. Al minuto vuelve a preguntar. Y así.

En el hotel se alegran mucho de que todo se haya resuelto. De que el niño haya regresado por su propio pie. He tenido que inventarme una historia o, más bien, he tenido que contar la historia que Don Manuel se ha inventado.

—Diles que saliste a fumar un cigarro de madrugada, que no podías dormir, que empezaste a caminar por las calles cercanas y que de repente viste al niño en un portal, dormido. Que no sabes nada más, y que el niño apenas sabe hablar, que no puede contarte qué pasó. Que tal vez el niño salió de la habitación por la mañana, mientras su madre estaba en la ducha, y que se perdió por ahí. Puede que alguien lo encontrara y se quedó con él todo el día, antes de decidirse a devolverlo. Una mujer que no puede tener hijos, por ejemplo. Al final quiso hacerlo cuando vio las noticias, pero le dio miedo que la acusaran de secuestrarle, así que lo abandonó cerca del hotel, con la esperanza de que alguien lo reconociera.

En el hotel me repiten que puedo quedarme aquí todo el tiempo que necesite. Mi madre está de camino, junto con Dani y Elena. La madre de Eva está pasando una semana en las Islas Canarias. No ha conseguido billete a Barcelona hasta dentro de dos días. Eva sigue igual que anoche, sin recordar, sin poder apenas moverse. No he podido ir de nuevo porque no quiero dejar a Samuel sólo ni quiero llevarlo al hospital. No me apetece que vea así a su mami.

Don Manuel no responde a mis llamadas. Le he dejado cinco mensajes en el buzón de voz, le he enviado incontables *wasaps*, incluso SMS. Nada. Esta incertidumbre va a poder conmigo. No tengo ni puta idea de lo que ha pasado con Cata. No sé si la han rescatado o si la han asesinado. No sé si voy a volver a verla ni cuándo. Tengo a Samuel, sí, y estoy muy feliz por ello. Aunque también me siento una mierda de padre y de persona. Nada de esto hubiera pasado si yo no me hubiera encaprichado de una niña, porque eso es lo que es Cata prácticamente, una niña. Con veinte años y un par de huevos bien puestos. Pero niña, al fin y al cabo.

Cualquier ruido fuera me hace imaginar que es Cata, que ha venido a reencontrarse conmigo. Lllaman a la puerta y el corazón se me pone del revés.

—Señor, ¿hay alguien ahí? Tengo que pasar a hacer la habitación.

No me importa tener el cuarto hecho unos zorros, la cama deshecha, el baño sucio, los restos de comida sobre la bandeja. Solo me apetece estar encerrado, junto a Samuel, viendo dibujos y contando cuentos. Lamentándome de mi mala suerte, preocupándome por Cata y auto

complaciéndome en mi victimismo y mi culpabilidad.

“Hijo, tenías que haberme llamado antes, mira que enterarme por la televisión, cómo se te ocurre”.

Un beso en la frente

Hoy hace dos meses desde el accidente. Poco a poco me siento mejor y puedo hacer más cosas. He recuperado la memoria y parte de la movilidad perdida. Los médicos dicen que aún me falta para estar cien por cien bien, pero que soy una buena paciente, que estoy respondiendo más rápido de lo habitual a los tratamientos.

Supongo que el apoyo que estoy recibiendo tiene mucho que ver en mi vuelta a la normalidad. No esperaba tanto la verdad. Mi madre, mi suegra, Elena, los compañeros de curro, la vecina de enfrente. Sobre todo, no pensé que Rafa se portaría tan bien conmigo. Al principio me daba cosa que se viniera a vivir a casa. Estuve a punto de negarme. Me fallaron las fuerzas. No estaba para muchas discusiones por entonces. De hecho, sigo sin tener ganas de discutir con nadie. Ningún tema me parece digno de ser discutido. No merece la pena pelearse con nadie por cosas sin importancia, cosas que antes no podía dejar pasar.

El ictus, a pesar de todo, ha traído muchas cosas buenas a mi vida. Ahora estoy más tranquila, más enfocada. Lo importante es recuperarme y todo lo demás es secundario. Primero yo y después todo lo demás. El trabajo, el fracaso en el amor, los kilos de más, la autoestima, incluso la maternidad. Confieso que me siento liberada de mis obligaciones de madre. Ahora sólo tengo que encargarme de darle mimos a mi hijo y contarle cuentos cortos de vez en cuando. Nada más. Ni tengo que alimentarle o vestirle, llevarle al cole, calmar sus rabietas, bañarle, o llevarle al parque o a la cama. Todo eso ahora lo hacen los demás. Su padre principalmente. Ahora está en el paro, después de toda la historia con aquella chica. Su jefe ni siquiera se conmovió con lo del supuesto secuestro de Samuel. Hay gente que no tiene corazón.

Elena está contenta de verme mejor. También de que haya dejado de beber. Lo sé sin que me diga nada. En el fondo ambas sabemos que tenía un problema con el alcohol y que puede que el ictus me haya salvado de él. Yo no creo que se pudiera decir que era una alcohólica, no al menos una de esas que tienen temblores por las mañanas antes de su primera dosis. Que iba camino de ello, pues sí, no te lo voy a negar. Sigo pensando que la culpa de que desapareciera Samuel fue mía, por estar inconsciente tras haberme bebido casi todo el mini-bar del hotel. No se lo he mencionado a nadie por pura vergüenza. Sé que es injusto y egoísta dejar a Rafa cargar con toda la culpabilidad. En el fondo creo que es mi forma de hacerle pagar por todo el daño que me hizo.

—Eva, voy a salir un momento a la farmacia. ¿Quieres que te traiga algo de Mercadona?

—No te molestes, no necesito nada, gracias.

—No es molestia, me pillas de paso.

—¿Un poco de helado? De turrón, por favor.

–Me llevo a Sami para que no tengas que encargarte de él.

Me da un beso en la frente, como si fuera mi hermano. Más de una vez he querido subir la cara y ponerle los labios. Me he contenido de nuevo. No podría aguantar su rechazo.

Toda la verdad

Rafa, no tardes, tenemos visita.

Cuando leí el mensaje de Eva no se me pasó por la cabeza la verdadera identidad de los visitantes. Supuse que sería algún familiar, algún amigo, puede que un compañero del curro de Eva. Ya no venían tanto como al principio. Es lo que pasa con los que vienen a verte por compromiso. Una vez, dos a lo sumo, y luego que te den por saco. Me pasó algo parecido cuando caí en la depresión.

Por un momento fantaseé con la idea de que fuera Cata, como tantas otras veces había imaginado. Abro la puerta de casa y allí está ella, tan guapa como estaba la noche de Denver, cuando aún era Mariana y teníamos un viaje cojonudo por delante. Nos vamos a tomar algo al bar de abajo. Ella me cuenta que todo fue de puta madre aquella noche con los secuestradores de mierda, que si no había venido antes era porque no tenía dinero para el billete. Y porque le daba corte después de todo. Que me había contado una película de las buenas, por no hablar de que me había robado y dejado tirado en medio de ninguna parte. Con qué cara se presentaba ella delante de mí, como estaba ahora, con su coleta tirante y esos pelos rebeldes cayendo por el cuello. Que si la perdonaba y tal. Que si me echaba de menos. Que si me das un beso. Y eso.

Algún día tenía que aparecer. No podía haberse esfumado así. No era posible que hubiese irrumpido en mi vida de esa manera, haciéndome pasar por una de las experiencias más alucinantes y traumáticas de mi existencia, para que todo se quedara como suspendido en el aire, como si alguien le hubiera dado al botón de pausa de mi historia personal. Necesitaba un cierre adecuado, un final para aquella movida, aunque no fuese feliz.

Estar con Eva me había ayudado a llevarlo mejor. El dedicar mi tiempo a cuidar de ella y de Samuel me despejaba la cabeza de otros pensamientos. Lo jodido de verdad eran las noches. Cuando ambos dormían y yo me quedaba dando vueltas hasta bien entrada la madrugada. Pensaba todo tipo de tragedias, desde las más probables, como que Cata hubiera sido acribillada por sus compatriotas al descubrir que la poli les seguía, hasta las más inverosímiles. Como accidentes de avión o de coche en autopistas americanas mal iluminadas. Cuando lograba quedarme dormido, la situación no mejoraba. Tenía pesadillas terribles en las que Cata siempre acababa malherida o secuestrada en un zulo, en un lugar imposible de encontrar. Yo la buscaba por todas partes, corriendo sin parar de un sitio a otro, pasando por bosques plagados de peligros, luchando contra ejércitos de colombianos armados hasta los dientes, que se quedaban siempre a punto de atráparme. Al menos lograba despertar antes de que eso ocurriera.

Varias veces estuve a punto de ir a la policía a pedir ayuda. Si no lo hice fue por pura

cobardía. No quería que tomaran contra mí ningún tipo de represalias. Ni los Mossos, por haberles mentido y haberme tomado la justicia por mi mano. Ni los matones. Quién sabe si remover aquello no iba a traer nefastas consecuencias. Así que pasaba un día y otro. Una noche y la siguiente. Cada vez más obsesionado con Cata. Cada vez más convencido de que no volvería a verla jamás.

Cuando entré en casa y vi a los dos policías nacionales en mi salón, me puse en lo peor. Venían a darme la noticia que llevaba tantos días esperando. Cata había muerto. ¿Por qué cojones no habían venido a contármelo antes?

—Buenas tardes señor Fuentes. Soy la brigada Fresneda y este es mi ayudante, el cabo Rodríguez. Estamos aquí para hablar con usted del caso de la señorita Catalina Barroso y su padre, don Manuel Barroso. Tenemos bastante que contarle, le anticipamos que nos llevará un rato largo esta conversación.

La brigada Fresneda era alta y corpulenta. El pelo castaño claro lo llevaba recogido en una trenza de raíz, lo que me permitió ver sus pendientes de perlas grises y una gran mancha azulada junto a la oreja derecha. Sus ojos me decían que era una tía inteligente, a pesar del pequeño tic que la hacía guiñarlos más de la cuenta. Llevaba anillo de casada, en el dedo corazón de la mano izquierda, la cual se frotaba a menudo con la derecha. Podría ser viuda o simplemente rebelde. Su voz era dulce y fuerte a la vez, agradable, casi como de locutora de radio. Al cabo Rodríguez apenas lo recuerdo, se limitó a estar ahí, mimetizado con el mobiliario.

—Permítanme ofrecerles algo. ¿Un café, una coca cola, agua? —la voz me temblaba como si estuviera a punto de dar una conferencia.

A pesar de los miles de vueltas que le había dado al tema, no me acerqué ni de lejos a la versión que me dio aquella mujer. Por más que visualicé escenarios diversos, no imaginé jamás la historia que la brigada nos contó esa tarde, sentada en el sofá de Ikea que Eva y yo habíamos comprado a plazos, hacía ya la tira de años.

Existía un Gigante que vivía en Colombia y era un narco proxeneta hijo de su madre, como Cata me relató. Más allá de eso, casi nada era verdad.

Me costó asimilar que, don Manuel, ese elegante señor de maneras y porte exquisitos, el padre de mi Mariana convertida después en Cata, fuera en realidad uno de ellos. Uno de los grandísimos cabrones metido hasta las trancas en movidas de narcotráfico y trata de mujeres. Un tipo que, aprovechando alguno de sus viajes familiares, había tenido el más que dudoso honor de conocer a Eladio, y de ver en su alianza futura, el pasaporte a una vida mejor.

El muy cerdo fue quien ideó lo de las amenazas a su hija, con el fin de que sintiera miedo y volviera a casa. No con un afán de protegerla, sino más bien para evitar que su propia hija descubriera el pastel venenoso donde se hallaba.

El Gigante no se comunicó con Cata en ningún momento, le importó bien poco que Mariana saliera del país. En realidad, fue don Manuel quien permitió que ella viajara a Estados Unidos. Su intención era contentar a su hija para que dejase el tema tranquilo. Su fin era que parara de investigar ese feo asunto de la trata de mujeres, la droga y todo lo demás. Cuando don Manuel se

dio cuenta de que Cata, junto con Sean, estaba a punto de descubrir que su padre era uno de los peores capos de la red, montó un plan a la desesperada.

Habló con Eladio para preparar el viaje de Mariana a Nueva York. Eso llevaría a su hija a correr a su lado. Pensó que, si su Cata se marchaba lejos por una tempo-rada, a una ciudad nueva sin mucho tiempo para seguir con sus investigaciones, su interés remitiría. Cata estaría muy ocupada tratando de cuidar de Mariana y de sí misma.

Eladio habló con Mariana: “lo vas a hacer como yo te diga o te regreso acá, tú lo decides”. Mariana tenía que inventarse una milonga para convencer a Cata de que había salido de Colombia huyendo de Eladio. Era su única oportunidad para una nueva vida en un nuevo país. De lo contrario, su sueño se vería roto en menos de lo que se tarda en reservar un billete de vuelta online. Sin contar con los posibles daños colaterales. Así que Mariana empezó a vivir su propia mentira.

Como Cata siguió enviando mensajes a Eladio a través de su blog, incluso desde Nueva York, don Manuel no tuvo más remedio que pasar a otro nivel. Así fue como empezó con las llamadas y los mensajes amenazantes. Y como se le ocurrió que el golpe definitivo sería la agresión directa. No pretendía hacerle daño, tan sólo que entrara en pánico y por fin se olvidara de los colombianos. Al matón al que encargó el trabajito se le fue un poco la mano con el corte en la oreja. “Señor, no fue más que un cortecito no más. Había que hacerlo creíble”.

Con lo que no contaba don Manuel era con que apareciera yo en escena. Tenía que actuar deprisa para quitarme de en medio. Al tener pinchado el móvil de Cata, le resultó fácil conseguir mi número y empezar con los mensajitos. También la tenía vigilada. Cata no daba un paso sin que él lo supiera.

Lo que le hizo polvo fue que Cata me dejara colgado de repente, y que lo hiciera esquivando al tipo que tenía apostado junto al hotel en Denver. Fue una casualidad. Ella sospechaba que la vigilaban, aunque no sabía muy bien quién. Su padre desconocía que su esbirro tenía malas digestiones, y que se tuvo que ausentar de su puesto más de 25 minutos.

El tiempo corría en su contra. Don Manuel decidió tomar el vuelo hacia Barcelona que creía íbamos a coger ambos. Mariana fue quien le pasó esta información, así como otros datos sobre mí que Cata le había ido enviando. Le pidió que me buscara en Google para ver si podía fiarse de un sujeto como yo. Lo que Cata no llegó a decir a Mariana fue que había cambiado su destino final por Madrid. Algo le decía que no debía hacerlo, que era mejor mantenerlo en secreto de momento. Nadie tenía que saber a dónde iba en realidad.

Una vez en el avión, don Manuel intentó camelarme, contándome parte de la historia verdadera. Quería parecer un padre responsable y preocupado. Pretendía hacer de mí un aliado para que le ayudara a localizar a su hija.

Al muy hijo de puta se le ocurrió lo de secuestrar a mi hijo como un golpe de efecto para atraer a Cata. Desde el avión hizo una llamada y dio la orden. Una mujer y un hombre de nacionalidad colombiana salieron de madrugada de su casa del barrio de Poble Nou, en busca del hotel en el que dormían Eva y Samuel. No sé cómo lo hicieron para hackear mi ordenador y conseguir los datos que necesitaban. Supongo que los narcos tienen muchos recursos.

Cuando lo localizaron, aparcaron la furgoneta detrás del hotel y se quedaron esperando a que amaneciera. Ella iba vestida con el uniforme de camarera de piso. No le fue difícil colarse y fingir que no era la primera vez que frecuentaba ese lugar. Sabía perfectamente donde ir, la habitación 327, a mano derecha del ascensor. La puerta estaba abierta. La madre dormida (y borracha). El niño también dormido. Lo metió en el carro de la limpieza y lo sacó por la puerta de las cocinas, donde previamente las cámaras habían sido desactivadas. Su compañero recogió el carro y lo metió en el vehículo, por la parte trasera. Ella volvió a ocupar el asiento del copiloto y los tres se alejaron de allí.

—Hay que joderse que nadie viera nada.

—Se sorprendería de la poca capacidad de observación que tiene la gente —me respondió la brigada Fresneda.

Conforme la poli me hablaba, los insultos se agolpaban en mi mente, las ganas de haberle reventado la cabeza al padre de Cata y a todos sus secuaces. ¿De verdad podía haber gente tan inhumana sobre la faz de la Tierra?

—Perdonen, si no les importa voy un momento a por una copa.

—Tráeme una a mí también—dijo Eva ansiosa.

—Eva, recuerda tu medicación, no deberías...

—¡He dicho que me traigas una jodida copa a mí también! O me tomo algo ahora mismo, o salgo de aquí corriendo en busca de todos esos hijos de puta, y me los cargo uno a uno.

Lo siento agentes, no debería decir estas cosas, entiéndanlo, es una forma de hablar.

—La entendemos señora, no se imagina cuánto.

Serví las copas. Bebimos. La brigada miraba los vasos con ojitos. Le hice un gesto para ofrecerle una. Sacudió la mano para negarse. No insistí.

—Disculpe que aún no le haya hablado del estado de Catalina. Antes tenía que ponerle en situación.

Por fin llegábamos a la parte que llevaba esperando todo el rato. ¿Qué había pasado con Cata? ¿Estaba viva? No me atrevía ni a preguntarlo.

—Sí, la verdad es que quería preguntarle, ¿qué pasó con ella? ¿está bien?

—No lo sabemos aún, intuimos que sí.

—¿Qué quiere decir eso?

—Bueno, es complicado. Catalina empezó a sospechar que algo no encajaba, primero por algunos mensajes extraños de Mariana y después cuando se encontró aquí a su padre con usted. Y

luego el paripé que se montó para liberarla de los secuestradores. Todo muy limpio, y muy fácil, tan sólo unos tiros al aire y poco más. Apenas pusieron resistencia y eso no era lo habitual entre los gánsteres de la droga. Diez minutos después de que vosotros os marcharais con el niño, los supuestos agentes del FBI ya la tenían con ellos. Era demasiado raro.

Los falsos agentes la llevaron directamente a un hotel por el Paseo de Gracia y le dijeron que esperase allí a su padre. No lo hizo. Salió corriendo en busca de un teléfono público, llamó a su madre y le pidió que le comprara un billete de avión, el primero que saliera en las próximas horas de Barcelona, daba igual el destino.

—¿Saben a dónde fue?

—A París. Una vez allí, volvió a contactar con su madre y le contó lo ocurrido. La madre no se lo pensó un segundo para ir a la comisaría y denunciar los hechos. Llevaba años soportando una relación muerta. Sólo necesitaba un detonante para ponerle fin. El hecho de creer que Manuel había puesto en peligro a su propia hija era lo último que podía aguantar. Primero contó lo del posible falso secuestro. Ahí fue cuando la policía americana contactó con los Mossos, quienes a su vez nos llamaron a nosotros. Nos ha costado un tiempo dar con los secuestradores y los falsos agentes, pero ya están todos detenidos. Antes había que detener a Manuel Barroso, lo que fue posible gracias a la inestimable colaboración de su mujer y su hija. Y a que el susodicho estaba fichado y tenía al FBI y a la DEA encima de él desde hacía meses. Estaban intentando recopilar pruebas antes de ir a por él. Llevaban un tiempo parados, con la investigación atascada. Lo de la madre de Cata fue para ellos como si les hubiera tocado la lotería.

—Pues no sabe cómo nos alegramos de que estén todos en la cárcel. ¿Y cómo es que no saben dónde está Cata ahora? —intenté parecer neutral, no quería que Eva notara mi impaciencia.

—Al parecer lo que se sabe de ella es todo a través de la madre. Nadie ha conseguido hablar con Catalina desde entonces. No sabemos si es porque ella no quiere, o su madre, o ambas. Siento no poder ofrecerle más información.

—¿Podrían darme el teléfono de su madre? Me gustaría al menos darle las gracias.

—Podemos darle los datos de su trabajo y su nombre. Conseguir el teléfono a partir de ahí supongo que será fácil para usted. Nosotros es que ni siquiera lo tenemos.

—Está bien, gracias, eso servirá.

Hasta aquí lo más interesante de mi charla con la señora Fresneda. Seguimos un rato más hasta que me terminé la segunda copa. La copa de Eva seguía entera.

Ahora sólo quería salir de allí cuanto antes y llamar a la madre de Cata. Saber dónde estaba. Ir a verla. Coger un avión a París, a Los Ángeles, a Pekín si hacía falta. Abrazarla, besarla por todas partes, dejarme besar, meterme bajo las sábanas con ella y pasarme una semana entera pegado a su cuerpo.

Cosa de locos

Esto parece cosa de locos. Mi papá es un desconocido para mí. Me duele el alma de pensarlo. ¿Cómo pude estar tan ciega para no darme cuenta de lo que estaba pasando en la realidad? Mi papito bonito. Desde que me enteré de todo no cesan de aparecérseme imágenes de nosotros dos juntos. Cuando yo era una niña pequeña y él era para mí un ser enorme, como un gigante.

Como un gigante. Tiene su guasa la cosa. Y pensar que él es un bicho más grande que ese Eladio. Ese tipo que pensé que me iba a cobrar. Cuando era mi propio papá el que me iba persiguiendo, el que me amenazaba de muerte, el que me quería quitar de en medio.

Y yo que creía que vivir en este país, en los Estados Unidos de Norteamérica, era todo un privilegio. Fui una tonta chiflada. Toda mi vida lo he sido. Siempre queriendo rescatar a todos los débiles. “Catalina hija, no podemos quedarnos con el gatito, es el cuarto que traés en este mes, es imposible”. Mi madre me regañaba cuando llegaba con todo tipo de animales a la casa. “Pero si la casa es muy grande mamá, tenemos sitio para todos”.

La cara que me puso cuando le llevé al señor Smith no puede describirse. Este era un señor que vivía en la calle. Esa mañana era fría en la ciudad y no pude resistir la tristeza de verle ahí tirado, entre cartones, sucio, solo, apenado. A ella casi le da un ataque cuando nos vio aparecer. Tuvimos un buen agarrón después, cuando hubo dicho al señor Smith que lo sentía mucho, que tenía que marcharse. Creo que le dio un dinero y le pidió un taxi para sacarlo de su vista. Ahí tuve una gran lloradera que me duró varios días. Tenía unos trece años.

Mrs. Callaghan me decía que yo tenía un problema grave con mi empatía. Dios, como adoraba a esa profesora. La literatura era su principal pasión. La segunda eran sus alumnos. O quizá era al revés, difícil saberlo. Estaba pendiente de todos. Sabía qué nos motivaba y qué nos preocupaba. Trataba de ayudarnos siempre. Daba igual si eso la ponía a ella en el punto de mira. Más de una vez estuvieron cerca de despedirla.

“Catalina, está muy bien que tengas esa capacidad para ponerte en los zapatos del otro, no me entiendas mal. Cuando digo que tienes un problema es porque creo que esto te va a hacer sufrir mucho en la vida, cariño. Y lo peor es que no es algo que puedas cambiar tú. Es un sentimiento, una emoción que sale de dentro, algo muy difícil de controlar. Eso sí, nunca olvides volver a tus propios zapatos. Ten presente que tú también eres importante, eres lo más importante. Si tú no estás bien, no vas a poder ayudar a nadie más. ¿Tiene sentido?”

Vaya si lo tenía. Otra cosa es que luego supiera llevarlo a la práctica. Si hay algo que nunca he podido soportar es la injusticia. No he podido jamás quedarme quieta ni callada ante eso. Y el mundo está tan lleno de mierda, que al final me he olvidado de mí misma. He salido a dar la cara por los otros, creyéndome una especie de Wonder Woman. Y al final la he embarrado. La he

cagado y bien.

Darí­a lo que fuera por saber qu­e piensa Rafa de m­í en este momento. De seguro que me odia. Todo lo que le hice sufrir. Todo el miedo que pas­o al desaparecerse su ni­ño. Era tan peque­ño y tan dulce. S­ólo lo vi unos segundos, cuando aquella mujer lo coloc­o en sus brazos dormido, con el dedo pulgar izquierdo dentro de la boca. Todos los ni­ños parecen ángeles as­í dormidos. Lo que espero de coraz­on es que nadie le haya hecho da­ño, que mi pap­a no se atreviera a tocarle un pelo. Eso s­í que ya ser­ía el no va m­as. Ni imaginarlo quiero.

De todas formas, ¿qu­e espero pues? Mi pap­a es un peligroso narcotraficante aliado con las mafias en Colombia y qui­en sabe si tambi­en en otros lugares. Amenaz­o e hirió a su propia hija. Secuestr­o a un ni­ño. ¿Por qu­e no iba a atreverse a da­ñarle? Es absurdo creer que no. Don Manuel Barroso es perfectamente capaz de hacer eso y mucho m­as. Como lo es Eladio. Como lo son todos los hombres, y mujeres, que se dedican al sucio, burdo, asqueroso negocio de la droga. Porque, aunque me cueste aceptarlo, tambi­en hay mujeres, pocas en comparaci­on con ellos, pero tan crueles o m­as.

¿Qui­en pod­ía imaginar que yo iba a llevar la misma sangre que uno de ellos? Desde luego no es algo con lo que cuentas cuando te metes a investigar este mundo. Nunca sopes­e algo as­í. Cuando descubres d­ía tras d­ía m­as corrupci­on y m­as basura. Cuando te adentras m­as y m­as y sientes que debes hacer algo, que puedes hacer algo. Todo viaje empieza por el primer paso ¿no? Adem­as, yo quer­ía ser parte del cambio que quer­ía ver en el mundo y no me conformaba con escribir del tema y luego irme de fiesta con los amigos. Esa no era yo.

Al principio Sean estaba de mi parte. No cuestionaba nada de lo que yo hac­ía o dec­ía. Éramos un equipo. En realidad, era eso lo que me atra­ía realmente de él. Que me siguiera el juego. Luego le entr­o el miedo, no quiso seguir tirando del hilo. No quer­ía mojarse. Empez­o a quejarse de que dedicáramos m­as tiempo al blog y toda la cosa que a nosotros. Me reclamaba m­as y m­as atenci­on, y cuanto m­as lo hac­ía, menos me apetec­ía d­ársela. Puede que se me pasara el enamoramiento, si es que alguna vez lo tuve, no s­e.

De repente un d­ía me sent­í sola. Mi pap­a no me apoyaba para traer a Mariana. Mi novio tampoco. Pues tom­e la determinaci­on de hacerlo por mi cuenta. Pens­e que todos los apoyos que ten­ía por otros lados me ser­ían suficientes para lograr el éx­ito de la misi­on. Qu­e ilusa fui. No ten­ía ni idea de la que se me ven­ía encima.

Y entonces apareci­o Rafa. Con su aire despistado, su pelo despeinado, su acento espa­ol. No era precisamente mi tipo de chico ideal, excepto tal vez por su forma de hablar. Surgió de la nada, justo ah­í en la Quinta Avenida, en el preciso instante en el que yo m­as necesitaba un abrazo. Este muchacho que tuvo la paciencia de reunir las piezas de mi tel­fono y de buscarme despu­es para devolv­ermelo. Que parec­ía tan indefenso, como un animalillo herido, el d­ía del atraco. Que me acompañ­o a mi casa en el Bronx. Que vino en mi auxilio en cuanto le llam­e a las seis de la ma­ñana. Que no dud­o en llevarme con él por todo Estados Unidos poniendo en riesgo su vida y la de los suyos. Que me bes­o tan bonito en medio de todo el caos. Que me escuch­o todas mis mentiras, me las crey­o y, a pesar de todo, sigui­o a mi lado. Cualquiera otro hubiera huido la primera noche, tras el primer polvo.

Por todo eso y porque no sé. Una no tiene por qué saber exactamente por qué se enamora ¿cierto?

Una persona decente

Me costó varios días localizar a la madre de Cata. Cuando por fin lo hice, se negó en rotundo a decirme dónde estaba su hija o a pasarme su nuevo teléfono. “Es inútil que insistas, ella me ha prohibido que te dé esta información y como comprenderás no voy a traicionarla. Ya tiene bastante con lo de su padre, ¿no creés?”.

–Al menos tome nota de mis datos, por si ella cambia de opinión y quisiera...

–¿Cómo está su hijo? –me cortó.

–Bien, muy bien, muchas gracias. El niño no sufrió ningún daño.

–Me alegro pues, ¿y su mujer? Le dio un ataque según me contaron.

–Sí, fue un ictus. Está bastante mejor, aunque no es mi mujer realmente, ya no lo es.

–¿Ah no? Cata me dijo que ustedes habían vuelto juntos después de su enfermedad.

–Bueno, he vuelto a vivir con ella, si es a eso a lo que se refiere. Necesitaba a alguien que la cuidara y que se ocupara del niño. Pero no hemos vuelto como pareja, no sé si me explico. Entre nosotros no hay ese tipo de relación y me temo que no la habrá. En cuanto ella pueda valerse por sí misma, me marcharé de allí.

–Entiendo. Es muy generoso por su parte. Es usted una buena persona por hacer eso, le felicito.

–Qué va, no es que sea buena persona, tan sólo hago lo que hay que hacer.

–Créame Rafael, usted no estaba obligado a hacer nada de eso. Si lo ha hecho es porque es una persona decente. Y la decencia en las personas no abunda mucho últimamente.

–Pues... gracias, no sé qué decir.

–No hay mucho más que decir. Le diré a Cata que hemos hablado. Mucha suerte con todo Rafael, gracias por llamar.

Llamé varias veces más a lo largo de las siguientes semanas y meses, sin conseguir que la señora Barroso, ahora Herrera porque había recuperado su apellido de soltera, se pusiera al teléfono más que la mitad de ellas. Ya que no tenía forma de comunicarme con Cata, el hablar con su madre me hacía sentir que en cierta forma estaba cerca de ella. Se convirtió en una más de mis obsesiones. Escuchar la voz con acento colombiano de su madre era como una droga. La tomaba y mi ansiedad bajaba varios niveles de golpe.

-Rafael -me dijo un día- ¿quieres hablar con ella? Está aquí a mi lado.

Como te lo digo lo siento

¡Qué tarde es, Jesús! Y yo todavía sin poner la comida. Va a venir mi Ildé y no va a tener el plato en la mesa. Que Dios nos pille confesados. Si es que no puede ser, que me han liado de mala manera entre unos y otros. Que si lleva a Samuel a la guardería, que si me compras las medicinas, que si tiene usted un huevo para dejarme, señora Antonia, que juraría que tenía y ya ves, no me queda ni uno.

También es cierto que no paro de mirar el cacharro éste, por si mi Rafa me envía algún mensaje o algo. Desde que le pasó lo que le pasó al pobre, sufro mucho cuando sale de viaje por ahí. Ay hijo mío, quién te mandará a ti meterte en estos líos. ¿No podrías estarte quieto y tranquilo? Siempre maquinando algo. Toda la vida de Dios sufriendo por ti.

Hay que ver la de disgustos que me has dado. Desde que eras bien chico. Primero cuando te daba por perderte por el barrio cuando ibas a casa del algún amigo. Hasta la policía tuvo que venir a buscarte una vez. Luego cuando te caías cada dos por tres y teníamos que llevarte a urgencias a darte puntos. Una vez en la cabeza, otra en el costado. Que si los esguinces, que si los moratones. Me daba pánico que la gente pensara que te los hacía yo dándote palizas.

En los estudios tampoco te esforzabas mucho hijo, te lo tengo que decir. No suspendías, menos mal. Sólo que del bien tampoco pasabas. “Su hijo es muy listo, lo que pasa es que también es un poco vago”. Qué vergüenza que me dijera eso tu señorita Doña Herminia. A ti no te daba ninguna. Tú me decías, “mamá, he aprobado, ¿verdad? Pues ya está, no te quejes”. Y me tenía que conformar. Siempre has sido muy cabezota y si te empeñabas en que algo era de una manera, de esa manera iba a ser. Como me recuerdas a tu abuelo, que en paz descansa.

Lo mismo que con las mujeres. Un poco veleta sí que has sido, no me lo puedes negar. Un picaflor que se decía en mis tiempos. Y unos arrebatos que te dan que no veas. Te tengo que decir que cuando conocí a Eva no daba un duro por ella. Era la novia más ordinaria que habías tenido nunca. Ordinaria de normal quiero decir, no de vulgar. Es que no me sale la palabra. Tú ya me entiendes. A mí particularmente me gustaba mucho más que las otras, donde va a parar. Las otras sí que parecían vulgares. Con esas minifaldas y esos escotes. Todas escuchimizadas. Ni una comía un pimiento. No me extraña que alguna se mareara en casa. No recuerdo ahora su nombre, una que vivía en El Escorial, así un poco repipi, no sé si te acordarás tú.

Ay Eva, pobre muchacha. Tan joven y mira. Yo tan vieja y aquí sigo, sin un rasguño. Los médicos dicen que ha mejorado mucho y tal. Yo ¿qué quieres que te diga? La veo rara. Tuerce la boca al hablar, ¿te has dado cuenta? No creo que vuelva a su ser, pobrecilla mía. Y con esa criaturita pequeña. ¿Qué iba a hacer ella si no nos tuviera a su madre y a mí? Porque contigo ya no puede contar Rafa, hijo mío, ya no. Ojalá que le vaya bien con el hombre ése que ha conocido hace poco. No sé si te has enterado, un escritor francés al que le ha traducido su novela, según me

ha dicho su madre. Dice que es muy guapetón y muy educado, aunque sólo lo ha visto en fotos. Vete a saber. Ella por lo menos está mucho más contenta. Desde que le dieron el alta y se despidió de su trabajo parece otra persona. Vaya valor que tuvo de coger y decirle a su jefe “ahí te quedas” el mismo día que volvía de la baja. Madre del amor hermoso. Qué angustia de pensar que se quedaba con una mano delante y otra detrás. No me esperaba eso de Eva. Cuanto sufrí yo, madre mía. Pensaba, ¿y qué va a hacer ahora sin trabajo esta mujer? Porque tu sueldo no es para tirar cohetes, ni tampoco es que sea tu obligación mantenerla ¿eh? No me entiendas mal. Y el nene. Yo sufro mucho por el nene ¿Qué iba a ser de él? Y anda, mírala ahora, traduciendo novelas a diestro y siniestro. No sé cuánto gana ni me importa, pero seguro que su buen dinerito se lleva. Pues me alegre oye.

¿Qué hora será allí dónde te has ido? Espera que me acuerde dónde era, que estoy buena con la memoria últimamente. ¿Era Nueva York otra vez? Jesús, María y José. Otra vez te has ido para allá. No sé qué le ve todo el mundo a esa ciudad, con lo bien que se está en Madrid, aquí en el barrio del Pilar. A mí me regalan un piso en el centro y no lo quiero. O un billete a Nueva York y tampoco lo quiero.

La verdad es que tengo ganas de conocer a la Catalina esa. Tanto hablarme de ella. La cabeza como un bombo me has puesto. No sé si entendí bien todo lo que me dijiste. Su padre era un miserable, eso sí lo tengo claro, y ella se chivó a la policía para que le metieran en la cárcel. Hay que tener valor ¿eh? Que no todo el mundo es capaz de una cosa así. Lo que no recuerdo es qué hacía la muchacha, trabajaba en una ONG me parece. Por lo menos será una buena persona. Eso es muy importante. Habiéndose criado con un criminal, más a mi favor.

No es que yo apruebe o no apruebe vuestra relación. Tú ya eres mayor hijo mío, yo no soy quien para meterme. Ahora ¿lo has pensado bien? Mira lo que te pasó con Eva. Tanto enamoramiento y luego a la primera de cambio, chimpún, le pones la cornamenta. Eso sí que fue un disgusto tremendo. Con lo graciosa que es mi Eva, lo buena chica. Y jolines, que es la madre de tu hijo. Cómo sois los hombres con eso del sexo. No os podéis controlar. Para colmo luego te metes en esa depresión porque ella te dejó. Si no fuera porque me dio tanta pena verte así, te diría que te lo tenías merecido. Sí, sí, como te lo digo lo siento.

Nada, yo no soy más que tu madre y tú nunca me has hecho mucho caso. Otro gallo cantaría. Lo que espero es que esta te dure un poco más y que no os hagáis daño. La vida son dos días y hay que vivirlos lo mejor que se pueda hijo mío. A ser posible acompañados. Oye, y quién sabe, lo mismo me vienes un día con una nieta. Ay, ¡qué ilusión me haría a mí tener una nieta!

Someone like you

Nos interrumpíamos el uno al otro constantemente. Teníamos tantas ganas de contarnos todo como de saberlo todo. Nos quedamos sin respiración varias veces durante el trayecto desde el aeropuerto hasta el apartamento de Cata, esta vez en Brooklyn.

Vino a buscarme en un coche de alquiler. Después de todo lo que había pasado, no iba a acojonarse ahora por un simple viaje por la autopista. Fue duro conseguir que mirara hacia delante cuando me hablaba. Más de una vez la cosa se puso chungueta, huevos en la garganta y todo eso.

No más mentiras, no más hacerse pasar por otra persona, no más películas. Lo acordamos antes de volver a vernos. La verdad era lo único que queríamos, aunque a veces la verdad sea jodida y esté sobrevalorada.

Fui yo quien tuvo la idea de lo del viaje. Un coche, poco equipaje y un destino. Los Ángeles. El mismo al que nos dirigíamos cuando nos conocimos un año atrás. La forma de llegar a él ya la pensaríamos por el camino. ¿No era así cómo funcionaba la vida en realidad? Da igual los planes que hagas, que lo que esté por venir va a llegar y te los va a destrozar quieras o no quieras. Unas veces para bien y otras para mal.

—Vamos, será divertido, y esta vez sin matones por detrás intentando hacernos papilla.

Cata estaba pletórica. Mariana acababa de conseguir la visa verde para poder trabajar y residir en Estados Unidos, gracias sobre todo al FBI, tras conocerse todos los detalles de su caso. Ahora estaba en Colombia, donde había podido recibir a su abuela a la salida de la cárcel, una vez que consiguió el indulto tras cumplir la mitad de la condena por el asesinato de su marido.

—Esto no te lo conté así, ¿cierto? Ya ni me acuerdo qué te dije sobre la abuelita... ni sé por qué no dije la verdad. Creo que sentí que te había contado ya demasiado drama y que no ibas a creerte mi historia.

—Cata, es que era mentira.

—Ya, tenés razón. No sé, puede que estuviera jugando un poco a protagonizar una película. En el fondo creo que sigo queriendo ser actriz.

No me cabe duda. Va a ser complicado esto de la sinceridad.

Llegamos al piso. Dejamos todo por ahí de cualquier manera. Cata encendió una vieja radio destartada que tenía sobre la barra de la cocina. Empezó a sonar *Use Somebody* de los Kings of Leon mientras yo abría la nevera y sacaba dos cervezas.

*Someone like you, somebody,
Someone like you, somebody
Someone like you, somebody*

Cata me quitó las bebidas sin decir nada y las dejó encima de la mesa del salón. Luego me cogió las manos y las puso alrededor de su cuello, donde pude apreciar de nuevo el lunar sobresaliente de su piel. Bailamos durante los tres minutos que le quedaban a la canción. Si es que se puede llamar bailar a estar prácticamente parado en el suelo, con tan sólo un leve balanceo a derecha e izquierda. Las caras muy juntas, los cuerpos muy cerca.

Cuando la siguiente canción empezó a sonar, ya no estábamos allí, sino en cualquier otro lugar muy lejos de aquel momento y de aquella casa desconocida todavía para mí. Un sitio donde no existían los relojes, ni las palabras, ni los miedos. Pura y simple verdad.

Un escenario cojonudo donde sólo había dos cuerpos a la espera del siguiente baile, dos cuerpos oliéndose, rozándose, lamiéndose bajo las sábanas.

Las luces artificiales de la calle se colaban por el cristal de la ventana, salpicado de manchas de lluvia de días pasados.

Ya era noche cerrada.

FIN